INSPECTORA TERESA VILLA

# LA CHICA SIN RASTRO



LUIS J. PEDRERO

# LA CHICA SIN RASTRO

SERIE TERESA VILLA (PRECUELA)

LUIS J. PEDRERO

# ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Epílogo

# 1

El hombre sin techo se preparaba para dormir en el cajero. Como cada noche desde que lo expulsaran del Ejército por deshonor, se había buscado la vida para encontrar un lugar confortable. Extendió los sucios cartones sobre el suelo. Después, las desgastadas mantas para resguardarse del frío de Madrid.

Sintió el rugido de su estómago exigiendo comida. Por suerte, había sido previsor. Abrió su vieja mochila y sacó un paquete de galletas de chocolate. La primera fue para Duque, su perro y fiel compañero.

—¿Qué pensabas, que iba a olvidarme de ti?

Duque mordisqueó la galleta con ansia. El hombre sonreía satisfecho. Ignoraba su raza aunque no le importaba. Lo que contaba era que se hacían mutua compañía desde mucho tiempo atrás. Afuera, la calle permanecía extrañamente tranquila.

El hombre se llevó una galleta a la boca, y paladeó el adictivo sabor a chocolate. Fue en ese momento cuando, frente a la otra acera, una furgoneta de color blanco se detuvo en doble fila.

Los segundos pasaron y nada más ocurrió. Nadie se bajaba ni se subía al vehículo. Al hombre le llamó la atención que el conductor no pusiera el intermitente de emergencia. Lo habitual en los casos en los que la parada va a ser breve.

Lo sorprendente fue lo que sucedió a continuación. La puerta de atrás se abrió y salieron cuatro tipos con decisión. Vestían camisetas

y pantalones cortos, lo que al hombre le pareció extraño para la época del año en la que estaban.

A paso rápido, los tipos cruzaron la acera, se detuvieron un instante en el portal y después entraron en el edificio de viviendas. Duque ladró pidiendo otra galleta.

—No, ya está bien por hoy —le dijo con la atención fija en la furgoneta—, que luego el colesterol se te sube por las nubes.

El perro gimió aunque no sirvió de nada. El hombre estaba abstraído en lo que veían sus cansados ojos. Se acercó al cristal para obtener una mejor perspectiva. El conductor tenía la ventanilla bajada y, nervioso, miraba hacia todas partes.

¿Una mudanza a estas horas?, pensó el hombre. Qué raro.

Durante los siguientes nueve minutos no ocurrió nada llamativo. En ese corto intervalo de tiempo, el hombre sacó una lata de cerveza de la mochila y la empezó a beber, siempre pendiente de la furgoneta. Duque se acurrucó a su lado y se preparó para dormir. Pasaron un par de taxis, uno de ellos con la luz verde.

Parece que el conductor se va a quedar ahí toda la noche, pensó el hombre.

Cansado de esperar, estaba a punto de meterse en su improvisada cama cuando vio que el portal se abría, y que los tipos regresaban. Pero, un momento, ya no eran cuatro sino cinco. Había alguien más con ellos.

Distinguió a una chica entre el grupo. Parecía inconsciente, casi como si la llevaran en volandas. Subieron a la furgoneta, cerraron la puerta y se marcharon calle abajo.

# 2

Teresa Villa se encontraba rodeada por las llamas. El calor era tan insoportable que le costaba respirar. Quería huir pero su cuerpo no se movía. Iba a ser devorada por el fuego.

La cama, la estantería, el armario, las cortinas… Todos los objetos de su dormitorio de la casa de sus padres estaban siendo devorados por las voraces llamas. Pronto dejarían de existir, quedarían reducidos a cenizas.

¿Qué había pasado? ¿Por qué estaba paralizada?

Oyó una voz en el pasillo. Su padre. Venía a ayudarla.

—¡Estoy aquí! —gritó ella.

Su padre apareció con una expresión tensa pero segura. Llevaba a su hermana mayor en brazos. La habría rescatado de su dormitorio. Ahora le tocaba a ella. Los tres saldrían a la calle y se salvarían.

Dio un paso hacia él y abrió los brazos, pero su padre la detuvo con un gesto tajante de la mano.

—No, Teresa, tú no —le dijo.

—¿Por qué, papá? —preguntó, desconcertada.

—Te lo he dicho miles de veces —respondió, harto—. Nunca serás una buena policía.

El despertador sonó a las seis de la mañana con un volumen demasiado alto. Teresa abrió los ojos al instante y se vio envuelta en la oscuridad. Le llevó unos segundos comprender que había tenido

la misma pesadilla de siempre. Con la boca pastosa, pidió al móvil con la voz apagar el despertador.

A través de las finas cortinas, observó una luz tenue en los orificios de la persiana. Sintió que necesitaba dormir un par de horas más, pero bajo ningún concepto iba a llegar tarde a su primer día en el Grupo 7 de homicidios y secuestros. Tenía que levantarse.

Al alargar el brazo para encender la luz de la mesita, notó un bulto en la cama. Se quedó petrificada. En la oscuridad, lo fue palpando hasta que cayó en la cuenta de que se trataba de una persona.

Enseguida le vinieron una serie de fragmentos desordenados de la noche anterior. Viaje en un taxi, un beso en la boca con un desconocido, su hermana y su novio en un bar, el cuerpo fibroso y desnudo de un hombre dentro de ella, una burbujeante copa de Ginger Ale vodka en la mano, un condón.

¿Había follado y no se acordaba? Un ligero mareo y un súbito cansancio se apoderaron de ella. Encendió la luz con ganas de averiguar quién estaba en su cama.

Un remolino de pelos descansaba sobre la almohada. Le vino otra imagen borrosa: un chico atractivo en la barra del bar, mirándola con deseo. El tío seguía durmiendo a pierna suelta, así que Teresa lo zarandeó por el hombro.

—Tú, despierta —le ordenó.

El chico se fue desperezando ante la atónita mirada de Teresa. Con una pasmosa tranquilidad, se incorporó apoyando la espalda en el cabecero, y echó una curiosa ojeada al dormitorio como si fuera la primera vez que lo veía.

—Buenos días —dijo él, sonriendo de oreja a oreja

—Hola.

Se instaló un silencio incómodo. Por más que se esforzaba, Teresa no se acordaba de su nombre.

—Tienes que irte —le espetó.

—Vale, pero ¿puedo ducharme antes?

—No.

—Sin problema —dijo encajando el golpe con buen ánimo.

—Date prisa, anda.

Se fue vistiendo mientras ella se quedaba en la cama, esperando con los brazos cruzados a que se marchara. Le preocupaba que iba ya un poco apurada de tiempo para llegar puntual a la Jefatura. Tendría que ducharse a toda prisa.

—Creo que encontraré la salida yo mismo —dijo el chico cuando terminó de vestirse.

—Cuídate —dijo Teresa, satisfecha porque sin necesidad de expresarlo, había quedado claro que lo suyo fue el polvo de una noche.

En cuanto oyó el ruido de la puerta al cerrarse, se levantó y fue directa al baño. Después de ducharse, se lavó la cara con un gel. Las ojeras delataban escasas horas de sueño, pero en la Policía era lo habitual entre los compañeros. Se vistió con un jersey de cuello alto, una chaqueta vaquera, unos vaqueros ajustados y unos botines negros.

La luz del sol que llegaba al salón desde el patio interior no era excesiva, pero sí lo suficiente para no estar a oscuras. Mientras tomaba con rapidez su desayuno habitual, muesli con leche desnatada, la actriz Uma Thurman la miraba con indiferencia desde el cartel de la película «Pulp Fiction».

En un día cualquiera, en ese momento estaría leyendo en el móvil los titulares de la prensa. Pero no era un día cualquiera. En una hora estaría en la Jefatura, conociendo a sus nuevos compañeros. Trabajar en Homicidios era lo que siempre había soñado desde que ingresara en el Cuerpo hacía siete años.

Se preparó para marcharse. En su dormitorio, en el cajón de la mesilla de noche, cogió su pistola HK con la funda y se la puso a la espalda. Después se guardó en el bolsillo del pantalón la cartera con la placa.

Antes de salir apurada de casa, cogió las llaves y se miró un instante en el espejo. Sí, estaba lista.

# 3

La Jefatura de Policía de Madrid era un imponente edificio de ladrillo con tres alas idénticas. A pesar de las numerosas de ventanas, ofrecía un aspecto hermético y austero. Esa será mi casa durante los próximos años, pensó Villa en su coche, mientras se detenía en la garita de seguridad.

—Buenos días —dijo un agente uniformado, con un leve gesto de la cabeza—. Identificación, por favor.

Villa mostró su placa, y el agente anotó a mano el número en una tablilla.

—Puede pasar —le dijo.

—Gracias.

Rodeó la plazoleta ajardinada que intentaba darle a la entrada principal un poco de lustre, y aparcó detrás del edificio. Los primeros rayos del sol despuntaban más allá del paisaje saturado de edificios.

El sonido del móvil la sacó de sus pensamientos. Era Elena, su hermana.

—Teresa, solo quería desearte suerte en tu primer día —dijo con un tono jovial, como si fueran las cinco de la tarde—. Espero que no sean muy duros contigo, que eres una novata.

—De novata, nada, que llevo siete años en la casa.

—¿Qué tal anoche? —dijo riendo.

—Bien, bien —respondió sin querer extenderse.

—¿Ves cómo al final te ibas a liar con él?

Entre la bruma de los recuerdos, logró recordar una conversación con ella en el bar, antes de marcharse con el chico a casa.

—Yo no te dije que no —dijo Villa.

—Claro que sí. Otra cosa es que no te acuerdes.

—Que no te lo dije, Elena.

—Que sí me lo dijiste… —Suspiró—. Uf, tan cabezota como siempre.

—Se me hace tarde, luego te cuento cómo me fue —dijo, y colgó.

Se bajó del coche y empezó a caminar. Villa recordó la entrevista que le hizo Álvarez, el veterano inspector-jefe del Grupo 7, casi un año atrás. Fue en el mismo edificio al que ella ahora se acercaba.

—No vas a tener vida y las guardias serán 24 horas de disponibilidad absoluta. Olvídate de la conciliación, es imposible —le dijo con una mirada penetrante, sentado en su despacho.

—Sí, lo sé.

—¿Por qué quieres trabajar con nosotros?

—Quiero sentir el subidón de adrenalina cuando se detiene al malo —respondió sin dudar.

Álvarez, con su bigote teñido de amarillo por el tabaco, asintió con la cabeza, sin que Villa pudiera intuir si la respuesta le había complacido o disgustado.

—Te confesaré una cosa —le dijo después de un prolongado silencio—. Mi mayor miedo es cometer un error a la hora de tomar una decisión, y que eso cueste las vidas de inocente. ¿Cuál es el tuyo?

Villa meditó la respuesta, mientras intentaba ignorar el nerviosismo que la invadía desde el inicio de la entrevista.

—No estar a la altura del cargo.

# 4

VILLA LLEGÓ con apremio a la segunda planta, y recorrió el pasillo por el que se filtraba la luz del crepúsculo. Se cruzó con varios agentes a los que saludó con una sonrisa.

Cuando entró en la sala del Grupo 7, no había nadie. Sintió un pellizco de curiosidad al descubrir los tablones con la información de las investigaciones en curso. En algunas de las fotos se veían cadáveres en estado de putrefacción.

Oyó voces del despacho de Álvarez, así que no vaciló en acercarse. La puerta estaba entreabierta. Llamó y entró. Se preparó para intercambiar apretones de manos y recibir una cálida bienvenida.

Álvarez estaba sentado en su mesa. Delante tenía a un hombre de unos cincuenta años, que lucía un llamativo jersey rojo, pantalones de pinzas y mocasines. Los dos ignoraron la presencia de Villa y siguieron conversando.

—…informa que es la testigo principal en el juicio por violación contra un tal Salvador Ortega —dijo Álvarez.

—¿Cuánto tiempo lleva desaparecida? —dijo el otro leyendo por encima un documento, que Villa intuyó que sería una denuncia.

—Veinticuatro horas.

—La chica vivía sola y nadie sabe dónde está. La abogada de la víctima de la violación fue quien lo denunció. Está preocupada y teme que le haya pasado algo a la testigo.

Villa dio un paso y se quedó de pie, cerca de la puerta. Carraspeó aunque ellos siguieron a lo suyo.

—¿Cuándo es el juicio? —preguntó el hombre que Villa no conocía.

—En dos semanas. Sin su testimonio, lo más probable es que absuelvan a Ortega y ese cabrón se vaya de rositas.

—Voy ahora mismo a hablar con la abogada para que me dé más detalles —dijo el hombre, poniéndose de pie.

—Llévate a Villa, que es su primer día —dijo Álvarez, señalándola.

—¿Cómo? ¿Tenemos nueva compañera?

—¿No te lo dije?

—Lo recordaría.

—Pues se me habrá pasado —dijo el inspector-jefe encogiéndose de hombros—. Venga, Barrios, en marcha, que el tiempo corre. El juez ya ha abierto diligencias.

Barrios miró a Villa con suspicacia.

—¿Por qué no se queda pidiendo el registro de llamadas? —preguntó Barrios mirando a Álvarez—. Será mucho más útil.

—Ni hablar —dijo con desdén—. ¿Pensabas que ibas a estar siempre solo?

—Claro que no, jefe.

—Te guste o no, ahora sois un binomio —dijo, sonriendo con desgana.

Barrios negó con la cabeza y luego salió del despacho mascullando. Villa, indecisa, lo siguió.

—¿Ya conoces a Valde y Calde? —le preguntó Barrios, mientras se ponía la bufanda.

—¿Quiénes?

—Ya veo que no —dijo Barrios, ajustándose la gabardina—. Bueno, ¿ya te has enterado del caso, no?

—Más o menos.

Barrios le entregó la denuncia.

—Ahí están los detalles. Léelo de camino al coche.

Salieron de la sala y enfilaron por el pasillo. Rezagada, Villa leía como podía mientras caminaban a paso vivo.

—Ha desaparecido una chica que iba a testificar en un juicio —dijo Barrios mirando al frente—. Se llama Abebi y hay que encontrarla. Nuestra primera parada es hablar con la abogada.

# 5

Barrios se subió al coche y se sentó frente al volante. Villa, en el asiento de al lado. Salieron del aparcamiento, cruzaron la puerta principal y se incorporaron al tráfico. Madrid les recibió con el ruido de cláxones, el estruendo de motos y un porcentaje elevado de contaminación.

El cielo tenía color de cemento. La temperatura era de unos diez grados. Lo más crudo del invierno había quedado atrás, pero la primavera aún quedaba lejos.

—¿A dónde vamos? —preguntó Villa.

—A AYM. Ahí es donde trabaja la abogada. ¿Conoces la asociación?

—Me suena. Ayudan a mujeres víctimas de trata de blancas y prostitución.

—Correcto.

—La abogada nos dará el primer hilo del que tirar. Por cierto, ¿se ha dado la alerta de desaparecidos?

—Por supuesto.

Barrios conducía en silencio, concentrado en sus pensamientos. Villa miraba a la ciudad por primera vez como inspectora de homicidios.

—¿Cuánto tiempo llevas en la casa? —preguntó Villa para romper el hielo.

—Veintitrés años, de los cuales once en el Grupo 6.

Villa esperó que él también se lo preguntase, pero Barrios se quedó callado.

—Yo llevo siete.

Barrios asintió.

—Vengo de Estupefacientes —añadió.

—¿Cómo está el truhán de Juan Escudero?

—¿Lo conoces?

—De la Academia.

—Bien, se divorció hace como un año.

—No lo sabía. Tengo que llamarle un día de estos.

—Le está costando superarlo, pero saldrá adelante.

Se detuvieron en un semáforo en rojo. El silencio volvió a caer como una losa entre los dos.

—¿Tienes familia? —preguntó ella.

—Casado, dos hijos.

—Yo estoy soltera y sin compromiso.

—Mejor.

—¿Para quién, para la casa o para mí?

—Para todos. ¿Qué rango tienes?

—Inspectora, ¿y tú?

—Subinspector.

La conversación volvió a morir y dejó paso a una creciente incomodidad.

—Aprecio el esfuerzo, pero no necesitamos ser amigos —dijo Barrios.

A Villa le pareció que su compañero era un impertinente.

—No intento ser tu amiga, solo pretendo que este coche no parezca un velatorio.

—Pues una conversación forzada no ayuda.

—Se admiten sugerencias.

—¿Pongo la radio?

—¿Es lo que haces habitualmente? ¿Qué cadena pones?

—Ninguna —respondió.

—¿Ninguna?

—Sí, ninguna. Me gusta el ruido del tráfico, ¿vale?

—Vale.

# 6

Barrios aparcó sobre la acera de una bocacalle del centro, cerca de la Gran Vía. Villa y él se bajaron a unos metros de la puerta de la asociación AYM, que se anunciaba con un precario letrero en la fachada.

Llamaron al timbre, se anunciaron y les abrieron. Después de subir por unas empinadas escaleras, entraron en la sede donde una chica joven, menuda y de tez morena, les saludó.

—¿Vienen a hablar con Consuelo, verdad?

—Correcto —respondió Barrios.

—Les estaba esperando —dijo apartándose—. Pasen, es la última puerta a la derecha.

Los dos policías recorrieron un largo pasillo, cuyas paredes estaban llenas de fotografías de grupos de mujeres de diferentes razas y nacionalidades. A Villa le sorprendió que en una de esas imágenes aparecían los reyes de España.

Consuelo Merchante les recibió de pie y con un fuerte apretón de manos. Tendría unos treinta años. Los policías enseguida se dieron cuenta de que una sensación de angustia la atenazaba.

—Hemos leído la denuncia —Barrios tomó la palabra—, pero queremos que nos cuente todo desde el principio.

—Por supuesto, faltaría más —dijo sentándose a la mesa—. Estoy preocupadísima por Abebi. Tengo miedo de que le haya pasado algo grave.

Las paredes del despacho estaban forradas con carteles de AYM anunciando campañas de concienciación a lo largo de los últimos años. Su propósito era ayudar a las mujeres y niñas explotadas sexualmente. Actuaban como un enlace entre ellas y las autoridades. Como casi todas las ONG, se financiaban con subvenciones y donaciones.

—Empecemos por el principio —pidió Barrios—. ¿Quién es Abebi?

—Es una mujer nigeriana a la que estamos echando una mano para que se inserte laboralmente en España —respondió con acento andaluz—. Ejerció la prostitución obligada por una banda del Este que la retenía con la excusa de una deuda contraída con ellos. Todo es un abuso, por supuesto. Son las artimañas habituales de estas mafias para explotarlas —dijo sin disimular su indignación.

—Según consta en la denuncia, ella estaba a punto de testificar en un juicio —cortó Barrios, que deseaba tener el máximo de información en el menor tiempo posible, ya que las primeras horas de una desaparición eran vitales.

—Sí, una causa contra Salvador Ortega por violación, por eso pienso que la desaparición no es voluntaria —dijo Consuelo con un tono más calmado—. Su testimonio iba a reforzar lo que ese tipejo hizo a una amiga suya a la que también habían obligado a prostituir con supuestos clientes VIP. No contento con eso, además había abusado de ella.

—¿Cómo se llama esa chica? —preguntó Villa.

—Gabriela Ríos.

Villa anotó el nombre en su móvil. Barrios en una libretita de tapa dura.

—Abebi se ofreció a ser testigo —dijo Consuelo mirando a uno y otro policía—. Es una mujer especial, valiente a pesar de todo su sufrimiento.

—¿Qué nos puede decir sobre Salvador Ortega?

—Es el enlace entre los dueños del negocio y las chicas, algo así como el gerente, pero hacía mucho más. Conseguía clientes con mucho dinero. Tiene infinidad de contactos, sobre todo de gente que trabaja la noche. En fin, un crápula.

—Díganos cuándo fue la última vez que vio a Abebi —dijo Barrios.

—Fue hace dos días, el martes después de comer. Nos vimos aquí mismo, a eso de las siete. La cité para repasar los detalles de su testimonio y para comentarle algunos aspectos legales del juicio.

—¿Cómo la vio de ánimos? —preguntó Villa.

—Bien, como siempre. Algo de nervios, sí, pero eso es normal. A mí también me pasa —dijo entrelazando las manos sobre la mesa—. Estuvimos reunidas como una hora. Después me dijo que se iba a casa. Le buscamos un estudio en Vallecas cerca de su trabajo, en una lavandería. Fueron ellos quienes me avisaron de que había faltado al trabajo. Como no respondía al móvil, puse la denuncia.

—¿Contaba con alguna medida de seguridad? —preguntó Barrios.

—Algo, sí —respondió la abogada con resignación—. Hay un coche de la policía delante del portal, pero solo durante el día. Nosotros no podemos contratar un servicio permanente porque no disponemos de los fondos necesarios.

Con toda probabilidad, los que vigilaban serían un zeta, pensó Villa. Una pareja que se iba rotando cada cuatro horas. Si solo vigilaban durante el día significaba que el nivel de alerta era moderado. El Estado tampoco disponía de fondos para un servicio continuo.

—¿Le contó si había recibido amenazas para que no declarara en el juicio? —preguntó Villa.

—Si las hubiera recibido, me las hubiera contado.

—Consuelo, una última pregunta antes de inspeccionar el estudio —dijo Barrios—. ¿Tiene alguna idea de dónde puede estar?

La abogada negó con la cabeza.

—Ojalá lo supiera, pero lo que sí sé es que ha tenido que pasarle algo grave.

Los policías se pusieron de pie, pero Consuelo hizo un gesto con la mano como diciendo «un momento».

—Hay algo que no puse en la denuncia —dijo, y se pellizcó el labio inferior.

Se inclinó hacia un lado, cogió su bolso y lo dejó sobre la mesa. Era de cuero, voluminoso y con unas largas asas. Sacó una agenda, que abrió para coger un papel doblado.

—Esto lo encontré en el estudio —dijo, tendiéndolo hacia Barrios.

El subinspector lo desdobló. Era una nota manuscrita que decía: «Me marcho. No puedo soportar la presión. Perdón y gracias por todo». Después de leerlo, se la pasó a Villa.

—No lo comenté en la denuncia porque temía que pensarían que Abebi se había ido por voluntad propia —dijo la abogada—, y no le darían prioridad.

—¿Reconoce la letra de Abebi? —preguntó Villa.

—Sí, es la de ella. Por favor, tienen que encontrarla.

# 7

El estudio donde vivía Abebi era de unas dimensiones tan reducidas, que la abogada tuvo que quedarse en el umbral de la puerta. Barrios y Villa empezaron el registro. Se trataba de una única habitación con un sofá-cama, un hornillo eléctrico a modo de cocina y un baño con puerta corredera.

Consuelo comentó que en una ciudad como Madrid, disponer de un espacio para una persona sola, aunque fuese tan diminuto, se consideraba un lujo. A la abogada no le falta razón, pensó Villa.

—¿Dónde encontró la nota? —preguntó Barrios, plantado entre el sofá y una tosca cómoda.

—Ahí —Consuelo señaló con la mano una estantería de metal.

Barrios se acercó. Había libros para aprender español, libretas y un plano del metro. Se dio cuenta de que algunos de los libros estaban del revés. Más arriba había una serie de recipientes de plástico, todos idénticos. En uno encontró utensilios de cocina. En otro, trapos, bayetas, un limpiacristales y varias cucharas de madera para cocinar, que quizá deberían de haber estado en el primer recipiente.

A Villa le llamó la atención una manta de croché que estaba desparramada sobre el sofá. El patrón de colores terrosos evocaba la cultura africana.

—¿Dónde está la lavandería? —preguntó Barrios.

—Cerca de aquí, incluso iba caminando. Los dueños son gente de confianza con los que colaboramos a menudo.

—Necesitaremos los datos de contacto de la empresa —pidió Barrios—, y también una lista de las personas que habitualmente tratan con ella.

—De acuerdo —dijo, y se puso a usar su móvil.

—¿Sabes si Abebi tenía novio o se estaba viendo con alguien? —preguntó Villa.

—Sé que había salido una vez con alguien del trabajo a tomar un café, pero no se trataba de una relación. A estas chicas les cuesta confiar en hombres después de una experiencia tan traumática.

—¿Cómo se llama ese chico? —preguntó Barrios.

—Edu, pero no sé el apellido.

—Cuéntenos cómo es el carácter de Abebi —dijo Villa.

—Pues… —dijo pensativa—. Como decimos en mi tierra, es muy echada *p'alante*, con iniciativa y ganas de hacer cosas. También diría que es alguien tranquila.

Barrios abrió una mini nevera. Había una lechuga, yogures y unos tomates. Cogió los yogures y comprobó que ninguno estaba caducado.

Villa entró en el baño, donde apenas se podían extender los brazos. No disponía de ventana. El vapor se iba a través de una rejilla sucia en el techo. En el plato de ducha, había una esponja, champú y un cepillo para la espalda. Sobre la rejilla del desagüe, vio un par de pelos rizados.

Estaba a punto de salir cuando se dio cuenta que había algo en el suelo. Al agacharse, descubrió una especie de medalla, pero muy fina, de latón. Había dibujado una sirena en forma de grabado. Debía de ser parte de un colgante porque disponía de un agujerito por donde pasar el cordel. Le hizo una foto con el móvil.

—¿Lo reconoce? —le preguntó Villa al enseñarle la imagen a la abogada.

—Es de Abebi, sí. Se lo he visto puesto.

El móvil de la abogada sonó y se apartó para hablar en el rellano. Villa le enseñó la imagen a Barrios, que asintió con la cabeza, y se guardó el teléfono.

—¿Qué piensas? —le preguntó ella, paseando la mirada por todo el estudio.

—Su documentación personal no está —dijo Barrios—. Tampoco hay signos claros de violencia. Si se ha marchado por voluntad propia, me parece creíble.

—¿Lo dices por la carta? Puede que le hayan obligado a escribirla.

—Puede ser, sí.

—Tiene sentido, así Ortega no es sospechoso de habérsela llevado. Simplemente, la chica no resistió la presión y se marchó.

—Puede ser, sí —repitió Barrios mientras estudiaba varias prendas de ropa colgadas de un gancho en la pared—. Hay que hablar con los vecinos y después salir a la calle para localizar cámaras de los negocios de alrededor. Con suerte, habrán captado alguna imagen de ella.

Villa consultó su reloj inteligente de muñeca. Llevaban solo dos horas con el caso, pero ya sentía corriendo por las venas la ansiedad por encontrarla. ¿Estaría viva?

# 8

Después de despedirse de la abogada, Barrios le instó a Villa a que buscara testimonios entre los vecinos que podrían haberla visto recientemente. Mientras tanto, él se encargaría de contactar con los negocios de la calle que pudieran tener cámaras.

—La abogada dice que ayer Abebi no cogió sus llamadas —dijo Barrios—, y en el trabajo le dijeron que ayer no se presentó, así que establecemos un marco temporal de 24 horas desde ayer a primera hora.

—Vale, me parece bien.

—Nos vemos abajo en una hora.

Barrios subió al ascensor y dejó a Villa en el rellano. No se escuchaba ni una mosca. La mayoría de los vecinos se habrían ido a trabajar o hacer recados. Antes de ponerse en marcha, se quedó pensando en la chica. A pesar de la nota manuscrita, para Villa no había duda de que había sido secuestrada.

Las opciones eran varias. Abebi podría haberse citado con alguien en un lugar concreto y allí se la podrían haber llevado. Según Consuelo, la chica no estaba para mantener relaciones sentimentales, por lo que quizá pudo quedar con una compañera de trabajo. En cuanto obtuvieran los registros de las llamadas, podrían profundizar o descartar esta idea.

Otro escenario era posible: que hubieran acudido al piso y allí se la hubieran llevado a la fuerza o mediante engaños. Villa pensó que esta sería la opción más probable.

Pulsó el timbre de la puerta contigua a la de Abebi. Nadie respondió. Insistió una vez más y después se fue a por otro vecino. Tomó nota en su móvil de que volverían para hablar con el vecino ausente.

Una mejor suerte le acompañó en la siguiente puerta. Un hombre de entre setenta y ochenta años le abrió enseguida. Villa se identificó mostrando su placa.

—Estamos buscando a la chica que vive enfrente —le dijo señalando el piso de Abebi—. ¿Qué sabe de ella?

El hombre tenía la cara huesuda y se encorvaba ligeramente. Vestía un jersey grueso con cremallera, pantalones de algodón y pantuflas.

—Poca cosa, que es extranjera —dijo encogiendo los hombros—. Llevará unos meses viviendo ahí, pero no sé muy bien cuántos. Pasan muchas mujeres, ¿sabe usted? El piso es de una ONG o algo así.

—¿Ha visto o escuchado algo fuera de lo común estos últimos días?

—No, que yo sepa. Si quiere, le puedo preguntar a mi mujer.

—Si me hace el favor...

El hombre se fue arrastrando los pasos. Villa consultó su reloj. Tenía la incómoda sensación de estar perdiendo un tiempo valioso. El móvil sonó y en la pantalla leyó el nombre de Álvarez.

—¿Novedades? —preguntó el inspector-jefe.

Villa le contó la visita a la abogada y la inspección al piso. Cuando le mencionó la nota, Álvarez resopló, pero Villa no supo cómo interpretar su reacción. Quizá le pareciera que esa pista confirmaba que la chica se había ido por voluntad propia, o que la desaparición daba un nuevo giro.

—En un mundo ideal —dijo Álvarez—, tendríamos un informe pericial caligráfico de la nota en unas horas, pero eso es imposible.

—¿Cuánto suele tardar? —preguntó Villa por curiosidad.

—Meses.

Para Villa no suponía un contratiempo, ya que seguía pensando que trataban con una desaparición involuntaria.

—Ya he pedido el registro de llamadas a la compañía —dijo Álvarez—, y he enviado una diligencia a la embajada de Nigeria para que estén al tanto. También me he puesto en contacto con el banco para que nos envíe los últimos movimientos de la tarjeta. Ahora todo depende de vosotros.

—Gracias, jefe.

Villa colgó sintiendo la presión sobre sus hombros. No estaba mal para su primer día como inspectora de Homicidios y Secuestros. Por fin, el vecino regresó.

—Dice mi esposa que ayer vio a un chico llamando mucho a la puerta. Ella venía de la compra y le vio, parecía enfadado.

Un dato que podía ser importante, pero tenía que saber más.

—¿Puede salir ella? —preguntó Villa.

—Tiene las piernas mal, pero pase usted —dijo haciéndose a un lado.

Villa avanzó por el pasillo y, gracias a una puerta esmerilada, supo dónde se ubicaba el salón. Se encontró a una mujer de edad similar a la del hombre. Se estaba aplicando una pomada sobre las piernas, apoyadas sobre una mesita.

—Las tengo un poco hinchadas —Se excusó la mujer sonriendo.

—Cuénteme todo lo que sepa sobre ese chico —dijo Villa, directa al grano.

—Se le veía irritado. Nos miramos, pero no me dijo nada. Yo vine, dejé la compra en la cocina y miré por la mirilla por si pasaba algo grave. Estuvo un rato llamando al timbre y después se fue. Me asusté por un momento, la verdad.

—Describa al chico —dijo con impaciencia.

—Joven, diría que unos veintitantos —de repente, dejó de aplicarse la pomada—. Ah, tenía un pendiente en la oreja.

—¿Recuerda sobre qué hora fue?

—Volvía del súper, así que tendría que ser como entre las cinco y las seis. A veces voy antes si no me duele la cabeza.

Villa buscó en la aplicación de notas de su móvil el nombre del compañero de trabajo de Abebi, con el que había quedado al menos una vez para tomar un café. Sí, ahí estaba su nombre: Edu.

—¿Era la primera vez que lo veía?

—Sí, creo que sí.

—Me ha dicho antes que no hablaron en ningún momento.

—Ni una palabra.

Villa descartó más preguntas. Se despidió del matrimonio agradeciendo su ayuda. Tenía la sensación de que ya tenían una sólida pista para empezar.

# 9

AL SALIR del portal del edificio, Villa envió un mensaje de texto a Barrios informando que tenía novedades. Su compañero respondió que iba para allá lo antes posible.

Gracias a que la abogada le había enviado por correo las señas de la lavandería, le dio tiempo a localizarla por internet. Se llamaba «Denise» y estaba a siete calles, lo que significaba sobre un cuarto de hora caminando desde donde se encontraba.

Por las fotografías colgadas en su web, supo que no era una lavandería del modo autoservicio, sino una tradicional con servicio de tintorería. La mayoría de los comentarios de los clientes eran positivos.

¿Cuándo llegaría su compañero? Empezaba a impacientarse cuando vio a Barrios cruzar la calle. Con su gabardina y la bufanda haciendo juego, parecía sacado de un anuncio de grandes almacenes. Su relación había empezado con mal pie. Villa no estaba segura de si a Barrios le gustaba ir a su aire o si prefería otro compañero. De cualquier forma, debían aprender a trabajar juntos.

—¿Qué has averiguado? —le preguntó Barrios.

Villa le detalló el testimonio de la vecina, pero antes de que él pudiera abrir la boca, se le adelantó diciendo que el chico debía de tratarse de Edu, su compañero de trabajo.

—La lavandería está cerca —dijo Villa—. Vamos a hablar con él.

Barrios se pasó la lengua por los dientes. Un gesto que Villa interpretó como que la idea no era de su agrado.

—Será solo un momento —insistió ella.

—¿Ese es nuestro siguiente paso? —preguntó con un tono reticente.

—Sí, ¿por qué?

—No veo claro que sea bueno invertir tiempo en eso, compañera. Hay mucha faena por hacer. Por lo pronto, nos quedan bares y hostales a los que visitar, y después tenemos que revisar el material de las cámaras de seguridad —Se giró y señaló la fachada de un banco—. Somos solo dos y nos llevará horas.

—No debemos dejar que la pista se enfríe, Barrios —insistió Villa —. Está claro que la chica no se fue por voluntad propia.

—Primero hay que conseguir todas las pistas disponibles, y después decidimos qué hacer.

—A lo mejor Edu fue el último en verla. Hay que investigarlo lo antes posible.

—Te estás precipitando, Villa. Aún queda mucha labor de campo por hacer. Ese Edu puede esperar unas horas, no sabe que la vecina le vio llamar a la puerta de Abebi. No se irá a ningún lado.

El rango de Villa era mayor que el de Barrios, pero ella era la nueva y no deseaba imponerse.

—Pues voy sola a la lavandería, y tú continúas recogiendo información.

—Con dos acabaríamos mucho antes.

—No te estoy pidiendo tu aprobación.

—Entonces no sé qué hacemos todavía hablando. Haz lo que te dé la gana.

# 10

Villa fue caminando con apremio en dirección a la lavandería Denise. Eran pasadas las diez. Se dijo a sí misma que procuraría invertir el menor tiempo posible y que después ayudaría a Barrios. Si no se quitaba de encima hablar con Edu, no podría sacárselo de la mente.

Sabía que estaba actuando con ímpetu, pero no podía evitarlo. Si después descubrían que Edu estaba involucrado de alguna manera en la desaparición de Abebi, no se lo perdonaría. Esa chica no había tenido una vida fácil, la estaba rehaciendo y ahora le ocurría una nueva desgracia. No podían fallar.

Identificó la lavandería gracias a las imágenes de internet. Un hombre salía con un edredón bajo el brazo. Entró sintiendo el agradable aroma a sábana limpia. Al ver que esperaban tres o cuatro clientes, chasqueó la lengua, contrariada.

Más allá del mostrador, se extendía un mar de prendas de ropa colgadas y envueltas en plástico. Atendían dos mujeres jóvenes que, por sus rasgos físicos, Villa dedujo que serían de Latinoamérica. Quizás también fueran ayudadas por AYM, por lo que conocerían a Abebi.

Villa alargó el cuello por si acaso lograba ver a más empleados por el fondo. Uno de ellos cruzaba un acceso que parecía conducir al almacén. Recordó que en la web se informaba de que también daban servicios a empresas. Denise no era una pequeña tienda de barrio, sino una mediana empresa.

Después de despachar a los clientes, una de las mujeres se dirigió a la inspectora.

—Cuéntame, corazón —le dijo, sonriendo con un acento caribeño.

—Me gustaría hablar con el gerente.

—No sé si estará libre.

Villa sacó la cartera y mostró la placa. La expresión de la mujer cambió por completo. Sin decir nada más, se dio media vuelta y desapareció entre la ropa.

La inspectora se cruzó de brazos y esperó mirando a la calle a través del escaparate. En frente había un restaurante chino y una clínica estética. Volvió a consultar la hora en su reloj. Qué rápido pasaba el tiempo.

—Buenos días —dijo una voz a su espalda.

Villa se giró. Un hombre de tez morena, cabello gris y mejillas gruesas le tendía la mano. Se la estrechó.

—¿En qué le puedo ayudar? ¿Es por lo de Abebi?

La empleada le habría advertido de que la policía quería hablar con él.

—¿Es usted el gerente?

—El dueño.

—Sí, es por lo de Abebi. Según nos han informado, lleva dos días ausente del trabajo.

—Dos turnos, sí. ¿La han encontrado ya?

—Estamos en ello —respondió Villa con una sonrisa diplomática.

—¿Quiere que hablemos en mi despacho?

—Sí.

El despacho estaba cerca del mostrador. Al entrar, vio a una mujer delante de un ordenador trabajando en una tabla de Excel. Por la edad, podía ser la esposa del dueño. El hombre se sentó detrás de una mesa y le señaló la silla de enfrente.

—¿Cuánto tiempo lleva Abebi en la empresa? —preguntó Villa.

—Unos nueve meses, ¿verdad, Toñi?

—Siete y medio —dijo Toñi, sin apartar la vista de la pantalla.

—¿Cuál ha sido su actitud en todo este tiempo?

—Buena, una chica trabajadora como pocas. Amable con los clientes, y se lleva bien con los compañeros. Ninguna queja, por eso nos extraña todo esto.

Villa dudaba de que el dueño supiera la existencia del juicio, y del papel tan decisivo que Abebi iba a desempeñar en él. Prefirió guardarse ese detalle.

—¿Cuál es su horario?

—Como todas, turno rotativo. En la de esta semana, le tocaba de mañana, es decir, de nueve a tres.

Fue anotando la información en el móvil. Sin levantar la vista, le preguntó si había notado a Abebi nerviosa los últimos días.

—Solo un poco distraída, la verdad, pero nada de lo que preocuparse. Si podía, se iba con alguna compañera a casa, pero eso no es la primera vez lo que veo. Son chicas que no lo han tenido fácil.

—¿Con alguna compañera se llevaba mejor que con otras?

—Con todas se llevaba bien, ¿verdad, Toñi?

—Sí, con todas —confirmó.

—¿Está Edu aquí? —preguntó Villa.

—¿Edu? —preguntó sorprendido el dueño—. Sí, ¿por qué?

—Me gustaría hablar con él —respondió Villa con un tono falsamente despreocupado.

—Sin problema —dijo el hombre, levantándose con pesadez—. Acompáñeme.

Villa siguió al dueño hasta el almacén. Se dio cuenta de que había una puerta que daba a la calle por la que cabía un vehículo grande. Entre enormes cestas de ropa, un chico de unos veintipocos años y peinado con cresta pulsaba los botones de una de las lavadoras.

—¡Edu, hijo! —gritó el dueño.

—¿Qué quieres, papá?

—Ven, la policía quiere hablar contigo.

—Ah, sin problema —dijo, caminando hacia ellos.

Villa observó las orejas de Edu. Como había afirmado la vecina, una de ellas lucía un pendiente. También advirtió de que llevaba un

fino bigote y el mentón afeitado. A simple vista, el parecido físico entre padre e hijo no era muy evidente.

El detalle de que Edu fuera el hijo del dueño era importante. Con toda probabilidad, presionó a Abebi para que accediera a tomar un café con él. Si el chico afirmaba que él no fue quien estuvo llamando a la puerta del piso, tendría que enseñarle una foto de Edu a los vecinos de enfrente.

—Hola —dijo la inspectora.

Antes de que pudiera continuar, Edu la empujó con tanta fuerza que Villa cayó al suelo de espaldas. Entre los gritos de asombro de su padre, Edu salió a toda velocidad hacia la calle. Desconcertada, Villa se levantó y corrió detrás de él.

# 11

Villa corría detrás de Edu con todas sus fuerzas por la calle Carlos Martín, esquivando transeúntes, perros y carritos de niños. Si se detenía a pedir refuerzos, lo perdería de vista.

Edu volteó la cabeza sin detenerse. Una mujer se apartó para no chocar con él. Cruzó sin mirar la calle Javier De Miguel por el paso de cebra. La distancia entre los dos era cada vez mayor.

Villa se detuvo en el cruce para asegurarse de que no venían vehículos. Sintió que el corazón estaba a punto de salírsele por la boca. Aun así, continuó corriendo, pero casi se tropieza con un cartero que no se había dado cuenta de la persecución, y que se paró de repente en mitad de la acera.

Los músculos de la pierna le ardían. Le costaba cada vez más seguir el ritmo, y pronto se quedaría sin fuerzas. De repente, Edu decidió cruzar al otro lado. Al mirar a Villa para comprobar la ventaja que le llevaba, no se dio cuenta de que venía un coche en sentido contrario y lo arrolló con un ruido sordo.

Villa pensó que ya lo tenía, pero para su sorpresa el chico se levantó aunque con esfuerzo. Cojeando, continuó con la huida ante las atónitas miradas de los transeúntes.

Unos veinte metros después, Villa se abalanzó sobre él y los dos rodaron por el suelo. En un abrir y cerrar de ojos, ella sacó las esposas y se las puso al chico.

—¡No he hecho nada! —gritó, intentando removerse.

—¿Ah, sí? —dijo con la respiración entrecortada—. ¡Eso habrá que verlo!

Mientras recuperaba el fuelle, llamó a Barrios por el móvil.

—¡Ven, te necesito!—le pidió con un tono urgente.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estás?

Villa se dio cuenta de que estaba en una plazoleta. Leyó el nombre en la esquina de un edificio de viviendas.

—¡Estoy en la plazoleta Martínez de la Riva! ¡Tengo a un sospechoso!

—¿A Edu?

—¡Sí!

—No me jodas —dijo Barrios de mala gana—. Cojo el coche y voy para allá. Lo llevaremos a la comisaría de Entrevías. Léele los derechos.

Villa colgó y se guardó el móvil en el bolsillo trasero del pantalón. Que le lea los derechos, como si fuera una novata. ¿Qué te crees que hacía en Estupefacientes?

# 12

En la comisaría de Entrevías, entregaron a Edu a los compañeros de guardia para que le tomaran las huellas y lo llevaran al calabozo. Barrios reconoció a un viejo compañero y se pusieron a conversar.

Villa se fue a la salita de descanso, y sacó una botella de agua de la máquina expendedora. Se sentó en una mesa lanzando un hondo suspiro. La intensa carrera la había dejado exhausta.

Recordó el momento previo a la persecución, en el almacén de la lavandería. Su idea era estudiar la reacción de Edu cuando ella mencionara su visita al piso de Abebi. Y su reacción dejaba a las claras que Edu tenía algo que ocultar, lo que validaba ante Barrios su empeño en seguir esa pista.

Después de beber un sorbo de agua, llamó a Álvarez. Descolgó al primer tono. Le contó lo que había sucedido.

—Pero entonces, ¿piensas que la desaparición es un caso más de violencia de género?

—No lo sé, aún es pronto para saberlo —respondió Villa.

—Si el chico confiesa, caso cerrado. Pero si es inocente, estáis perdiendo un tiempo valioso.

—Lo sé, pero con el testimonio de la vecina todas las sospechas recaen sobre él.

Oyó a Álvarez expulsar el humo de un cigarrillo. Supuso que estaría en la terraza de la cafetería.

—Para ser tu primer día, qué intenso, ¿eh? —dijo Álvarez.

—Ya lo creo, jefe.

—Llámame con lo que sea.

Colgó y se tomó otro sorbo de agua. Consultó la hora. Casi la una de la tarde. En breve, le interrogarían. Entraron dos compañeros uniformados e intercambiaron un saludo protocolario.

Barrios entró y le hizo un gesto a Villa para hablarle en el pasillo. Se tomó un trago más de agua, se levantó y tiró la botella al cubo de la basura.

—Ven, mejor vamos a hablar afuera —le dijo Barrios en un tono que no auguraba nada bueno.

Pisaron la calle. Hacía frío. Barrios se llevó las manos a los bolsillos de la gabardina. Villa se dio cuenta de sus canas en las sienes. Su compañero tenía más edad de lo que en un principio había supuesto.

—He estado haciendo averiguaciones sobre Eduardo Castillejos —dijo él, serio—. Ya sé por qué el chico salió corriendo.

Villa se cruzó de brazos, expectante.

—Tiene un caso pendiente con nosotros —continuó Barrios—, una pelea en un bar. Se ausentó del juicio. Está en busca y captura, por eso salió corriendo.

—No es trigo limpio —dijo.

—Eso no lo convierte en sospechoso —dijo Barrios, negando con la cabeza—. Estamos perdiendo el tiempo, ¿te das cuenta?

—Tenemos que preguntarle su relación con Abebi—dijo ella.

—Habla tú con él —dijo Barrios, cortante—. Me voy a la Jefatura. Nos está esperando una tonelada de trabajo.

—Como quieras.

Sin decir nada más, Barrios se dirigió al coche que habían aparcado justo enfrente de la comisaría. Villa masculló y volvió dentro, dispuesta a interrogar al chico.

# 13

Villa bajó a los calabozos, e informó que necesitaba interrogar a Castillejo. El compañero a cargo fue con ella y le abrió la puerta. El chico estaba sentado sobre un banco de cemento, cabizbajo.

—Vamos a hablar —le dijo Villa.

Eduardo se levantó con desgana y salió cojeando.

—¿Necesitas un médico?

—Estoy bien.

Villa le esposó y se lo llevó al piso de arriba. Durante el camino, decidió cómo iba a jugar la carta del testimonio de la vecina, que era su principal baza.

—¿Quieres algo de beber? —le preguntó.

—No —respondió secamente.

A pesar de que desconocía los pormenores de la denuncia por la pelea en un bar, escaparse de la justicia suponía todo un desafío al sistema. Tuvo la impresión de que Eduardo era alguien imprevisible.

—Estamos buscando a Abebi —le dijo Villa ya en la sala de interrogatorios.

En sus ojos, se distinguió un brillo de confusión. Pensaba que el motivo de estar detenido era por su ausencia del juicio.

—Pero… —dijo.

—A mí solo me interesa Abebi —Villa estaba sentada delante de él, al otro lado de la mesa—. Aunque después tendrás que responder ante la justicia, claro.

—¿Qué pasa con Abebi?

—Desde ayer nadie sabe dónde está.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso?

—Cuéntame cómo es tu relación con ella.

—Somos compañeros de trabajo. Nada más.

—Nos han dicho que quedaste con ella al menos una vez.

—Sí, a tomar algo, pero con otros compañeros —Echó la cabeza hacia atrás—. Un momento, ¿me está diciendo que yo le hecho algo? ¿Soy sospechoso?

—Te vieron ayer en el rellano de su piso, llamando con insistencia a su puerta.

El chico se removió en su asiento. Era el momento que Villa había esperado.

—Abebi no había ido a trabajar. Estaba preocupado, por eso fui a la tarde.

—¿Te preocupas tanto de tus compañeros de trabajo?

—Mi padre me pidió que fuera. Tampoco contestaba al móvil.

—Entonces tú no estabas preocupado, tu padre sí.

—Bueno, todos.

—¿La chica te gustaba?

—Abebi está buena, pero yo tengo novia, ¿eh? —dijo, levantando un dedo a modo de advertencia—. Si me devuelven el móvil, se lo demuestro.

—Dime dónde has estado las últimas 48 horas.

—En el trabajo y en casa de mis padres, ¿dónde si no? Solo salgo los fines de semana. Ya le digo, si me devuelven el móvil lo desbloqueo y pueden mirarlo todo lo que quieran. No tengo nada que ocultar.

Villa no se tomó en serio su ofrecimiento. Podía disponer de otro móvil, o haber borrado la información comprometedora.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Abebi?

Eduardo evitó la mirada de Villa mientras intentaba acordarse.

—En el trabajo, hará como tres días, creo.

—¿De qué hablasteis?

—De música —dijo con seguridad—. A ella le gusta el *trap*, y a mí el *house*. Le dije que mi novia era DJ y que actuaba en un garito el finde que viene. Cosas así, como con cualquier otra compañera. Si

no se fían, mis padres tienen cámaras en el almacén, seguro que pueden verlas.

La calma con la que hablaba y su insistencia en que se comprobase lo que afirmaba, no eran actitudes muy comunes en los culpables. Villa empezó a darse cuenta cuenta de que había cometido un grave error. A causa de la huida del chico, su juicio se había visto influenciado. Quedaría como una incompetente, y eso era lo que más temía del mundo.

Cuando estaba a punto de decirle que se podía marchar con la advertencia de que no saliese de la ciudad, la puerta se abrió de golpe. Un hombre con pinta de abogado entró. Era joven, con gafas y una fina barba. Villa supo enseguida que su situación iba a empeorar.

—Me llamo Arturo Pardo —dijo, mirando a la inspectora—. Su padre me ha llamado para que represente a Eduardo.

—Aquí hemos terminado —dijo Villa, poniéndose de pie.

—Pues yo acabo de empezar. Según me ha contado su padre, le han lesionado una pierna durante la detención.

—Ocurrió cuando se dio a la fuga, un coche lo atropelló. Se le ha ofrecido una revisión médica y la ha rechazado.

El abogado miró a Eduardo, que negó con la cabeza.

—Será su palabra contra la suya —dijo el abogado—. De momento, le adelanto que voy a denunciarla por abuso de autoridad.

—El chico está en busca y captura.

—¿Le ha detenido por eso?

—No —admitió Villa a regañadientes.

El abogado sonrió de una manera que pareció más bien una mueca.

—Como usted comprenderá, no es lo mismo faltar a un juicio por una pelea en un bar sin consecuencias graves, que ser detenido por la desaparición de una mujer —explicó Pardo con arrogancia—. Ahora, déjenos solos, tengo que hablar con Eduardo.

Villa salió en silencio. La rabia le quemaba por dentro. Un buen abogado le podría complicar las cosas. Si la denuncia prosperaba,

sería la primera vez en su carrera que tendría que reportar a Asuntos Internos.

# 14

Villa se subió a un taxi y pidió ir a la Jefatura, donde la esperaban Álvarez y Barrios. Le iba a caer una reprimenda y se lo merecía. No podía sentirse más decepcionada consigo misma. Su primera investigación, su primera metedura de pata. ¿Se había equivocado en pedir el traslado a Homicidios?

Si su padre siguiera vivo, también estaría decepcionado. Evocar su recuerdo siempre le causaba rigidez en el cuello y los hombros. Desde la infancia, cumplir las expectativas de su padre fue siempre una exigencia que moldeó su personalidad. A su hermana y a ella les reclamó siempre las notas más altas de la clase. Cuando no se lograba, hacía un gesto de reprobación y soltaba un comentario hiriente.

Aún podía ver a su padre sentado en la mesa del salón, leyendo atentamente el periódico con un café al lado. La luz de la mañana entrando por la ventana. Su hermana Elena iba primero a enseñarle el boletín de las notas. Todo sobresaliente.

—Muy bien, hija —decía con voz grave, henchido de orgullo—. Así se hace.

Después, el turno de Teresa. La expresión seria de su padre mientras revisaba sus notas, le hacía temblar las rodillas.

—¿Solo un notable en Matemáticas? —dijo clavándole la mirada. Después arrojaba el boletín como si fuera un papel sucio—. Esto es inaceptable, Teresa. Tienes que esforzarte más la próxima vez. Fíjate en tu hermana. Ella sí que sabe lo que es llevar el apellido Villa.

Con el tiempo, Villa pensaba que ese doloroso recuerdo había quedado atrás, pero ahora volvía incluso con más intensidad que cuando ingresó en la Policía.

Sacó la cartera, la abrió y miró con detenimiento los detalles de su placa. La corona, similar a la que aparece en el escudo de la bandera española. El emblema con forma circular, y rodeado de un ornamento que recuerda a una serie de destellos. En su interior, la leyenda: Cuerpo Nacional de Policía.

La sacó del portaplacas. A pesar de que estaba impoluta, empezó a limpiarla obsesivamente con la yema del dedo índice.

# 15

Villa llegó a las oficinas del Grupo 7, y se encontró a Barrios sentado en su escritorio, de espaldas a ella. De reojo, a través de la puerta entreabierta del despacho de Álvarez, observó que no estaba. Se alegró de postergar la reprimenda, aunque fuese por unas horas.

—¿Qué tal, cómo fue? —preguntó Barrios, sin girarse.

—Mal —admitió suspirando, como si le saliese del alma.

—Siéntate ahí, será tu sitio —dijo, señalando una mesa sobre la que descansaba un portátil—. Venga, manos a la obra. No hay tiempo que perder.

Villa se sentó a la mesa. Le gustó la idea de tener *su* sitio. Volteó la cabeza hacia su compañero, que se había despojado de la gabardina y la bufanda. Llevaba un jersey que parecía de cachemir. Le sorprendió que Barrios no le preguntase por los detalles de lo que había ocurrido en la comisaría, pero de alguna manera se alegró de que no hurgara en la herida.

—Tenemos el registro de llamadas —dijo Barrios leyendo de la pantalla—, y ya tengo una línea temporal de lo que hizo Abebi el martes, el día antes de que desapareciera. Primero, acudió a su turno de trabajo en la lavandería. Según los dueños, su comportamiento fue como siempre, normal.

—Es decir, bueno —añadió Villa, recordando la conversación con el dueño.

—Después se reunió con la abogada a las seis y por espacio de una hora. Después Abebi llamó a Gabriela Ríos. Tenemos pendiente

saber el contenido de esa conversación. Hay que hablar con Gabriela.

—¿Hizo más llamadas?

—Hizo otra a una agencia inmobiliaria. Pienso que con la idea de buscarse un piso compartido porque el estudio es un lugar temporal, según nos dijo Consuelo.

Villa inclinó la cabeza a un lado. Alquilar un piso en Madrid a un precio razonable era casi una misión imposible. Sin duda, ella lo sabía y sería una de sus máximas preocupaciones. Era importante tener una idea de su estado emocional.

—Por la noche, estaría en casa porque la última hora a la que se conectó a la antena más cerca fue la 0:42.

—Es decir, que a esa hora se la llevaron.

—Puede ser, sí.

—¿Averiguaste algo en la calle?

—En los bares no consta que fuera una clienta habitual, y alguien como ella llamaría la atención.

—Encaja con el perfil discreto que nos dibujó Consuelo —dijo Villa—. ¿Qué hacemos ahora?

—Ponte con el material de las cámaras del banco, que es lo primero que nos ha llegado. Consulta el correo del grupo, ahí estará el enlace. Yo sigo con los registros de las antenas, por si alguno de los móviles que tenemos de la lista de la abogada estuvo conectado cerca del piso de Abebi.

—Creo que estaría bien reforzar la seguridad de Gabriela —sugirió Villa.

—Ya se ha encargado el jefe de tramitarlo. Ha pedido ayuda a Seguridad para que envíen un zeta por la noche. Como ves, hemos *aprovechado* el tiempo.

Ella asintió. Se merecía ese sutil reproche.

—¿Será suficiente protección? —preguntó ella.

—Espero que sí.

Villa abrió el correo. Como no encontró el mensaje que mencionó su compañero, le pidió que se lo reenviase porque aún no tenía configurado el correo del grupo. Barrios dijo que lo haría al momento.

Un rumor de voces llenó la sala. Villa giró la cabeza y vio a dos hombres de similar edad, unos cuarenta tacos. Supo entonces que era la más joven del Grupo 7, aunque no sabía si eso era bueno o malo. Uno destacaba por un flequillo canoso, y el otro por unos pómulos marcados. Debían de ser sus compañeros.

—Esos son Calde y Novoa —dijo Barrios.

Villa se levantó y se acercó a ellos. Les estrechó las manos sin saber quién era quién.

—¿Vienes de Estupefacientes? —preguntó el del flequillo.

—Sí.

—Aquí no te vas a aburrir, créeme.

—¿En qué estáis? —preguntó ella para romper el hielo.

—Una muerte en una obra, un tipo cayó al vacío y murió en el acto —respondió el otro—. Todo apunta a que fue accidental, pero lo estamos comprobando.

—Ya hemos tomado la declaración a sus compañeros —Volvió a hablar el dueño del flequillo, Novoa—. En unos días tendremos la autopsia y su señoría nos citará. Y vosotros, ¿alguna novedad con la desaparición de esa chica? El jefe nos ha contado algo.

—Todavía no —respondió Villa.

Calde y Novoa se sentaron en sus mesas. Villa continuó con la tarea asignada por Barrios. Descargó la carpeta en su ordenador y abrió el primer clip de vídeo. La cámara enfocaba al cajero interior de la sucursal bancaria, aunque se veía una franja de la acera.

Se obligó a estar concentrada y fijarse en todos los detalles. No solo en las personas que hacían uso del cajero, sino de cualquiera que apareciera por la imagen, incluso si solo era una parte del cuerpo o una sombra.

Pasada una media hora, llegó Álvarez. Saludó por lo bajo y pidió a Villa que fuera a su despacho. Ella suspiró con discreción, se levantó y se fue a recibir la merecida bronca de su jefe.

—¿Cuánto tiempo llevas en Homicidios? —le preguntó Álvarez mientras se sentaba. Su tono era contenido.

—¿Cómo?

—¿Cuatro, cinco horas?

Villa guardó silencio mientras olía la peste a tabaco. ¿Cuántos cigarrillos al día fumaba su jefe?

—Me ha llamado el comisario de Entrevías para informarme de la denuncia que lleva tu nombre, Villa. Enhorabuena por tu primera denuncia. Has establecido un récord que será difícil de igualar. ¿Se puede saber qué cojones ha pasado?

Villa carraspeó.

—El chico salió corriendo cuando solo iba a hacerle unas preguntas. Le atropelló un coche y siguió cojeando. En la comisaría, le preguntó si necesitaba un médico. Respondió que no.

—La denuncia no va a ir a ninguna parte, porque además al chico este se le buscaba. Está claro que ese abogado solo quiere llamar la atención o justificar su minuta. Pero me preocupa que, a pesar de que tu compañero te dijo los pasos a seguir en la investigación, que decidieras seguir tus impulsos basándote en una supuesta corazonada.

—Soy consciente de que la cagué, jefe —dijo Villa.

—No se trata solo de ser *consciente*, sino de que hagas todo lo posible para que no vuelva a pasar. ¿Estamos?

—Sí, jefe.

—Vuelve con lo que sea que estés haciendo —dijo sin mirarla.

Villa se levantó y se marchó cerrando la puerta.

# 16

Había oscurecido sobre Madrid. Las ventanas de las casas estaban encendidas. Las farolas alumbraban las calles. La temperatura había bajado unos grados. En la Jefatura, Villa seguía con la tediosa búsqueda de algún indicio analizando los vídeos del cajero. Pasaba casi fotograma por fotograma.

Para descansar la vista, bebió un sorbo de agua de una botellita. Hasta el momento no tenían nada y el tiempo seguía corriendo en su contra.

A su lado, Barrios seguía enfrascado en comprobar mediante las conexiones del móvil a la antena más cercana, si alguien del entorno de Abebi podía haber estado en su piso. Para ello, cruzar la lista de contactos facilitada por la abogada, con los registros de la antena.

—Nada, he perdido el tiempo —dijo Barrios, estirando los brazos —. Ninguno de los números de móvil que se conectaron anteanoche a la antena, pertenecen al listado.

—La puerta no tiene señales de violencia. Ella les abrió, así que los conocía.

Barrios se puso de pie y, con las manos en los bolsillos, contempló la pizarra donde habían expuesto los datos del caso, y colgado una fotografía de Abebi.

—O la engañaron con algún disfraz de policía o mensajero —dijo Barrios—. Ella abrió la puerta, confiada, y ahí aprovecharon para entrar. Pero hay un detalle que no entiendo.

—¿El qué?

—Algunos libros estaban del revés, y algunos objetos no estaban en su sitio correspondiente. ¿Por qué vas a guardar una cuchara de madera con unos trapos de cocina? No tiene sentido.

—A lo mejor es una chica desordenada.

—Pero entonces hubiéramos encontrado más ejemplos de su desorden.

—¿A dónde quieres llegar?

—Aún no lo tengo claro, pero me parece un detalle llamativo. Es como si se quisiera transmitir la idea de un falso orden.

Barrios se quedó en silencio mirando la pizarra, justo delante de la nota que supuestamente había dejado Abebi. «Me marcho. No puedo soportar la presión. Perdón y gracias por todo. Gabriela, cuídate mucho».

—Gramaticalmente, está bien escrita y eso es extraño —dijo Barrios—, teniendo en cuenta que era extranjera, y que se supone que la escribió en un impulso.

—Los que se la llevaron tenían muy claro el texto, y se lo dictaron al pie de la letra.

Barrios asintió. Ya había pensado en esa posibilidad. En la pizarra, junto al nombre de Abebi estaba el de Salvador Ortega. Su foto del DNI mostraba a un hombre maduro, calvo y con grandes mofletes. Estaba casado y vivía en las afueras de Madrid, en una lujosa urbanización. La denuncia contra él era la primera que constaba en el sistema, lo que resultaba sorprendente teniendo en cuenta que vivía al límite de la legalidad.

Villa decidió continuar con su tarea. En el siguiente clip de vídeo del cajero, vio a un hombre que tomaba posesión del lugar con cartones y mantas. Resultaba difícil determinar su edad porque la cámara estaba lejos, pero podía oscilar entre los cuarenta y sesenta años. El rango habitual para un sin techo.

Le acompañaba un perro pequeño. El hombre cogió algo de su mochila, se sentó y empezó a comer. Entre las manos parecía que sostenía un bocadillo. ¿Sería el cajero su refugio habitual o solo por esa noche?

En la referencia temporal del vídeo, observó que indicaba las 23:26. Como ningún detalle le despertaba curiosidad, decidió

adelantar la grabación. Cuando la referencia marcó las 00:31, algo en la actitud del hombre le pareció inusual, así que aplicó la velocidad normal de reproducción. Se había levantado de su improvisada cama y miraba fijamente hacia el exterior a través del cristal. ¿Qué estará observando?

Durante un instante, el hombre pareció entablar una especie de comunicación con el perro, pero después continuó observando. Minutos más tarde, por el movimiento de su cabeza de un lado a otro, Villa dedujo que seguía con la vista a una persona o a un vehículo. Su corazón latió con fuerza. Aquello podía ser una pista. Pausó el vídeo apretando la barra espaciadora del ordenador.

—Barrios, mira esto —le dijo a su compañero.

—¿Has dado con algo?

—Creo que sí, un posible testigo.

Barrios se levantó y se colocó a su lado. Se mantuvo en silencio mientras estudiaba la imagen.

—Un sin techo… —dijo para sí mismo—. Podría ser que la suerte estuviera de nuestro lado.

—Fíjate en su actitud —Villa señaló la pantalla—. Se pone de pie, se pega al cristal, mueve la cabeza. Seguro que vio algo extraño y por la hora podría tratarse de Abebi.

—El portal está en frente.

—Coincide con la hora en la que se apagó la señal de Abebi.

—Podían ser mil cosas, Villa. Una pelea, un robo con fuerza, borrachos pegando gritos… pero sí, tenemos que hablar con él para descartarlo. Lo difícil será encontrarlo. Esta gente no duerme cada día en los mismos sitios, se mueven mucho —dijo Barrios.

Villa estaba de acuerdo con su compañero. Por su experiencia en Estupefacientes, había conocido drogadictos que lo habían perdido todo y vivían en la calle. La mayoría adictos al alcohol. Sin un lugar permanente donde vivir, resultaba difícil encontrar un empleo y someterse a los cuidados en caso de enfermedad física o mental.

Se afanó en buscar un fotograma donde se pudiera observar con más claridad al hombre. Aplicó el *zoom* para revisar su vestimenta. Llevaba un grueso chaleco de plumas y, por debajo, una sudadera con capucha. Los pantalones parecían unos vaqueros. La

información que se podía extraer de esas prendas era escasa, si no nula.

—Preguntaremos en los albergues de la zona, podemos hacer una captura y enseñarles la imagen —dijo Barrios.

Villa estaba concentrada en la pantalla. Al ver las botas del sin techo, sintió un cosquilleo en el estómago. Aplicó de nuevo el *zoom*. Eran negras y altas, bien conservadas, con una suela gruesa.

—¿Qué pasa con las botas? —preguntó Barrios.

—Me suenan —dijo con contenido entusiasmo—. No son un tipo de calzado normal, son de profesionales. Una vez participé en un operativo para detener a un grupo de militares que aprovechaban sus viajes al extranjero para comprar cocaína, saltarse la aduana y venderla en España.

Barrios asintió. A pesar de su larga trayectoria como policía, siempre había espacio para sorprenderse de lo que eran capaces las personas por dinero.

—Cuando entramos en la casa de uno de ellos para requisar la droga —continuó Villa—, vimos que era un fanático del calzado. Tenía como diez pares de botas. Todas impolutos.

—¿Seguro que las botas de esa imagen son las mismas?

—Si no lo son, son muy parecidas —respondió Villa, y abrió una pestaña del navegador para conectarse a internet—. Voy a buscar referencias. Nuestro hombre podría ser un ex militar.

—Un dato que nos ayudaría a encontrarlo —dijo Barrios, y se volvió a sentar—. Si vio a Abebi siendo llevada por la fuerza, tendría que haberlo denunciado. Me pregunto por qué no lo hizo.

—Es posible que no se fíe de nosotros. A lo mejor ha tenido algún encontronazo en el pasado.

—Puede ser, o porque no vio ningún motivo para hacerlo —dijo Barrios echado hacia atrás, con la espalda apoyada en el respaldo de la silla—. Me preocupa que nos volquemos en esa pista para que luego nos lleve a un callejón sin salida.

Villa encontró la web donde una empresa española suministraba calzado a bomberos, guardias forestales y militares. Hizo clic en esta última sección. A causa de la baja resolución del fotograma, era

difícil saber con certeza qué modelo llevaba el hombre, así que fue comparándolo uno a uno.

—Mira, parece que es este —le dijo a Barrios, pasados unos minutos—. Modelo Officer 2.

Su compañero se volvió a acercar.

—Sí, por la forma de los cordones y la altura de la caña —confirmó él.

—Y el color —añadió Villa.

—Sí, también.

—A lo mejor algunos empleados del banco le conocen. Hay que empezar a buscar también en comedores sociales, preguntar a otros sin techo y a servicios sociales —dijo Villa poniéndose en pie—. Voy a imprimir el fotograma y nos ponemos en marcha.

—Espera, para el carro, Villa —Barrios hizo un gesto con las dos manos.

—¿Qué?

—Si te parece, vamos a hacer lo siguiente —dijo con calma, como si tuviera todo el tiempo del mundo—. Yo voy a hacer la investigación de campo, me voy a mover por los comedores sociales y preguntaré también en asociaciones de antiguos militares. Mientras tanto, ve a hablar con Gabriela, aún no tenemos su punto de vista de la historia. Ella y Abebi tienen vínculos. Llévale la nota, a ver si también reconoce la letra. Habla con ella y obtén todo lo que puedas. Si como sospechamos, está Salvador Ortega detrás de esto, ella lo conoce y quizá pueda darnos alguna pista.

Villa asintió. Las palabras de su compañero eran razonables, aunque aún le costaba domar esa voz interna que le pedía tomar medidas lo antes posible. Porque de no hacerlo, se escaparía una oportunidad única de encontrar a Abebi con vida.

—Está bien, vamos a hacerlo a tu manera.

# 17

De camino al piso de Gabriela Ríos, en el distrito de Usera, Villa llamó a Consuelo Merchante por el manos libres del coche. Quería obtener más detalles sobre la vida de la amiga. Cuanto más supiera de ella, mejor conocería a Abebi.

Consuelo respondió al primer tono de llamada. Villa imaginó que se hallaría en el despacho de la asociación, trabajando en el caso que había desencadenado la desaparición.

Primero le informó del curso de la investigación. Habían recabado testimonios de vecinos y material de las cámaras de un banco, y que ya buscaban a un posible testigo que podía ser crucial para saber qué había pasado esa noche. Su intención era transmitir confianza y serenidad a la abogada.

—¿Cómo va la preparación del juicio?

La abogada dejó escapar un hondo suspiro antes de contestar.

—He pedido al magistrado un aplazamiento y lo está valorando. Me dará una respuesta en cuarenta y ocho horas. No sé lo que me dirá, pero sin el testimonio de Abebi lo tendremos crudo.

—¿No hay suficientes pruebas contra Ortega?

—Hay prendas de ropa íntima con su ADN, pero no es concluyente. Según la defensa, solían practicar sexo consentido, lo que es falso porque siempre fue bajo coacción.

Villa era licenciada en Derecho, título que solo consiguió para complacer a su padre. Solo pudo aguantar unos meses trabajando

en su despacho. Admiraba a la abogada por su dedicación, pero no la envidiaba.

—¿Con quién vive Gabriela?

—Con otra chica de acogida y dos de sus hermanos. En cuanto se enteraron de lo que le pasó a la pobre chica, vinieron de Bogotá para apoyarla. Sus padres no saben nada, piensan que su hija pequeña está trabajando de camarera y que le va bien.

—Es normal que no quiera preocuparles. ¿Cómo se encuentra de ánimo?

—Tranquila, pero nerviosa a medida que se acerca la fecha del juicio. Dice que cuando todo termine, volverá a su país.

—Hágame un favor, Consuelo. Llámela y dígale que voy a su casa a hacerle unas preguntas de rutina.

—De acuerdo, me parece bien. Si no, desconfiaría.

Villa colgó y, al tiempo que conducía por la A-5, pensó en el triángulo que formaban Consuelo, Gabriela y Abebi. Se enfrentaban al equipo de Salvador Ortega y, a todas luces, la pelea no parecía muy compensada. De momento, el proxeneta tenía la sartén por el mango.

Pero ¿cómo habría averiguado el paradero de Abebi? Sin duda, habría invertido una cantidad significativa de tiempo y recursos. Ese hombre parecía muy bien relacionado, y eso era peligroso.

# 18

Un joven alto y desgarbado le abrió la puerta. Villa supuso que sería uno de los hermanos de Gabriela.

—¿Es de la policía? —le preguntó el joven, con acento colombiano.

Villa respondió que sí y le dejó entrar. Enseguida se encontró en un salón en el que destacaba una mesa redonda, iluminada por una lámpara de diseño. La cocina estaba a un lado, junto a una ventana. Se veía un lugar acogedor en contraste al minúsculo piso de Abebi.

Gabriela estaba sentada a la mesa, tomando una infusión junto a su otro hermano. A Villa le dio la sensación de que la estaban esperando desde hacía un buen rato. Ella se levantó para estrecharle la mano. Rondaba los treinta años y tenía el cabello teñido de rubio. Le sorprendió la delgadez del rostro, pero sobre todo su mirada triste.

Gabriela le presentó a sus hermanos Mateo y Felipe. El primero era el mayor de los tres con diferencia. El segundo fue quien le abrió la puerta. Los dos estrecharon la mano a la inspectora. Sus sonrisas eran blancas y radiantes.

—Les dejamos solas —dijo Mateo, levantándose—. Vamos a dar un paseo.

—Regresamos enseguida —dijo Felipe.

Los hermanos se fueron. Villa recordó que la abogada le había mencionado que Gabriela compartía piso con otra chica, por lo que se preguntó si estaría en el piso o habría salido.

—¿Quiere tomar algo? —le preguntó Gabriela.

—No, gracias.

Una de las razones por las que Barrios le había pedido que acudiera a hablar con ella, era porque al ser mujer se ganaría su confianza con mayor rapidez. Le pareció que no se lo podía reprochar.

—Quiero enseñarte una cosa —dijo Villa, metiendo la mano en el bolsillo interior de su chaqueta vaquera—. Esto se supone que lo ha escrito Abebi.

Puso la nota sobre la mesa, y Gabriela la leyó en voz alta.

—«Me marcho. No puedo soportar la presión. Perdón y gracias por todo. Gabriela, cuídate mucho». Ya la había leído. Consuelo me pasó una foto por mensaje.

—¿Reconoces la letra?

—Sí, es de Abebi, pero el estilo… no sé, no parece el suyo.

—¿En qué notas la diferencia?

—En «Me marcho». Creo que ella diría «me voy». Todo el texto es como muy español.

Villa pensó que Barrios estuvo en lo cierto cuando le pareció que la nota estaba *demasiado* bien escrita para una extranjera. Le mostró también a Gabriela la foto del colgante que encontró en el baño.

—Es de ella —confirmó ella—. Siempre lo lleva puesto. Representa la diosa del océano, y la protegió cuando cruzó el mar para venir a España. Eso fue lo que me dijo.

—Tú conoces bien la organización por dentro, ¿tienes alguna idea de dónde puede estar retenida?

—Ojalá, pero ni la más remota —respondió con un mohín de disgusto—. Lo único que puedo hacer es rezar por ella.

—Háblame de la última vez que la viste.

—Hace como unas dos semanas, en la asociación con la doctora Consuelo. Después terminamos y nos fuimos a tomar un café las dos. Estuvimos un buen rato hablando de su trabajo en la lavandería. Estaba feliz, dentro de lo que cabe —dijo, y de repente sus ojos se empañaron de lágrimas.

—Toma tu tiempo, Gabriela.

—Sí, gracias —dijo con una voz frágil—. Quisiera ayudar más pero… no recuerdo nada, y eso que pienso y pienso. Todo por mi culpa. Ella me quiso ayudar y al final ha salido perjudicada.

—No te castigues por eso —Villa puso su mano sobre el antebrazo de la chica—. Ahora tengo que saber quién os metió en el mundo de la prostitución.

La chica lanzó un hondo suspiro. En la mesa, había amontonados tres o cuatro periódicos de La Época. Villa no supo si eran actuales o antiguos. Al parecer, en esa casa les gustaba estar al día sobre lo que sucedía en España.

—Se llama Chari y es española. Joven, muy bonita y *fashion*. Me prometió que una *escort* de alto *standing* tiene una vida de ensueño, que puede elegir los clientes y las horas que quiere hacer diarias. Claro, todo mentira de la buena. Cuando quise abandonar, no me dejaron. Me dijeron que había contraído una deuda con ellos, y que tenía que pagarla o me harían daño.

—¿Dónde conociste a Chari?

—En la universidad. Vine a estudiar Odontología, con mucho esfuerzo de mis papás que al principio me costearon todo. Pero se acabó el dinero y tuve que buscarme un trabajo para pagar los estudios. Y justo apareció ella como un ángel. Me invitaba a almorzar, me compró ropa, perfumes… Todo lo pagaba Chari.

—Imagino que no sabrás su apellido.

—No, nunca me lo dijo.

—¿Tienes alguna foto de ella?

Negó con la cabeza.

—Las borré porque me engañó, pero tengo su número de celular.

—Dámelo.

Gabriela cogió el móvil y buscó en su agenda de contactos. Cuando lo encontró, se lo dictó. Villa supuso que Chari no lo tendría registrado a su verdadero nombre, lo que hubiera facilitado obtener una dirección, así que habría que conseguirla por otros cauces.

—¿Le puedo hacer una pregunta? —dijo Gabriela.

—Claro.

—¿Usted cree que Abebi está viva?

—No lo sé.

Unas lágrimas se deslizaron por la mejilla de Gabriela.

—Mi querida amiga… —dijo, desconsolada.

Villa recordó que debía formular una pregunta más. Si no, Barrios le tiraría de las orejas.

—Abebi y tú hablasteis por teléfono el martes, el día antes de que desapareciera. ¿Sobre qué fue la conversación?

Gabriela miró hacia la ventana como si allí estuviera la respuesta.

—Nada en especial y de todo —respondió, después una breve pausa—. Ya sabe que cuando dos mujeres hablan por teléfono, pueden pasarse horas hablando de cualquier tontería.

—Necesito que seas más específica, Gabriela.

La chica resopló y negó con la cabeza, después respondió con cierta desgana.

—Hablamos de su trabajo, de lo que haríamos después del juicio, de mis hermanos, de su familia en Nairobi…

Unos minutos después, Villa se despidió de Gabriela. Al salir del portal, se acercó al zeta que vigilaba el portal. Les agradeció su trabajo.

Después se subió a su coche pensando en Gabriela, repasando su conversación punto por punto. Había algo que no le encajaba, pero no sabía el qué.

Quizá fuese la sensación de que le había costado hablar de la llamada por teléfono a Abebi. Consuelo Merchante les aseguró que la desaparición se debía a su testimonio en el juicio. ¿Y si había otro motivo?

Llamó a Barrios por el móvil para informarle de que había terminado. Su compañero le dijo que se reuniera con él en la Puerta de Toledo, que tenía novedades.

# 19

Villa llegó a la Puerta de Toledo, aparcó en lugar de carga y descarga, y se subió al coche donde le esperaba Barrios. Se saludaron y enseguida emprendieron la marcha.

—¿A dónde vamos? —preguntó ella.

—A la Casa de Campo.

Barrios le resumió el trabajo que había llevado a cabo mientras ella hablaba con Gabriela. Su primera parada había sido el comedor social de la calle Canarias. La encargada y los voluntarios se mostraron muy colaborativos, así como las personas que acudían a comer, pero la suerte fue esquiva. Nadie conocía al hombre del cajero.

En el comedor de la plaza Elíptica tampoco tuvo éxito, pero en el de San José, sí. Una mujer que vivía también en la calle, dijo que le sonaba la cara. Barrios le apretó un poco para saber cuándo y dónde le había visto. La mujer, a la que faltaban varios dientes y costaba expresarse, le dijo quien podía conocerlo. Un tal Pedro el Gallego. En el invierno, suele juntarse con unos cuantos sin techo en la Casa de Campo para darse compañía unos a otros.

—Buen trabajo —dijo Villa.

—Gracias. ¿A ti cómo te fue con Gabriela?

—No me aportó detalles relevantes sobre Abebi, pero sí me habló de una mujer llamada Chari, la encargada de reclutar a chicas mediante engaños. Ortega y ella eran las caras visibles del negocio de explotación.

—Así que los dos respondían ante la mafia, los dueños del tinglado.

—Es lo que parece.

Ninguno tenía más que decir, así que un profundo silencio cayó entre los dos.

—¿Cenaste? —preguntó Villa.

—No, ¿y tú?

—Tampoco.

El tema de conversación no prosperó. Villa repasó el caso mentalmente. ¿Sería Chari la encargada de redactar la nota que encontraron en el piso de Abebi? Era la primera española que surgía entre los sospechosos y, por lo tanto, con los conocimientos del idioma para escribirlo correctamente. ¿Seguiría trabajando de *madame*, o se habría marchado de España?

—¿Te ha echado la bronca el jefe por lo del chico de la lavandería? —preguntó Barrios, rompiendo el silencio.

—Ya lo sabes, ¿no?

—La verdad es que sí —admitió.

—Pues no sé por qué lo preguntas —dijo Villa, cortante.

Aprovechando un semáforo en rojo, Barrios le dedicó una mirada a su compañera. Pero ella tenía la cabeza volteada hacia la ventanilla.

—Casi se puede decir que Álvarez y yo empezamos juntos, así que le conozco bien —dijo Barrios—. En uno de sus primeros casos, nos tocó resolver un atropello mortal en un paso cebra del barrio de Chamberí. Ya no me acuerdo de la calle, pero sí que fue a mediodía. Recabamos varios testimonios de un grupo de jubilados que pasaba por allí o tenían una asociación cerca, tampoco me acuerdo bien de eso. Lo importante era que todos hablaban de un Focus color negro, así que estudiamos los Focus de ese color cuyos dueños vivían en ese barrio. Eso nos dio una lista de veintitantos. ¿Me sigues?

—Sí —dijo, sin mirarle.

—Empezamos a descartar nombres. Álvarez tachó de la lista a una administrativa porque cuando fue a comprobar su coartada a un restaurante, el *maitre* le dijo que la mujer había estado almorzando hasta las cuatro. Una semana después, como no teníamos un

sospechoso, volvimos a repasar la lista. Pues bien, supimos que la mujer había vendido el coche, así que fuimos a hablar otra vez con el *maitre*. Le apretamos y nos acabó confesando que la mujer le había dado quinientos euros para que nos mintiese. Álvarez cometió un fallo garrafal, dejarse impresionar por los modales y el físico de la mujer, que estaba tremenda.

—¿La moraleja es que todos cometemos errores? —preguntó con una pizca de sarcasmo.

—Correcto, inspectora.

Villa no se sintió mejor, pero agradeció el gesto de animarla.

—¿Y cuántas veces te has equivocado tú? —le preguntó a Barrios.

—¿Yo? Ninguna —respondió, y soltó una carcajada.

# 20

A PESAR de los esfuerzos del Ayuntamiento por erradicar la prostitución en la Casa de Campo, aún era una incómoda realidad para muchos. En coche, Barrios y Villa recorrieron el área a una velocidad moderada, lo que permitió que las profesionales se ofrecieran con descaro. Algunas de ellas desnudas de arriba abajo. Más allá, un conjunto de luces destacaba entre la inmensa oscuridad.

—Ahí están los sin techo —dijo Barrios.

Aparcaron al borde del camino y echaron un vistazo. Un vasto territorio rodeado de árboles, poblado de tiendas de campaña, en cuyo centro había un bidón ardiendo con un grupo de personas alrededor. Lo más perturbador era el silencio que reinaba.

—Ponte la placa al cuello —le dijo Barrios, según él mismo lo hacía.

Un instante después, Barrios y Villa bajaron del coche y se fueron acercando. Enseguida dos personas se alejaron, seguramente habrían intuido que eran policías, ya que estaban demasiado lejos para ver las placas.

—Buenas noches —dijo Barrios, alzando la voz.

Nadie contestó. Las autoridades rara vez visitaban por cortesía. Flotaba un olor a whisky rancio. Villa reparó en las caras, todas expresaban una cierta desconfianza.

—Somos agentes de policía nacional investigando la desaparición de una mujer —continuó Barrios.

De nuevo, el silencio.

—Estamos buscando a Pedro el Gallego —dijo Villa.

—Es urgente que hablemos con esta persona para poder localizarla —añadió Barrios.

Se oyó una tos y poco más.

—¿Nadie? —Villa se cruzó de brazos.

El fuego crepitaba en el bidón. A lo lejos, se oyó un bullicio en el territorio de las prostitutas.

—Una mujer ha sido secuestrada —dijo Barrios—. Necesitamos su colaboración para encontrarla.

Villa se dio la vuelta y apretó los labios para no gritar de frustración. Por fin, una mujer señaló una precaria tienda de campaña. Barrios hizo un gesto de la cabeza a modo de agradecimiento, y los dos se encaminaron hacia allí.

La tienda de campaña parecía sostenerse de milagro. En la entrada, observaron un sinfín de cachivaches.

—¡Pedro! —gritó Barrios.

Con las manos en las caderas, Villa se giró un instante hacia atrás por si alguien se acercaba con malas intenciones. El grupo parecía más interesado en calentarse que otra cosa.

—¡Pedro! —volvió a llamar.

—¡Dejadme en paz! —Se oyó desde el interior una cascada voz de hombre.

—¡Policía, haga el favor! —insistió Barrios.

La cremallera de la tienda se abrió, y se asomó una cabeza grande con una barba larga y canosa.

—¿Pedro el Gallego?

El hombre les miró con suspicacia.

—Depende de quién pregunte.

—Ya se lo hemos dicho, la policía —dijo Villa.

Una mujer de edad indeterminada apareció al lado de Pedro. Llevaba el cabello sucio, corto y tenía las mejillas hundidas.

—¿Qué quieren? —preguntó la mujer.

—Estamos buscando a este hombre —dijo Barrios, enseñando en su móvil una imagen del hombre del cajero.

Pedro y la mujer miraron sin excesivo interés. Barrios recibió una llamada al móvil, pero la ignoró.

—No lo he visto en mi vida —dijo él.

—Lo has dicho muy rápido, ¿quieres verlo otra vez?

—No le hace falta —intervino la mujer—. No lo ha visto. ¿Lo pillas, tío?

—Solo queremos hacerle unas preguntas —dijo Villa para neutralizarla—. El hombre no ha hecho nada malo.

—Sí, ya… —La mujer entornó los ojos.

—Pedro —dijo Barrios, poniéndose de cuclillas—, la vida de una chica está en juego. Es imprescindible que hablemos con él, porque puede tener información valiosa para encontrarla. Tenemos imágenes de él en un cajero viendo algo que le llamó la atención, y creemos que fue la chica. Solo es eso. No vamos detrás de él.

Villa mostró a Pedro y a la mujer la foto de Abebi.

—Esta es la chica que buscamos —dijo—. Lleva veinticuatro horas desaparecida.

Pedro sacudió la cabeza, como no sabiendo qué hacer.

—¿Cómo se llama tu amigo? —preguntó Barrios.

—Manel —respondió Pedro, a regañadientes.

—¿Qué más?

—No estoy seguro del apellido, puede ser Buendía o algo así.

—Estuvo en el Ejército, ¿verdad? —dijo Villa.

—Lo único que sé es que estuvo mucho tiempo y le echaron.

—¿Qué más?

—Ya os ha dicho bastante —intervino la mujer.

—¿Qué más sabes de él? —insistió Villa.

—Poca cosa.

—Pedro no es muy hablador —dijo la mujer.

—Sí, eso, no soy muy hablador cuando tengo sed.

—¿Cómo se llama el perro? —preguntó Villa.

—Ni idea —respondió.

—Duque —dijo la mujer.

—No, se llama Ron.

—Ron es el perro del Tuerto.

—¡Anda ya! Ese es una perra y se llama Luna.

—Bueno, anotamos los dos nombres —dijo Barrios para zanjar la discusión—. ¿Dónde puede estar?

—Supongo que en San Isidro.

—Bueno, vale ya de tanta ayuda —cortó la mujer—. Dadnos algo para llenar el estómago, ¿no?

Barrios abrió su cartera para entregar a Pedro un billete de veinte. Se despidieron de la pareja y volvieron con apremio al coche. En medio de la oscuridad, se dirigieron al Centro de Acogida San Isidro.

# 21

En el coche, Barrios volvió a recibir una llamada al móvil. Leyó en la pantalla el nombre de su mujer, Laura. Por la hora que era, más de las once, debía de ser un tema urgente. A pesar de que Villa se encontraba a su lado y se enteraría de la conversación, tenía que contestar.

—Hola, estás en el manos libres —dijo con rapidez para advertirla —. ¿Todo bien?

—Dani se desmayó en el instituto.

—¿Cómo? —dijo Barrios, inclinándose hacia el móvil, que estaba sujeto al salpicadero.

Villa miró a su compañero y decidió que lo mejor era permanecer en silencio. Se trataba de una conversación personal, pero ella no podía desaparecer por arte de magia.

—Está bien —tranquilizó Laura—, pero se lo calló para no preocuparnos.

—Pero ¿cuándo ha sido?

—Hace dos días.

—¿Hace dos días? ¡Y lo dice ahora!

Barrios sacudía la cabeza, como no dando crédito.

—Mañana lo llevaré al médico para que le hagan una analítica —dijo su esposa.

—¿Le ocurrió en clase?

—No, en el recreo jugando al fútbol. Dice que empezó a marearse, se sentó en el suelo y se desmayó unos segundos. Sus

compañeros le reanimaron. Parece que solo fue un susto.

—¿Cómo le ves?

—Bien, como siempre. Lo dijo hace un rato, en la cena.

—¿Lo sabía Pablo?

—Creo que no, pero eso ahora carece de importancia.

—Nos lo podía haber dicho.

—Ahora da igual, ¿no crees?

—Entonces le pasó hace dos días.

—Sí.

—Oye, me voy a la cama. Estoy muerta.

—Vale, un beso.

Barrios colgó y chasqueó la lengua, contrariado. Villa sintió la necesidad de decir algo.

—Espero que no sea grave. ¿Qué edad tiene?

—Dani, diecisiete. Pablo, quince.

—¿Buenos chicos?

—Sí, aunque hay que tener mucha paciencia. A ver si se les pasa la enfermedad esta de la adolescencia —dijo, con resignación—. Dani está estudiando como un jabato para conseguir una beca muy buena en Estados Unidos. A lo mejor por eso se desmayó. Ya sabes, el estrés de los exámenes.

—Pobre…

—Tendremos que darle una charla para quitarle presión, pero a saber cuándo podré hacerlo con Laura.

Minutos después, llegaron al Centro de Acogida de San Isidro. Un edificio austero de dos plantas frente al río Manzanares. Como era de prever debido a la hora, la entrada estaba cerrada. A través de la puerta observaron una luz al fondo. Sacaron las placas, las apoyaron contra el cristal y golpearon con estruendo para llamar la atención.

No tuvieron que insistir mucho. El conserje, un hombre joven de unos treinta años, vestido con ropa de calle, se levantó de un mostrador y fue a ver qué querían. Al fijarse en las placas, metió la mano en el bolsillo de su chaleco y sacó un juego de llaves. Con toda la calma del mundo, seleccionó una y abrió la puerta.

—Buenas noches —dijo Barrios.

—¿Qué ocurre? —preguntó el joven, perplejo—. Yo no les he llamado.

—Estamos buscando a un sin techo que se llama Manel —dijo Barrios, enseñando en el móvil la foto del hombre en el cajero.

—Me suena, sí.

—¿Está aquí?

—Hoy no le he visto.

—¿Seguro?

—Casi seguro.

La respuesta ambigua del conserje hizo que Villa, molesta, mirara hacia otro lado y apretara los puños.

—¿Tienen un registro? —preguntó Barrios.

—Pero es voluntario. Muchos no quieren dejar rastro para no ser encontrados por los familiares.

—¿Hay alguna forma de comprobar si Manel está aquí? —preguntó Villa, esforzándose por mostrarse contenida.

—¿Ahora?

—Sí, claro.

—Despertando uno a uno, pero hay doscientas camas y todas ocupadas.

Los policías intercambiaron una mirada. Si supieran con absoluta certeza de que Manel pernoctaba en el centro, no dudarían en despertarles. Sin embargo, la idea de probar suerte a esas horas de la noche, parecía fuera de lugar. Barrios le entregó al conserje una de sus tarjetas con los datos de contacto.

—Cuando lo vea, sea mañana o pasado o al otro, llámenos inmediatamente. No importa la hora. Es urgente.

—Descuide, lo haré —dijo el conserje, esbozando una tímida sonrisa.

Decepcionados, Barrios y Villa regresaron al coche. La luz de la luna caía con frialdad sobre el Manzanares. La inspectora se sentía desorientada y vacía.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella.

—Hay que descansar por lo menos unas horas. Te llevo a casa.

—¿Y mañana?

—A empezar de cero.

# 22

Teresa llegó a su casa al filo de la medianoche. Estaba exhausta. Como fuesen así todos los días en Homicidios, no llegaría a cumplir los cuarenta.

Revisó en el móvil sus mensajes de texto personales. Uno era de un número desconocido. La persona expresaba su deseo de quedar para tomar un café, por lo que dedujo de que se trataba de su ligue de la noche anterior. Ese que echó de su cama sin miramientos. Ni siquiera había guardado su número en la agenda de contactos. ¿Cómo se llamaba? No lo recordaba.

Después leyó el mensaje de su madre. Le preguntaba cómo le había ido en su primer día. Teresa pensó que sería mejor responderle al día siguiente por la mañana, porque seguramente si le enviaba un mensaje ahora, la despertaría con el sonido de la notificación.

Finalmente, se quitó la ropa y se dio una ducha caliente. A pesar de que intentó concentrarse en la agradable sensación del agua sobre la piel, su mente la obligó a pensar en Abebi. Se la imaginó dos noches atrás asustada en su piso, siendo obligada a escribir la nota bajo la amenaza de una agresión física o incluso la muerte.

Después de la ducha, tomó una cena ligera: un yogur y una fruta. Se había saltado el almuerzo, pero notó que su estómago estaba cerrado para una comida abundante.

Sentada a la mesa del salón, comía lentamente en medio del silencio de la ciudad. Sin poder evitarlo, recordó su metedura de

pata con Eduardo Castillejo. El ansia por resolver el caso lo más pronto posible la había empujado a tomar atajos, y eso la había llevado a cometer su primer error.

Sintió la figura de su padre desde la tumba reprobando su fallo. Antes de que muriera, Teresa ya era policía desde hacía un año. Él nunca se interesó en su trabajo. Jamás le había preguntado cómo le iba, o su relación con jefes y compañeros. Su profesión, a la que se volcaba en cuerpo y alma, no existía para su padre.

A decir verdad, él tampoco se había interesado demasiado cuando ella trabajó de pasante en su despacho de abogados. Era como si no hubiera manera de contentarle. Algo que no pasaba con su hermana, para la que siempre tenía una palabra de ánimo y hasta una sonrisa.

Su padre murió mientras Teresa estaba de servicio. Su madre la llamó. Se había desplomado en casa, justo cuando abría la puerta para marcharse al trabajo como cada mañana. Le llevaban al hospital, un infarto.

Teresa se encontraba en un operativo de escolta a un jefe de Estado que visitaba la capital. No podía abandonar su puesto, así que esperó a terminar su turno de ocho horas y después fue directa al hospital.

Al ver las caras desoladas de su hermana y su madre, supo que había llegado tarde para despedirse. Su padre había sido exigente, duro, parco, pero la había acompañado toda su vida y, para su sorpresa, le dolió su fallecimiento más de lo que hubo esperado.

# 23

Aún no había amanecido, y Villa ya se encontraba en la Jefatura. Su primera tarea fue pedir a la compañía de telefonía toda la información que tuvieran del número de Chari, la *madame*. Una vez que obtuviera un nombre, cruzaría datos con sus fuentes internas en busca de una dirección.

Se encontraba en medio de la gestión cuando vio llegar a Álvarez. Le pidió que fuera a su despacho para ponerlo al día del caso. Por algún motivo que se le escapaba a Villa, el inspector jefe parecía de buen humor.

Lo ignoraba todo sobre su vida personal. Eso sí, se había fijado que no llevaba alianza. No obstante, podía tener una pareja o haberse divorciado. Eso quizá explicaría que llevara la misma ropa de ayer.

—Según la abogada y Gabriela, su amiga, la letra de la nota que encontramos en el piso es de Abebi —dijo Villa, ya en el despacho—. Barrios y yo pensamos que el secuestrador le obligó a escribirla para despistarnos.

—Los malos sabían que si dejaban la nota, nos confundirían. Tontos no son.

—La abogada ha pedido un aplazamiento del juicio.

—Veremos si el juez lo acepta. Si la nota está escrita por la chica, sería un buen motivo para denegarlo. ¿Qué más tenéis?

—Ayer averiguamos el nombre del sin techo que pudo haber visto algo desde el cajero. Se llama Manel Buendía o algo así. El

apellido no está claro. Anoche fuimos a un centro de acogida al que suele ir, pero no supieron decirnos si estaba.

—Pásame la captura. Voy a compartirla con todos los comisarios de Madrid para que nos ayuden a encontrarle. Ese hombre estará metido en alguna parte. Suelen tener rutas fijas para conseguir comida. Si una patrulla lo reconoce, nos avisarán al momento.

—Eso sería una gran ayuda, jefe —dijo Villa—. Por cierto, tiene un perro que se llama Duque o Ron.

Álvarez asintió como dando a entender que la había escuchado, aunque Villa no supo si le parecía un dato útil. Para terminar, le comentó su visita a Gabriela y mencionó a Chari, como alguien relacionada con Ortega y los mafiosos del Este.

—La nota fue escrita en un español correcto —dijo Villa—, por eso quizá fue Chari quien la ideó.

Unos minutos después, aparecieron Calde y Novoa en el despacho. Saludaron con un apagado buenos días. Sus caras reflejaban cansancio acumulado. Observando uno al lado del otro, Villa pensó que Calde parecía un poco más joven.

—¿Ha llegado Barrios? —preguntó Novoa.

—Estará ya en la calle —respondió Álvarez—. Venga, ponedme al día de lo vuestro.

Villa se levantó para marcharse, pero Álvarez le hizo un gesto con la mano para que se quedase.

—La magistrada sigue sin citarnos, así que estamos añadiendo más detalles al informe para que quede perfecto —dijo Novoa, con su característico acento gallego.

—No consta que la empresa tuviera denuncias previas —añadió Calde—. Mi impresión es que han tenido un fallo y muy gordo. El andamio no estaba bien fijado, y eso que tenían protocolos a seguir. Una desgracia.

—El fallecido deja una mujer y un hijo pequeño —dijo Novoa—. Terrible.

—¿La autopsia? —preguntó Álvarez.

—Seguimos a la espera —respondió Calde.

—Tengo otra tarea para vosotros —dijo Álvarez entregándoles un informe—. Entró anoche. Aparentemente, un tiroteo entre bandas.

Tres muertos. Encargaos de las diligencias mientras seguís con el caso de la construcción.

Villa escuchaba atentamente. Supuso que Álvarez deseaba que ella obtuviera una conciencia de cómo funciona el Grupo 7, y de que además fuera conociendo a sus compañeros. Cuando terminó la reunión, los tres abandonaron el despacho.

Al cabo de unos minutos, Barrios la llamó al móvil.

—¿Alguna novedad, Villa? Estoy en la calle buscando a Manel.

—Ya he tramitado lo de Chari hace un rato. Ahora estaba buscando su número en el registro de llamadas de Abebi. He comprobado que hay varias llamadas y mensajes de ese número, pero que Abebi no contestó. Seguro que son de Chari queriendo presionarla para que no declare en el juicio.

—¿Cuándo se hicieron?

—Una semana antes de la desaparición.

—¿Hay más números desconocidos?

—Tres. Son llamadas de muy poca duración, no llegan ni a los cinco segundos. Fueron hechas también una semana antes.

—Abebi colgando en cuanto identificaba quién la llamaba. Podían ser Chari, Ortega o alguno de los mafiosos.

—Imagino que Abebi tendría miedo.

—¿Queda algún trámite más por hacer?

—No.

—Vente al barrio de Abebi. Algunas tiendas han abierto pronto y les estoy preguntando por Manel.

—Vale, voy para allá.

Se despidió de los compañeros, salió del edificio y fue al aparcamiento exterior. Le vino a la mente la nota escrita por Abebi pero dictada por otro. Se la sabía de memoria. «Me marcho. No puedo soportar la presión. Perdón y gracias por todo. Gabriela, cuídate mucho».

¿Por qué los malos habían elegido esas palabras y no otras?

«Me marcho». Parecía obvio su significado. Me voy y no volveré, así que no me busquéis. «No puedo soportar la presión». Se refería a la presión del juicio, testificar contra Ortega, revivir su infierno,

etc. «Perdón y gracias por todo». ¿Se dirigía a Consuelo? Sí, y también a Gabriela. Al fin y cabo eran amigas.

Estaba todo bien pensado. Villa pensó que no habían sido palabras escritas por una ocurrencia en el último segundo. «Gabriela, cuídate mucho». Meditó sobre este mensaje. En apariencia, una muestra de cariño, y también una fórmula habitual de cortesía en las despedidas. «…cuídate mucho».

De repente, una idea emergió en su cabeza. ¿Y si se trataba en realidad de una amenaza? Los malos le decían a Gabriela: cuídate las espaldas o serás la siguiente.

# 24

En cuanto Villa se reunió con Barrios, acordaron en separar fuerzas para cubrir el máximo de terreno en el menor tiempo. Barrios llevaba ya un par de horas en la calle, incluso había acudido a la lavandería Denise. Pero nadie había visto a Manel. El tiempo se les echaba encima. No podían pasar otras veinticuatro horas sin obtener una pista sólida.

Tomando como referencia la sucursal bancaria, Villa se marchó en dirección este y Barrios, oeste.

¿Los zetas ya tendrían la captura de Manel?, se preguntó Villa. Confiaba en que algo positivo saldría entre las acciones de todos. Los primeros negocios a los que acudió fueron una farmacia y un kebab. A pesar de la excelente disposición de los empleados, no consiguió nada en claro. Mientras iba a por otro, llamó a Gabriela.

Si bien al principio pensó que los malos no se atreverían a tocarla, porque sería demasiado evidente que serían ellos, ahora ya no estaba tan segura a causa de ese último mensaje de la nota. «Cuídate mucho, Gabriela». Quizá podía referirse a lo que pudiera sucederle a ella después del juicio, si Ortega era condenado.

Gabriela contestó enseguida.

—Te llamaba para preguntarte si desde que pusiste la denuncia contra Ortega, has estado tranquila o has notado algo raro en tu entorno.

—Bueno, sí, algunas llamadas extrañas por la noche, pero fueron cada vez menos. La última fue hace como tres meses, más o menos.

—¿En qué consistió?

—¿Cómo dice?

—¿Qué te dijeron?

Se produjo un breve silencio. Villa oyó voces al fondo.

—¿Gabriela?

—Que si sabía lo que me convenía que retirara la denuncia, cosas así —dijo, de golpe.

—¿Te han seguido?

—No que yo sepa.

—Tus hermanos te acompañan en todo momento, ¿no?

—Sí, gracias a Dios. Y además está la vigilancia policial. Me siento segura, dentro de lo que cabe.

Villa se despidió y colgó. Le pareció que Gabriela había cometido errores graves, y había pagado por ellos de una manera que jamás lo olvidaría. Por todo esto, su valentía de denunciar resultaba admirable.

Entró en una papelería. Después de identificarse a los empleados, les mostró la captura de Manel y su perro. La observaron con detenimiento, pero les sonaba y poco más.

En la calle, recibió una llamada de un número desconocido. Al descolgar, reconoció la voz de Consuelo. Se arrepintió de no haberla llamado a primera hora para informarla del curso de la investigación.

—Buenos días, inspectora —dijo la abogada con un tono neutro —. Le llamo para ver si hay alguna novedad.

Villa le detalló las acciones que habían llevado a cabo, haciendo mención sobre todo a la pista de Manel. También le relató su encuentro con Gabriela. Prefirió omitir la velada amenaza que encontró en la supuesta nota de Abebi.

—Parece que las posibilidades de dar con ella son escasas —dijo la abogada sin ocultar su decepción—. El juez no ha concedido el aplazamiento, así que vamos a contrarreloj.

Villa continuaba andando por la acera con el móvil pegado a la oreja. A unos cincuenta metros vio un quiosco de prensa. Un negocio bien situado para observar a la gente del barrio.

—El testimonio de Abebi es un apoyo importante —continuó la abogada—, porque siempre se ha mantenido fiel a la versión que dio

a la policía, sin contradicciones, y eso es positivo. Pero dejando a un lado el juicio, sigo preocupada por su seguridad. La pobre lo estará pasando muy mal.

—Consuelo, vamos a encontrarla. Se lo prometo.

—¿Sí? —dijo, de repente sonaba esperanzada—. Eso espero, confío en ustedes.

Villa consultó su reloj.

—Tengo que seguir con mi trabajo.

—No le molesto más. Gracias, inspectora.

Al colgar, se dio cuenta de que se había precipitado. Sin fundamento alguno, había alimentado la ilusión de la abogada. ¿Por qué lo había hecho? Quizá porque intuyó que Consuelo dudaba de sus capacidades, y eso anuló su sentido común.

No era difícil adivinar de dónde venía aquello: de su conflicto paterno. El miedo a no ganarse su aprobación, el miedo a fallar. ¿Hasta cuándo seguiría sometida a ese sentimiento?

Estaba a punto de hablar con el quiosquero cuando sonó otra vez su móvil. Era Barrios.

—Me ha llamado Álvarez —dijo, hablando a toda velocidad—. Parece ser que un zeta ha localizado a un hombre que se ajusta a la descripción de Manel.

Villa sintió un subidón de adrenalina.

—¿Dónde está?

—En la estación de Atocha.

—¡Voy para allá!

# 25

Barrios y Villa llegaron con la sirena aullando por toda la ciudad. Enseguida localizaron el zeta, que estaba aparcado junto a la estación de cercanías. Los numerosos viajeros que entraban y salían centraron sus miradas en los dos policías bajando del coche y, a paso vivo, ir al encuentro de sus compañeros.

Bajo el amplio techo de la parada de autobuses urbanos, Barrios y Villa observaron que hablaban con un hombre. Por los gestos de unos y otros, el ambiente estaba cargado de tensión.

A medida que se aproximaban, el aspecto físico del hombre se fue distinguiendo. Entre cincuenta y sesenta años, chaleco de plumas, sudadera con capucha y vaqueros. Villa sintió mariposas en el estómago al reconocer al perro. Sí, era Manel.

Uno de los agentes uniformados, se giró hacia Barrios y Villa.

—Ah, ya estáis aquí —dijo, con cierto alivio.

—¡Tengo derecho a irme! —exclamaba Manel, con su voz temblando de indignación.

—Solo será un momento… —le decía uno de los agentes.

Villa reparó en las botas militares de Manel. Eran las mismas del vídeo. Ya no había ninguna duda de que era la persona que buscaban.

—Manel… —dijo Villa, alzando la voz.

El hombre se quedó inmóvil por la sorpresa de que supiera su nombre. Desprendía un fuerte olor a sudor y cerveza. El perro, que llevaba atado con correa, ladraba y gruñía.

—¡Quiero irme! —insistió Manel.

Villa y Barrios se presentaron.

—¡No he hecho nada!

—Claro que no —dijo Barrios—. No vamos a detenerte.

Villa le mostró a Manel en el móvil la imagen de él mismo en el cajero, mirando de pie a través del cristal. En sus ojos atisbó un centelleo. Manel acababa de enterarse del motivo por el que los policías estaban ahí.

—Tenemos que hablar con usted —dijo Villa.

Los gruñidos y ladridos del perro hacían que la conversación fuese un poco más áspera. Manel se agachó y le dio unos golpecitos en la cabeza.

—Tranquilo, Duque —dijo en voz baja—. Todo está bien.

Ante la atenta e impaciente mirada de los policías, sacó un cacho de pan, partió un trozo y se lo dio.

—Manel… —dijo Villa, apremiándole.

Barrios le lanzó una fulminante mirada, y ella entendió enseguida el motivo. Le pedía calma. Presionar sería un error. Villa asintió levemente con la cabeza y se quedó callada apretando los labios.

Todos observaron cómo Duque devoraba a su ritmo los trozos de pan como si fueran un auténtico manjar. Armándose de paciencia, Villa se cruzó de brazos e inspiró lentamente por la nariz.

A su alrededor, la corriente de viajeros que iba y venía seguía fluyendo. Para los ciudadanos de Madrid era un día como otro cualquiera. Los compañeros que habían localizado al sin techo se despidieron.

—No recuerdo la hora a la que fue —empezó Manel, mirando a Barrios y Villa sin dejar de acariciar el lomo de Duque—, porque no llevo reloj. Pero era tarde. Una furgoneta aparcó en doble fila. Se bajaron unas personas y entraron en el portal. Pasarían… no sé, unos diez minutos y volvieron a bajar con una chica negra. La metieron en la furgoneta y se fueron. Eso fue lo que vi.

—¿Cuántos hombres eran? —preguntó Barrios.

—Cuatro —respondió sin dudar.

—¿Y la chica se iba voluntariamente con ellos?

—No me lo pareció. La sujetaban por la cintura y tenía la cabeza baja. Parecía dormida o inconsciente.

—Describa la furgoneta —dijo Villa.

—Blanca, grande, con una abolladura en la puerta. No sé el modelo.

—¿Cómo eran los hombres? ¿Mayores, jóvenes…? —preguntó Barrios.

Manel pensó la respuesta durante un instante.

—Sobre todo mayores, fuertes. Iban vestidos normal, bueno, ahora que recuerdo me pareció que algunos no iban muy abrigados que digamos para ser invierno.

—¿Los reconocería si le enseñamos unas fotos? —preguntó Barrios.

—No lo sé, estaba lejos —respondió Manel—. El conductor estaba un poco más cerca, pero no le vi la cara. Solo el codo que lo apoyaba en la puerta.

Barrios miró a Villa por si le ocurría alguna pregunta más.

—¿Había visto antes esa furgoneta por el barrio? —preguntó ella.

—No, se ven tantas al día…

—¿Tomó nota de la matrícula?

—No, todo fue muy rápido.

Villa se imaginó el angustioso escenario en el piso de Abebi. Entraron por la fuerza, la obligaron a escribir la nota y se la llevaron. Quizá incluso le administraron cloroformo para que no gritara.

—Manel, debería haberlo denunciado —dijo Villa molesta, sintiendo la rabia carcomiéndole el alma—. Nos hubiéramos puesto en marcha mucho antes. Se han perdido horas valiosísimas.

—¿Y quién le dice a usted que no lo hice? —espetó Manel, indignado.

—No nos consta —respondió Villa, y después miró a su compañero por si sabía algo, pero este se encogió de hombros.

—Fui a la comisaría de Vallecas a primera hora de la mañana. Antes no pude porque si me voy del cajero me arriesgo a que me lo quiten, y después…

—¿Qué pasó en la comisaría? —interrumpió Villa.

—Que me echaron con cajas destempladas. Por lo visto, el que estaba ahí no me creyó.

Villa pensó que el agente de guardia se dejó guiar por el aspecto de Manel. Le hubiera gustado saber quién era para que recibiera una reprimenda, pero no iba a actuar en contra de un compañero por ese motivo.

—Lo siento —dijo Villa, reconociendo su error.

—Manel, tiene que acompañarnos a la Jefatura —dijo Barrios— para que su testimonio conste oficialmente. Además le enseñaremos unas fotos para un reconocimiento, ¿de acuerdo?

Manel asintió desganado, y añadió que no dejaría a Duque en la calle esperando, que entraría con él. No se opusieron. Después, les llevaron al coche. Mientras Manel y el perro se acomodaban en el asiento trasero, Barrios le comentó en un aparte a Villa cuál era el siguiente paso.

—Tenemos un listado de sospechosos habituales expertos en secuestros. Por si acaso suena la flauta, le enseñaremos las fotos. Será tedioso, pero merece la pena intentarlo.

—Ojalá sirva para algo.

Antes de subir al vehículo, consultó su reloj. Dentro de seis horas se cumplirán las cuarenta y ocho de la desaparición, pensó.

# 26

Enfilaron por la calle Alfonso XII, rodearían el Retiro y después, dirección norte. El tráfico estaba en su punto álgido de la tarde.

—¿Es cierto que serviste en el Ejército? —preguntó Barrios, mirando a Manel a través del retrovisor.

—Infantería ligera. Dieciséis años.

—¿Cómo fue aquello?

Manel tosió repetidas veces. La vida en la calle le había producido secuelas físicas. Las más visibles eran una considerable delgadez y una infección cutánea en la cara.

—Complicado.

—¿Hace cuánto que tienes a Duque? —preguntó Villa, girándose hacia él.

—No me acuerdo —y se giró hacia el perro—. Y tú, ¿te acuerdas?

Duque ladró un par de veces a modo de respuesta.

—Unos dos años.

—Qué buena memoria tiene, ¿eh? —dijo Barrios, sonriendo.

Al cabo de una media hora, ya estaban en la Jefatura. Compraron a Manel un bocadillo y un botellín de agua en la cafetería, y se lo llevaron a la salita de interrogatorios.

Mientras Manel comía en paz, Barrios y Villa eligieron el grupo de fotografías para el reconocimiento. Cuando regresaron, el hombre ya había dado cuenta del bocadillo. Le colocaron sobre la mesa un grupo de nueve fotografías.

—Mientras estás con él —dijo Villa—, me voy a poner con el número de Chari. Ya debe de haber llegado la información de la compañía telefónica.

—Vale.

Villa comprobó que, en efecto, la información había llegado a su correo. Lo abrió y se descargó el archivo adjunto. Novoa estaba en su escritorio, concentrado en su portátil.

Lo primero que leyó fue que la línea se había dado de alta en febrero de 2017, a nombre de un tal Amir Faras. ¿Qué relación tendría con Chari? Si es que existía alguna, ya que dedujo que sería un hombre de paja. Aun así, debería buscar el nombre en Sidenpol para conseguir su domicilio y saber si tiene denuncias.

En el listado de llamadas y mensajes, encontró una infinidad de números desconocidos. Usó la herramienta de búsqueda de la aplicación con los números de móvil de Gabriela y Abebi. Encontró varias coincidencias a lo largo de los dos últimos años. Sí, existía una relación entre las tres.

Lo llamativo era que no había actividad alguna desde hacía una semana. Como persona de interés, debían localizar a Chari. Para lograrlo tendrían que pinchar la línea telefónica.

Con la autorización previa de un juez, y el apoyo tecnológico del sistema Sitel, podían ser avisados cuando la línea se usara tanto para voz como para texto. Y con esa información podrían averiguar su paradero.

Se acordó de uno de sus casos más sonados cuando pertenecía a Estupefacientes. Alguien la bautizó como «operación plástico» porque iban detrás de un cirujano estético con escasos clientes al mes, pero con un tren de vida de millonario.

Escucharon sus conversaciones pidiendo colágeno a proveedores de Polonia, y citando a sus clientes por el móvil diciendo que su *receta* ya estaba lista. Cuando lo detuvieron, encontraron cantidades ingentes de metanfetamina en los viales de colágeno.

Unos minutos después, Álvarez se acercó a Villa.

—Hace un frío de mil pares de cojones —dijo, resoplando—. ¿Sigues con lo de la *madame*?

—Estoy tramitando la diligencia para que el juez autorice el uso de Sitel. Hace una semana que no usa el móvil ,y quizá no lo haga más por seguridad.

—Muy bien —dijo, con las manos en los bolsillos—. Ya sabes, que esté bien motivada y explícaselo todo como si fuera un niño. No quiero que nos pongan pegas. Ya vamos suficientemente retrasados.

Villa entendió este último comentario como una crítica velada a su trabajo. Le desagradó, pero se quedó callada. En ese instante, entró Barrios con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué pasa? —le preguntó Álvarez.

—¡Manel ha identificado a uno!

En su mano derecha, llevaba la foto del sospechoso. Tendría unos sesenta años. Sus cejas eran largas y espesas. Sus ojos pequeños miraban siniestramente a la cámara.

—Se llama Besnik Lila, albanokosovar —dijo Barrios, con Villa y Álvarez a cada lado—. Según nos consta, condenado en Albania por secuestro, aunque solo cumplió una parte pequeña de la condena. Vete a saber por qué. Lleva en España unos años. Se le detuvo por pertenecer a banda criminal, pero lo dejaron en libertad por falta de pruebas.

—¿Tenemos una dirección? —preguntó Álvarez.

—Un piso alquilado en Hortaleza. El dueño lo denunció por impago.

—A lo mejor está ahí Abebi —dijo Villa.

—Id para allá —ordenó Álvarez—. Voy a llamar al juez para pedirle que nos dé autorización para entrar, que después se lo motivamos. A ver si nos da manga ancha.

—Si Calde y Novoa están libres, que nos apoyen para la inspección —dijo Barrios, poniéndose la gabardina y la bufanda.

—Cuenta con ello —dijo Álvarez, levantando el pulgar.

—¿Y Manel? —preguntó Villa.

El inspector-jefe se señaló el pecho.

—Yo me encargo. Vosotros largaos, que ya estáis tardando.

A toda prisa, Barrios y Villa bajaron hasta el aparcamiento y se subieron al coche, al que activaron la sirena. Barrios le pidió a Villa

que llamara al jefe de los GEO. Los necesitarían para derribar la puerta.

Villa se puso en contacto con Campaña y le transmitió con urgencia lo que necesitaban. El jefe de los GEO dijo que movilizaría a sus hombres al momento.

Colgó y miró al frente. Suspiró para aligerar la tensión que se apoderaba de su cuerpo. Estaban siguiendo la mejor pista que tenían hasta el momento. ¿Seguiría Abebi con vida?

# 27

Muy próximo a la boca de metro de San Lorenzo, se alzaba el edificio de viviendas donde Villa pensaba que podía estar secuestrada Abebi. La sospecha de que al menos uno de ellos era de origen albanokosovar complicaba el caso.

Por su experiencia en Estupefacientes, sabía que eran grupos muy violentos, pequeños y bien jerarquizados. Una de sus características es que abarcaban todas las actividades criminales imaginables: secuestros, atracos, extorsión, trata de blancas, tráfico de drogas, etc. En fin, cualquier sector del que pudieran extraer dinero sucio y cuanto más, mejor.

Barrios apagó la sirena para no avisar a los cuatro vientos de su llegada. Un instante después, detuvieron el coche en la esquina de la avenida Barranquilla con Celio Villalba. Eran los primeros en llegar.

Villa se bajó y, con las manos en las caderas, contempló el edificio con una mezcla de tensión y angustia.

—Vamos a esperar a Campaña y los suyos —advirtió Barrios mirándola de reojo, como si pudiera leer su mente.

—Vale, tranquilo —dijo Villa.

Se colocaron los chalecos fluorescentes con el rótulo de Policía a la espalda, y se colgaron la placa sobre el pecho. El cielo madrileño amenazaba con lluvia.

Villa pensó en Salvador Ortega. ¿Cómo había terminado siendo un hombre de confianza de los albanokosovares? ¿Y Chari? ¿Qué le

aportaban a Besnik? Se preguntó si habría algún español más involucrado en la trama de prostitución.

Barrios sacó el móvil. Le llamaban.

—Es el jefe —anunció a Villa.

La conversación no duró más de diez segundos.

—Tenemos la autorización del juez para entrar.

Calde y Novoa aparecieron en otro vehículo. Descendieron ya vestidos con el chaleco y mostrando la placa. Villa les explicó por encima lo que podían esperar del operativo.

Casi un minuto después, llegaron los GEO en una furgón. Saltaron seis hombres con fusiles de asalto de la marca Heckler&Koch.

Manuel Campaña, el jefe, saludó con un gesto de la cabeza. Era un hombre de mandíbulas fuertes y mirada seria. Barrios y Villa le informaron de lo que necesitaban de su equipo. Campaña ni se inmutó ante la mención del clan albanokosovar.

Así, sin más, el Grupo 7 y los GEO se dirigieron con decisión hacia el portal del edificio, donde el conserje pasaba la escoba. Al ver a los policías, se quedó estupefacto.

—¿Les puedo ayudar en algo? —preguntó balbuceando.

—No —respondió Barrios.

Entraron al vestíbulo. Los GEO, Barrios y Villa subieron por las escaleras. Calde y Novoa, por el ascensor. En el caso de que Besnik Lila se marchara por casualidad, debían ocupar todas las posibles salidas.

En el cuarto piso, se reunieron todos. Campaña ordenó a uno de sus hombres, el que acarreaba el ariete, que destrozara la cerradura. Los contundentes golpes se oyeron por todo el edificio. Pom. Pom. Pom.

La puerta se abrió con un estruendo. Los GEO irrumpieron al grito de policía, policía. El último en entrar fue el jefe. El Grupo 7 estaba atento para seguirles en cuanto lo permitiera Campaña.

Se oyeron enérgicas voces en el interior. Los compañeros habían encontrado algo. Barrios y Villa se miraron. ¿Sería Besnik? ¿Abebi?

Campaña se asomó por la puerta.

—Despejado —les dijo.

Los cuatro del Grupo 7 entraron y enseguida recibieron el golpe de un hedor insoportable, el anuncio de lo que iban a descubrir. En el pasillo, dos de los GEO estaban frente a una de las puertas de las habitaciones. Uno de ellos se dirigió a Barrios.

—¿Os lo esperabais?

—¿El qué?

—Míralo tú mismo.

Barrios, Villa, Calde y Novoa cruzaron el umbral de lo que parecía ser el salón. Lo que vieron les dejó sin habla.

El cadáver de un hombre desnudo estaba sentado en una silla y de espaldas a la puerta. La cabeza, caída hacia un lado. Las manos, con unos grilletes. Debajo, un charco de sangre reseca.

Barrios se acercó al muerto, que presentaba ya un color verdoso. Villa sintió una arcada y se mantuvo alejada. No quería vomitar delante de todos.

—Joder —dijo Barrios, cuando identificó al cadáver.

Villa observó la expresión de sorpresa de su compañero. Calde y Novoa se aproximaron en silencio. Sus caras reflejaron estupor y repulsión. Conteniendo el aliento, Villa dio unos pasos hacia delante y se colocó al lado de Barrios.

Los perturbadores ojos abiertos sin vida de Salvador Ortega miraban hacia el frente. Pero eso no era todo. La piel de sus brazos, torso y piernas estaba horriblemente carbonizada, como si fuera plástico quemado.

Villa se pasó la mano por el cuello, confundida con el inesperado y macabro hallazgo. ¿Los albanokosovares habían matado a Salvador Ortega? ¿Por qué? Surgían más preguntas que debían encajar en el enigma de la desaparición de Abebi.

# 28

Los compañeros de Científica se habían desplegado por el piso, tomando fotos y vídeo del salón, así como muestras biológicas. La forense Soraya Vega examinaba el cadáver de Ortega. Tendría unos cuarenta años, gafas al aire y destacaba su larga coleta rubia.

Barrios y Villa, ataviados con el correspondiente equipo para no contaminar la escena, la observaban con interés.

—Son las heridas más horribles que he visto en mi vida —dijo la forense, refiriéndose a las quemaduras—. Me inclino a pensar que la muerte fue por un choque hipovolémico. Por el color verdoso en el vientre, las manos y los pies, calculo que lleva muerto entre unas cuarenta o treinta horas.

—Es decir, durante el miércoles —dijo Villa—. Al día siguiente del secuestro de Abebi.

Su compañero asintió.

—¿Sabes con qué se han hecho las quemaduras? —preguntó Barrios a Vega.

—El tejido está calcinado y hay zonas que parecen como pequeños cráteres. La temperatura del fuego fue muy elevada. A este pobre hombre lo torturaron de una manera muy salvaje. Estaba consciente cuando lo quemaron.

—Pero no has respondido a la pregunta —intervino Villa.

Barrios movió hacia un lado la cabeza, en un gesto que era un sutil reproche a su compañera.

—Lo sé, corazón —dijo Vega con una sonrisa forzada, y se dirigió a Barrios—. Diría que con un soplete o soldador.

—¿Con un soplete? —repitió Villa.

—Es lo que he dicho —dijo la forense, cortante.

La inspección visual del piso no había supuesto revelaciones de importancia. Los armarios estaban vacíos y las camas, sin ropa. En la cocina, la nevera estaba desenchufada. La sensación era que nadie vivía allí, como si el piso solo sirviera a modo de escenario del crimen y nada más.

Barrios y Villa decidieron regresar a la Jefatura, así que abandonaron el piso. Calde y Novoa hacía rato que se habían marchado para retomar el caso de tiroteo entre bandas.

—Ni siquiera los albanokosovares se han molestado en deshacerse del cadáver —apuntó Barrios, en el ascensor—. Les entró la prisa de repente, o se creen por encima de la ley y les da igual todo.

—Parece que estaban muy cabreados con Ortega —dijo Villa—. Algún problema surgió entre ellos y decidieron zanjarlo por la vía rápida.

—Esto para Abebi no es bueno. Con Ortega muerto, ya no tiene sentido su secuestro. Si ya no es útil, no van a dudar en cargársela.

Villa suspiró. El caso parecía otra vez encallado.

—Habrá que avisar a Consuelo de que Ortega ha muerto —dijo Villa.

—En cuanto tengamos la confirmación oficial.

Villa pensó en Gabriela, que tanto había esperado para que se hiciera justicia. Supuso que antes de lo previsto regresaría a Colombia con sus hermanos.

—Tenemos que avisar también a la familia de Ortega de lo que ha pasado —dijo Barrios—. No va a ser agradable.

—Desde luego que no.

Llegaron a la planta baja, salieron del ascensor y cruzaron el vestíbulo. El conserje salió a su paso para preguntarles qué había pasado. Sin detenerse, Barrios le respondió que un homicidio. Cuando pisaron la calle, Villa se alegró de aspirar aire fresco.

—Tenemos a tres personas en el punto de mira —dijo Barrios, caminando en dirección al coche—. Besnik, Chari y la chica.

—Abebi —corrigió Villa.

Barrios asintió y continuó hablando.

—Por un lado, estamos esperando a que los de Sitel nos avisen de movimiento en la línea telefónica de Chari.

—Ahí no podemos hacer nada más. ¿Qué hacemos con Besnik?

—Por si acaso ya está fuera de España, cursar una orden internacional de busca y captura. Con suerte, los de Interpol lo pillan en alguna aduana.

—Si está aún por aquí, estará muy bien escondido.

Avanzada la tarde, recibieron en la Jefatura la confirmación desde el Anatómico Forense que el cadáver pertenecía a Salvador Ortega. Barrios y Villa dejaron lo que tenían entre manos, para dirigirse al domicilio de la familia e informar a la esposa. Se concienciaron de que les esperaba una escena cargada de tensión.

# 29

La familia Ortega residía en una urbanización llamada La sierra, en Pozuelo de Alarcón. Barrios detuvo el coche en la barrera de seguridad. Un vigilante salió de la garita y se acercó. Los policías se identificaron y le informaron de que tenían que hablar con la Sra. Ortega.

Después de solicitar permiso por teléfono, el vigilante no solo les franqueó la entrada, sino que, subido en una moto, les condujo hasta la casa.

Durante el breve trayecto, a Villa le resultó imposible no asombrarse por el lujo que les rodeaba. Las calles parecían recién estrenadas. Las aceras, las farolas y los jardines transmitían un gusto por la excelencia y el detalle. Daban ganas de pasear un buen rato envueltos en el esplendoroso verdor y el abrumador silencio.

El vigilante se detuvo frente a un chalé moderno y robusto, cuya fachada se componía de elegantes bloques de hormigón. Barrios soltó un suspiro como diciendo «quién pudiera vivir aquí».

Se bajaron del coche y siguieron al vigilante hacia la puerta de entrada. Unos metros antes de llegar, se abrió. Un hombre maduro, con perilla y escaso pelo se asomó con cara de preocupación. Debía de estar informado de la llegada de los policías.

—¿En qué les puedo ayudar? —preguntó, mirando a Barrios y Villa.

El guardia dio media vuelta y regresó a la moto.

—Tenemos que hablar con la Sra. Ortega —dijo Villa.

—Soy Álvaro, su hermano. Pueden hablar conmigo.

—Tenemos que hablar con ella —dijo Barrios, con firmeza.

—¿Sobre Salvador, verdad? Algo le ha pasado...

—Como le ha dicho mi compañero —dijo Villa—, primero hablaremos con la Sra. Ortega. ¿Está en casa?

—Sí-sí —Balbuceó.

—¿Podemos pasar? —preguntó Villa.

—Claro, faltaría más.

Álvaro se apartó y les dejó entrar al vestíbulo, que estaba presidido por un gran espejo enmarcado. Villa se miró pero no le gustó su reflejo. Tenía ojeras por la falta de sueño. Prefirió echar un curioso vistazo al fondo, donde una tibia luz entraba a través de la cristalera.

—¡Mercedes! —gritó Álvaro, al pie de las escaleras que conducían a la segunda planta.

Mientras esperaban, Villa examinó los diferentes cuadros de arte abstracto que decoraban las paredes. Cada uno iluminado con su propia lamparita. Barrios se cruzó de brazos, mientras notaba la rigidez que le invadía cada vez que debía informar a un familiar de la muerte de su ser querido.

Se oyeron unos pasos descendiendo. De cabello corto y moreno, la Sra. Ortega se apoyaba en el pasamanos y fijándose bien en cada escalón. Tenía sobrepeso que disimulaba luciendo una túnica de colores vivos.

—¿Qué quieres, Álvaro? —preguntó, y después miró a Barrios y Villa—. ¿Quiénes son estos señores?

—La policía, Mercedes.

—¿La policía? —preguntó, atónita.

Barrios esperó hasta que tuvo a la Sra. Ortega frente a frente.

—Tenemos que hablar sobre su marido.

—¿Sobre qué?

—Lamento comunicarle que ha fallecido.

La Sra. Ortega miró a su hermano como exigiendo una explicación.

—¿Cómo? ¿Qué estupidez es esa?

—Le acompañamos en el sentimiento —añadió Villa.

—¡Se equivocan! —exclamó—. ¡Mi marido está de viaje!

Barrios negó suavemente con la cabeza.

—Esta mañana ha sido encontrado sin vida en un piso del centro.

—Será mejor que se siente —dijo Villa, cogiéndola por el codo.

—¡No me toque! —Se apartó con brusquedad.

—Mercedes, cálmate —intervino Álvaro.

—Es imposible —dijo la Sra. Ortega, con la voz entrecortada—. Hablé con él hace dos días.

—¿Están seguros de que es Salvador? —preguntó Álvaro.

—Los forenses lo han confirmado —respondió Villa—. Alguien de la familia tendrá que identificarle, pero es un trámite. Estamos seguros.

La Sra. Ortega se sentó con lentitud en las escaleras. Poco a poco empezaba a asimilar la noticia. Sus ojos se empañaron de lágrimas, aunque mantenía la compostura.

—¿Te traigo un vaso de agua y una pastilla? —le preguntó su hermano.

—¿Cómo ha sido? —preguntó la Sra. Ortega a Barrios.

—Aún no tenemos todos los detalles, pero fue un asesinato.

La Sra. Ortega se llevó la mano al pecho y se quedó en silencio.

—¿Quién fue? —preguntó su hermano.

—Como le digo, aún no tenemos todos los detalles —insistió Barrios—. Lo estamos investigando.

—¿Tienen ya sospechosos?

—Es pronto para eso —respondió Villa.

—Seguro que el juicio ha tenido algo que ver —dijo la Sra. Ortega—. No puede ser una casualidad.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con él? —preguntó Villa.

—Se lo he dicho antes, hace dos días.

—Denos más detalles.

—Fue aquí mismo. Antes de que se fuera al aeropuerto. Me dijo que se iba a una reunión de inversores en Frankfurt, para comprar un hotel en Costa Rica y remodelarlo.

Barrios y Villa intercambiaron una mirada de asombro. Resultaba evidente que la Sra. Ortega desconocía por completo los turbios negocios de su marido.

—¿Era habitual que se fuese de casa? —preguntó Barrios.

—Cada dos semanas más o menos se iba de viaje. Es un hombre muy ocupado —dijo, con orgullo—. Siempre tiene un avión que coger y una reunión a la que asistir.

Y una mujer a la que extorsionar y violar, pensó Villa.

—Lo que no entiendo —dijo la Sra. Ortega—, es que hace en un piso de Madrid cuando debía estar en Frankfurt.

—No nos consta que estuviese en Alemania —dijo Barrios.

—¿Me está diciendo que mi marido me mintió?

—No sé lo que le dijo, pero si tuvo una reunión fue en Madrid —dijo Villa, y decidió cambiar de tema—. ¿Cómo se encontraba su marido de ánimo estos últimos días?

La Sra. Ortega se quedó pensativa un instante.

—Bueno, un poco tenso por lo del juicio —dijo finalmente—. Se encerraba muchas horas en el estudio con la abogada. Quería demostrar su inocencia.

Villa consultó su reloj. ¿Cuánto más tiempo estarían aquí? Tenían que seguir con la búsqueda de Abebi. Se le ocurrió volver a su piso y hacer una inspección más profunda que la primera vez.

—¿Aquí, en casa? —preguntó Barrios.

—Sí.

—¿Podemos echar una ojeada, Sra. Ortega?

La mujer miró a su hermano, como buscando consejo. Álvaro se encogió de hombros.

—Será solo un minuto y puede ser valioso para esclarecer la muerte de su marido —dijo Barrios.

La Sra. Ortega finalmente asintió y pidió a su hermano que los llevara al estudio. Villa dudó de que fueran a conseguir alguna pista, pero se guardó de expresarlo.

# 30

Al entrar en el estudio de Ortega, Barrios y Villa se sorprendieron por el desorden de la mesa. Carpetas, papeles y fotografías estaban desparramados.

En una mesita lateral, había un par de botellas de agua con gas sobre una bandeja. También servilletas, vasos y unos envoltorios de barritas de chocolate. Daba la sensación de que Ortega y su abogada habían trabajado sin descanso.

En una de las paredes, Villa reparó en una fotografía enmarcada. En la playa, Ortega y su esposa sonreían en su juventud. Se compadeció de ella por la doble vida de su marido. Cuando se enterase, el dolor sería incluso mayor.

—¿Buscas algo en concreto? —preguntó Villa a Barrios.

—No —respondió, echando un vistazo a una de las carpetas—, pero ya que la Sra. Ortega nos ha dejado entrar, vale la pena echar un vistazo, ¿no crees?

—Si tú lo dices…

Villa cogió una libreta grande con anillas, abierta por una página llena de anotaciones a mano. Dos palabras estaban subrayadas en un aparte: «nuevo enfoque» y al lado «su interpretación». ¿Sería la letra de Ortega o su abogada?

Barrios vio una fina carpeta. Al abrirla, vio fotos de Gabriela junto a sus datos biográficos. Las imágenes se habían tomado en la calle, caminando por la acera. Era imposible determinar cuándo habían sido tomadas.

—Parece que contrató a un detective para que la siguiera —dijo Barrios.

—¿Cómo lo sabes?

Desde la otra punta de la mesa, Barrios le enseñó la foto de Gabriela.

—Quizá ese detective consiguió la dirección de Abebi —dijo Villa.

—Es verdad, no lo había pensado.

Había más fotos en la carpeta. En una de ellas, aparecía la colombiana con dos chicos altos y morenos.

—¿Quiénes serán? —le preguntó a Villa.

—Sus hermanos. Cuando fui a hablar con ella, los conocí.

Villa pasó una página más del cuaderno. Encontró una lista de cinco nombres, también escrita a mano. Ninguno le sonaba y el último estaba tachado.

—¿Qué puede ser esto? —preguntó a su compañero.

Villa le entregó el cuaderno por encima de la mesa.

—¿La lista de testigos y especialistas para el juicio? —preguntó Barrios, después de examinar la lista.

—Sí, puede ser.

Barrios le hizo una foto con el móvil.

—Pero ¿es legal? —preguntó Villa, bajando la voz.

—La Sra. Ortega nos ha dado permiso para hacer una inspección, ¿no? —replicó Barrios, devolviendo el cuaderno a Villa.

Ella siguió curioseando y tomando fotos. En otra página llena de anotaciones, se percató de otra palabra: «ABSUELTO». A diferencia de las demás, estaba escrita en mayúsculas.

Más abajo, leyó una especie de borrador en el que Ortega afirma su inocencia y cuestiona la credibilidad de Gabriela. Sin duda, el discurso hubiera sido pronunciado al final del juicio, cuando el juez da la palabra al acusado. Para Villa, el texto era un intento desesperado de evitar la cárcel.

Álvaro entró de repente.

—¿Les falta mucho? —preguntó, con cierta desconfianza—. Mi hermana y yo estamos listos para irnos al Anatómico.

—Ya hemos terminado —respondió Barrios.

Los policías salieron del estudio. Álvaro cerró la puerta, aunque antes echó una rápida mirada. Quizá preguntándose el porqué del interés en esos papeles desordenados.

En el vestíbulo, Mercedes les esperaba. Llevaba unas enormes gafas de sol y un abrigo con capucha. Parecía recompuesta de la desgraciada noticia.

—¿Qué va a pasar después de que reconozcamos el..? —preguntó, sin poder acabar la frase.

—Se le practicará la autopsia —respondió Barrios—. En cuanto sepamos algo, les llamaremos. Por cierto, ¿cómo se llama la abogada?

—María José Montero.

—Tome —dijo Villa, tendiéndole una tarjeta a la Sra. Ortega—. Por si quiere llamarnos.

La Sra. Ortega se la entregó sin mirarla a su hermano, que se la guardó. Afuera, los policías se despidieron dando una vez más sus condolencias. Se subieron al coche y enfilaron hacia la salida. Villa se puso a examinar las fotos hechas en el estudio.

—¿En qué piensas? —le preguntó Barrios.

—Sigo dándole vueltas a ese nombre tachado —dijo, haciendo *zoom* sobre la imagen—. ¿Por qué harían eso?

—¿Por seguridad? Hablemos con la abogada y que nos lo diga.

—¿Nos lo dirá así por las buenas?

—Hay que intentarlo.

Villa suspiró con frustración. Todas las gestiones que debían llevar a cabo por la muerte de Ortega, les quitaba tiempo de buscar a Abebi.

—Llama a Consuelo —dijo Barrios—, dile que Ortega ha muerto antes de que se entere por la prensa.

—No le hará ninguna gracia.

# 31

En la Jefatura, al caer la noche, Barrios y Villa dedicaron un par de horas a las tareas administrativas que implicaba el asesinato de Ortega. La apertura del atestado, petición de registros telefónicos y órdenes judiciales para estudiar el patrimonio de la víctima.

La primera averiguación era saber dónde había estado Ortega desde que se despidió de su esposa. Bastó una consulta en la base de datos de Hospederías para saber que Ortega se había registrado en el Gobernador, un céntrico hotel. Como sospechaban, nada de ir a Frankfurt.

A petición de Álvarez, Calde y Novoa les echaron una mano. Fueron al hotel a pedir el material de las cámaras de seguridad, y regresaron al cabo de una hora.

Esta vez fue Barrios el encargado de revisar las imágenes. El hotel solo disponía de dos cámaras en el vestíbulo, pero confió en que sería más que suficiente para localizar a Ortega. En el ordenador, activó la doble velocidad y se dispuso a observar con atención a las personas que entraban, salían o pasaban.

Le llevó una media hora encontrarlo. Salía del ascensor. La figura de un hombre con una enorme barriga y vestido de punta en blanco, llamaba la atención entre empleados y huéspedes. Quién le iba a decir que encontraría la muerte pocas horas después.

—Villa, mira esto —le dijo a su compañera, señalando la pantalla.

Ella se levantó.

—Tenemos algo —añadió Barrios.

Ortega no estaba solo. Un hombre calvo, bajo y fuerte le acompañaba. Besnik Lila. Vestía una chupa de cuero y llevaba gafas de sol. Los dos tenían una altura similar. Como no constaba el registro de Besnik en el hotel, Barrios dedujo que se habrían citado en el vestíbulo.

Besnik agitaba los brazos. Ortega negaba con la cabeza. ¿Estaban discutiendo? Besnik le cogió de un brazo, como tirando de él, pero Ortega no se movió. Desde el mostrador de recepción, algunos empleados giraban la cabeza atraídos quizá por las voces.

—¿De qué discutirán? —preguntó Villa.

—Supongo que de dinero, como siempre.

—Dinero o poder.

—También.

Casi dos minutos después, Ortega accedió a acompañarlo. Gracias a la segunda cámara, se pudo ver con claridad cómo los dos subían a un coche aparcado frente a la entrada. Por la forma, Barrios supo que era un Ford K. Primero subió Ortega a la parte de atrás. Después Besnik. No podía apreciarlo con claridad, pero al menos habría una persona más con ellos, el conductor. Con toda probabilidad, otro albanokosovar.

—¿Se ve la matrícula? —preguntó Villa.

Barrios usó el *zoom* sobre la imagen. Las letras y los números estaban borrosos. Villa chasqueó la lengua.

—Los de Informática ya tienen otro trabajo —dijo Barrios—. Les enviaré el clip de vídeo para que con su magia consigan la matrícula.

—Eso llevará un rato, ¿mientras tanto qué hacemos?

Barrios consultó su reloj. Faltaban once minutos para las diez de la noche.

—Podemos ir a hablar con la abogada de Ortega —sugirió.

—¿A estas horas estará en su despacho?

—Supongo que no, pero lo averiguaremos. ¿Cómo lo ves?

—En marcha —dijo Villa, poniéndose la chaqueta.

# 32

La fachada del museo Thyssen-Bornemisza estaba iluminada con potentes focos que resaltaban los elegantes balcones de estilo clásico. Se celebraba la exposición de una pintora expresionista, Gabriele Münter. Los invitados que provenían de los exclusivos ámbitos de la ciudad, degustaban copas y canapés.

Barrios y Villa irrumpieron en la fiesta. Su atuendo formal contrastaba con los trajes y vestidos que llenaban el vestíbulo. Se formó un silencio incómodo mientras los policías recibían miradas suspicaces de arriba abajo. Parecía un sacrilegio romper el código de vestimenta.

No iba a ser fácil encontrar a María José Montero, la abogada de Ortega. Había entre sesenta y setenta invitados, calculó Villa. De camino al museo, se había descargado al móvil una imagen de ella reciente de internet. Tenía una edad similar a la de Barrios, unos cincuenta años. Se la veía sentada en un escritorio y sonriendo con cierta arrogancia.

Una vez que el impacto de la presencia de Barrios y Villa disminuyó, los invitados volvieron a lo suyo. Entonces los policías pasearon entre los corrillos con escasa discreción buscando a la abogada. Parecían como dos animales buscando una presa.

Al cabo de unos minutos, Barrios dio con ella. Se hallaba entre un grupito de cuatro o cinco personas, hombres y mujeres de edad madura.

—¿Sra. Montero?

La conversación se detuvo de repente y todos miraron al policía.

—Sí, ¿qué pasa? —preguntó levantando las cejas, atónita.

Barrios le mostró la placa.

—¿Podemos hablar en privado? Serán solo unos minutos.

La mujer no salía de su asombro, por lo que tardó un instante en reaccionar.

—Por supuesto —dijo, al fin.

Le entregó la copa a su acompañante y siguió a Barrios. Se fueron a un aparte cerca de las ventanas. Barrios le hizo una seña a Villa, que se acercó con rapidez.

—¿Cómo sabían que estaba aquí? —preguntó la abogada.

—Nos lo dijeron en su despacho —respondió Barrios.

Villa la saludó con un gesto de la cabeza. Barrios la presentó y decidió empezar con las preguntas.

—¿Es usted la abogada de Salvador Ortega?

—Sí, ¿qué ha pasado?

—Lo hemos encontrado muerto esta mañana.

—¿Cómo? —dijo, llevándose una mano al pecho—. Pero si…

—Sabemos que no es el momento adecuado para hablar sobre el tema, pero el tiempo apremia —dijo Villa—. Tenemos que saber una información.

—Pero ¿cómo ha muerto?

—Asesinato —respondió Barrios.

—Asesinato… —repitió, sin salir de su asombro.

La abogada se tomó unos segundos para asimilar la repentina noticia. Su mirada se quedó vagando, mientras por su mente debían de pasar infinidad de pensamientos. El murmullo de los invitados les rodeaban.

—Adelante, hagan las preguntas que quieran —dijo, reponiéndose—, pero el Sr. Ortega sigue siendo mi cliente y mi labor es confidencial, aunque esté muerto.

—Lo que queremos saber —dijo Barrios—, es cuál era su estrategia de defensa.

—Eso no lo puedo decir.

—¿Ortega confiaba en que ganarían el juicio?

—Por supuesto que sí.

—¿Por qué estaba tan seguro?

—Porque tenemos una buena estrategia, o teníamos…

Villa tuvo el impulso de mostrarle las fotos que hicieron en el estudio de Ortega. En concreto, la del listado de personas cuyo último nombre estaba tachado. Sin embargo, se contuvo. La abogada podría denunciarles.

—Y un testimonio clave —dijo Villa.

La abogada se encogió de hombros.

—Un testigo que diría que Gabriela mentía y que pondría en tela de juicio su denuncia —añadió Barrios.

—No puedo comentar nada, de momento. Tengo que hablar con la familia mañana a primera hora. Solo puedo decir que el Sr. Ortega era inocente de los cargos que se le imputaban, de eso no tengo ninguna duda.

Al darse cuenta de que no obtendrían más información, se despidieron agradeciendo su tiempo. Se marcharon del museo y se subieron al coche, que habían dejado encima de la acera.

—¿Ortega, inocente? —dijo Barrios, con incredulidad.

—Ella ha dicho que es inocente de esos cargos, pero no que fuera un ángel. De todas maneras, es su abogada y le paga para creerse su versión.

Se incorporaron al escaso tráfico del Paseo del Prado, rodearon la plaza de Neptuno y cambiaron de sentido, rumbo a la Jefatura. La conversación con Montero no había sido tan fructífera como ellos habían esperado, pero no era más que otro contratiempo en una carrera de obstáculos.

—¿Y ese ensañamiento con Ortega? ¿Las quemaduras? —dijo Barrios—. No me cuadra. Los albanokosovares primero te cortan un dedo y en el peor de los casos, te pegan un tiro, pero no te torturan de esa manera tan cruel.

—Sí, es posible —admitió Villa—, pero tengo otra pregunta.

—Dispara.

—Si Ortega y su abogada estaban convencidos de que iba a ganar, ¿por qué iban a secuestrar a Abebi?

—Bien pensado. No tengo respuesta para eso.

—A no ser que el secuestro fuera por otro motivo…

—O que lo encargara otra persona.

Villa soltó un hondo suspiro. De repente, estaban otra vez completamente desorientados. Nada tenía sentido. El móvil de Barrios sonó y activó el manos libre.

—Dime.

—¿Vienes ya para casa? —preguntó su esposa.

Barrios miró el reloj del salpicadero. Las 22:24.

—Aún no.

—¿Has visto el informe del médico que te envié?

—No, no he podido. ¿Qué es lo que dice?

—Todo bien.

—Me alegro.

—Tenemos que hablar *los dos* con Dani para quitarle presión. Que no crea que si no consigue la beca, se acaba el mundo. ¿Cuándo crees que tendrás un rato libre?

—A ver si mañana o pasado —dijo, con escasa convicción.

—¿Estás hasta arriba de trabajo, no? —dijo su mujer, captando el tono de voz de su marido.

—Como nunca. Créeme, Laura.

Su esposa dejó escapar un suspiro.

—Despiértame cuando llegues, ¿vale?

—Vale, no te preocupes.

—Un beso.

—Un beso.

Barrios colgó. Villa sintió que debía decir algo.

—¿Cuánto tiempo lleváis casados?

—Veintiséis años, ¿qué te parece?

—Son muchos.

—¿Tienes pareja, marido, rollete..?

—Ya me lo preguntaste. Te respondí que estaba soltera.

Barrios se giró hacia ella.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo va a ser? Nos conocimos ayer.

—¿Ayer? Imposible, me acordaría.

—Fue ayer por la mañana, camino a AYM. Fuiste un poco borde, la verdad.

—Sigo sin acordarme —dijo, medio sonriendo.

—Deberías tomar algo para la memoria.

—¿Me está llamando viejo, inspectora?

—Nadie es perfecto.

—¿Te pregunté por tu familia?

—Tengo a mi madre y mi hermana. Mi padre murió.

—¿Hace mucho?

—Seis años.

Conversaron sobre temas personales hasta que llegaron a la Jefatura. Redactaron una diligencia para solicitar al juez que les permitiera acceder sin límite a los documentos de Ortega sobre el juicio, que guardaba su abogada.

—¿Has visto el correo? —le preguntó Barrios al cabo de un rato.

Villa levantó la cabeza de su ordenador.

—No, ¿qué pasa?

—Los de Científica han encontrado unas huellas parciales en la silla donde estaba Ortega.

—No nos sirve. Necesitamos que sean completas.

—Menos da una piedra. Será como tener una bala en la recámara cuando tengamos a algún sospechoso.

Villa sentía el cuerpo agarrotado y estiró los brazos. Se levantó para echar una ojeada al tablón del caso. Barrios había añadido las fotos del cadáver de Ortega. Conteniendo la repulsión, contempló las siniestras quemaduras. Un escalofrío recorrió su espina dorsal. A pesar de que no sentía lástima por la muerte del proxeneta, se imaginó su sufrimiento.

Quien fuese que lo hubiese matado, se habría recreado. Consideró que Barrios llevaba razón. Parecía una especie de escarmiento, y eso solo podía significar que el asesino y la víctima se conocían.

Escribió con un rotulador «huellas parciales».

A un lado, la foto de Abebi la miraba fijamente, y pensó que le reprochaba que aún no habían dado con ella. Quedaban solo unas horas para que se cumpliesen las cuarenta y ocho horas de su desaparición. Al día siguiente, visitarían el piso de Vallecas en busca

de un nuevo hilo del que tirar. ¿Encontrarían por fin la pista que les ayudaría a rescatar a Abebi?

# 33

Teresa soñó esa noche de nuevo que se encontraba acechada por el fuego. Las llamaradas devoraban su dormitorio en la casa de sus padres. El aire era tan caliente que sentía que sus pulmones ardían. Quería huir pero sus piernas no respondían.

Escuchó un ruido en el pasillo y supuso que, como siempre, vería a su padre cargando a su hermana. Ellos se salvarían y a ella la esperaba una muerte espantosa. Para su sorpresa, no era su padre quien apareció llevando a su hermana, sino Abebi.

Por suerte, sonó el despertador. Se despertó en su cama y encendió la luz de la mesita. Tenía la boca seca y se sentía cansada. Se quedó en silencio mientras intentaba recuperarse de la pesadilla, pero su mente no la dejó en paz. Recordó el error de detener a Eduardo Castillejo.

Por su culpa, habían perdido un tiempo valioso. Además, había dado la sensación de ser una novata, no una agente curtida en Estupefacientes. Quizá nunca debería haber pedido el traslado. Pero ahora ya era demasiado tarde para echarse atrás.

Por fin, reunió las fuerzas para levantarse. Se duchó y se vistió. Su estómago le exigió un desayuno más consistente que otros días, así que se preparó unos huevos revueltos con jamón.

Encendió la luz del salón y se sentó a comerlos con calma. El sol no iluminaría el patio interior del edificio hasta dentro de unas horas.

Se acordó de su madre. Le dio una cierta envidia saber que ella se levantaría con luz del sol y saldría a dar un paseo. Vivía en

Segovia, su ciudad natal, adónde regresó al enviudar. Al mediodía, le gustaba tomar un aperitivo en la Plaza Mayor sola o con amigas. Tenía que llamarla o, mejor, visitarla para contarle sus primeras experiencias en Homicidios y Secuestros.

Cuando Villa pisó la calle eran cerca de las seis de la mañana. El camión de la basura vaciaba un contenedor en sus entrañas. Barrios tardó unos diez minutos en aparecer en coche. Se subió y tomaron la dirección hacia el piso de Abebi.

—¿Cómo has dormido? —le preguntó a Barrios.

—Mal, ¿y tú?

—Fatal.

La radio estaba encendida. Un periodista informaba del descubrimiento del cadáver de Ortega, aunque sin mencionar su nombre. Como casi siempre para los medios de comunicación, el motivo parecía ser un ajuste de cuentas. Y tal vez no se equivocaban.

Mientras la noticia seguía dando juego en la radio, llamó Álvarez al móvil de Villa, que puso el altavoz.

—¿Tenéis algo? —preguntó con brusquedad—. Los de arriba ya me están dando calor. No les ha gustado nada que aparezca un cadáver justo ahora. Eso inquieta a los votantes, y las elecciones están a la vuelta de la esquina. ¿Necesitáis ayuda con el caso de Ortega?

—¿Qué tipo de ayuda? —dijo Barrios—. Porque estaría muy bien buscar testimonios entre los vecinos y las tiendas de alrededor, como siempre.

—Veré lo que puedo hacer.

—Y meterles prisa a los forenses, para que nos digan si el arma del crimen fue un soplete o un soldador —dijo Villa.

—He hablado con ellos y pronto nos dirán algo. En cuanto lo sepa, os aviso.

Álvarez se despidió y Villa se guardó el móvil.

—El jefe siempre agobiado por los de arriba —se quejó Barrios—. A veces parece que se ha olvidado de lo que es trabajar en Homicidios.

—¿Cuánto tiempo lleva como inspector-jefe?

—Unos diez años, si no me equivoco. Era un buen inspector con olfato e intuición, pero se cambió a los despachos —dijo con cierto desprecio—. Ya no estamos tan unidos como antes.

—Me costaría verme fuera de la calle y metida en un despacho —admitió Villa—, aunque no sé cómo me sentiré de aquí a diez años.

—Te puedo asegurar que a mi no me verás jamás sentado en uno. Me gusta mi trabajo.

Llegaron a la calle donde estaba el estudio de Abebi. Dejaron el coche en una zona azul, ya que ignoraban el tiempo que necesitarían. Las aceras eran demasiado estrechas para aparcar, y en doble fila podían perjudicar a los coches que fuesen a salir.

Como Barrios tenía la llave del piso, abrió. El estudio parecía tal y como lo habían dejado la última vez. Esta vez la consigna era llevar a cabo una inspección más minuciosa que la anterior. Cada uno eligió un lado y se puso manos a la obra.

En silencio, Villa empezó por el baño. Cogió los botes de champú y los agitó. Palpó la toalla colgada detrás de la puerta. Miró por debajo del lavabo y del retrete. Nada. ¿Qué estaría haciendo Abebi cuando llegaron los albanokosovares? ¿Cenando? ¿Leyendo o metida en internet?

Su móvil sonó. Al descolgar, la voz se identificó como Consuelo Merchante, la abogada.

—Como era previsible, el juicio se ha suspendido —dijo con un tono de amarga decepción—. Todo el trabajo se ha ido a la mierda.

—Lo siento.

—Te llamo porque Gabriela dice que se vuelve a Colombia. Echa de menos su tierra y todo eso. Además, con lo de Abebi no se siente segura. ¿Hay alguna novedad?

—No, pero sigamos investigando —dijo.

—Esos mafiosos tendrán que soltarla, ya no puedo dañar a nadie con su testimonio, ¿no?

—Eso espero. ¿Cuándo se marcha Gabriela?

—Se marchan los tres en un par de días.

—¿Cómo está ella?

—Nerviosa. Supongo que cuando esté en casa con su familia se sentirá mejor.

Villa estaba a punto de colgar, pero se acordó de las fotos de los hermanos encontradas en la casa de Salvador Ortega.

—¿Hace cuánto que sus hermanos están en España?

—Llevarán como siete u ocho meses. ¿Por qué?

Villa no iba a confesarle la idea que le rondaba por la cabeza.

—Nada, por curiosidad.

Se despidieron y Villa colgó. Salió al salón, donde Barrios examinaba la parte de abajo del sofá cama.

—¿Todo bien? —le preguntó a Villa.

—Gabriela se marcha a Colombia.

Villa se quedó pensativa.

—¿Qué pasa? —le dijo Barrios al verla parada.

—Tendríamos que hablar con ella, volver a repasar su testimonio… Se me está ocurriendo una locura, ¿y si Gabriela tuvo algo que ver con su muerte? Ese ensañamiento, esa tortura dijiste que implicaba algo más.

—Sí —dijo Barrios, intrigado.

—¿Qué sabemos de los hermanos? Nada, ¿verdad? —dijo Villa más para sí misma—. Deberíamos investigarlos.

—¿Estás diciendo que los hermanos mataron a Ortega con la ayuda de los albanokosovares?

—¿Suena muy loco o qué?

—Me parece que no tiene sentido. ¿Los albanokosovares y los colombianos, aliados?

—Sí, es raro —admitió ella.

—Podemos buscarles en Sidenpol. No perdemos nada, pero el problema es que a lo mejor están fichados en Colombia. Recibir la información de la policía de allí tardaría unos tres o cuatro días.

—Se marchan ya. No tenemos tanto tiempo.

Barrios se incorporó y se sacudió las manos de polvo.

—Tengo un viejo amigo que trabajó en la embajada de España en Bogotá, David Tello —dijo él—. Hicimos prácticas juntos en Barcelona. Se fue de aquí con un puestazo, agregado de Interior. Estuvo dos años y se volvió con un montón de contactos. Pásame los nombres completos de los tres hermanos y le llamo ahora mismo.

—Claro —dijo Villa, cogiendo su móvil.

Mientras escuchaba a Barrios hablar por teléfono de los viejos tiempos con su antiguo compañero, Villa siguió registrando las pertenencias de Abebi. En el armario, encontró su ropa: blusas con estampados africanos, camisetas, vaqueros. Le llamó la atención la cantidad de accesorios. Sobre todo había collares de diferentes tamaños y materiales.

Cuando estaba a punto de cerrar el armario, vio varios periódicos apilados. Se agachó y cogió un ejemplar. En la portada se leía el nombre del periódico, La Época. Era de hacía un año. Una foto del presidente de Rusia, Putin y un párrafo hablando de la guerra en Ucrania. Debajo, varias noticias sobre política nacional y al final de la página se veían a varios jueces posando con motivo de una designación. Nada llamativo.

¿Por qué estaría interesada Abebi en el día a día del país? ¿No tenía bastantes problemas con lo suyo? Recordó que en el piso de Gabriela también vio varios periódicos. Quizá no era tan extraño que dos extranjeras quisieran enterarse de la vida política y cultural del país donde vivían.

Barrios colgó con una sonrisa de satisfacción.

—Hecho. En unas horas nos dirá algo sobre los hermanos y ella.

# 34

Barrios y Villa desayunaban en la barra de una cafetería. Él, un buen tazón de café con leche en el que mojaba un croissant, mientras que ella devoraba unas tostadas con jamón y aceite. Los rayos del sol comenzaban a iluminar Madrid con timidez.

El registro del estudio de Abebi había sido infructuoso, lo que tampoco era una sorpresa. Los dos policías se encontraban cada uno ensimismado en sus pensamientos, sin saber qué decirse el uno al otro.

Ninguno deseaba que fuera un caso de esos que se cierran pasados diez o quince años. Se encontraban en ese momento en el que si no conseguían ya un avance significativo, el caso se enfriaría.

Álvarez llamó al móvil de Villa.

—Han llegado los registros del móvil de Ortega.

—Vale, jefe, vamos para allá.

—Otra cosa. La Sra. Ortega y su hermano ya han hecho la declaración formal.

—Bien, una tarea menos.

Después de colgar, pagaron la cuenta y se marcharon. Subieron al coche con dirección a la Jefatura. Tenían por delante unos veinte minutos de trayecto.

—No quiero ser agorero —dijo Barrios—, pero si Besnik y su banda no tienen planeado hacer daño a Abebi, ya deberían haberla soltado. Deberíamos estar alerta por si los zetas encuentran un cadáver que coincida con su descripción.

—Sí, estoy de acuerdo —admitió Villa a regañadientes—. Por cierto, una curiosidad, ¿cuándo será el momento de avisar a los medios de su desaparición?

—Ese será el último recurso porque se necesita un respaldo en la centralita, y además más personal para investigar cada pista. No es del agrado del jefe, y lo usamos muy de vez en cuando. Pero ¿tú crees que los medios van a dar mucha cobertura a una mujer negra y prostituta? Si fuese de raza blanca y con dinero, eso sería otra cosa.

Villa negó con la cabeza. A Barrios no le faltaba razón. Para la opinión pública, el destino de una mujer que se ha dedicado a la prostitución no era interesante. No era justo, pero ella no dictaba las reglas. Sin familia en España, ellos eran los únicos que se preocupaban por ella.

Cuando llegaron a la Jefatura, Calde y Novoa estaban reunidos con Álvarez. Villa pensó que hablarían del caso de la construcción o del tiroteo entre bandas. Tenía curiosidad por saber cómo iban, pero eso debía esperar al momento adecuado.

En el correo de cada uno, estaba el archivo con el registro de las llamadas de Ortega de las últimas semanas. Decidieron centrarse en las últimas veinticuatro horas. Barrios se dedicaría a examinar la franja de la mañana hasta las tres de la tarde. Villa en adelante.

No habrían pasado más de quince minutos, cuando Villa se levantó de un salto y se acercó a Barrios.

—Tengo una conversación muy jugosa —dijo.

—Soy todo oídos —dijo Barrios, echándose sobre el respaldo de la silla y sujetando la cabeza con las manos.

Villa se aclaró la voz.

—Mensaje de las 4:21 de la tarde. Recibido en el número de Ortega. «El jefe quiere verte esta noche. No está contento». Respuesta de Ortega a las 4:31: «No puedo. Tengo una reunión». Mensaje del número desconocido: «¿Con quién?». Respuesta de Ortega: «Con unos socios».

—Suponiendo que la otra persona es uno de la banda albanokosovar, Ortega pasó del tema. No se lo tomó en serio.

—Suponemos también que el jefe al que se refiere es Besnik Lila.

—¿Por qué «el jefe» no está contento?

—Buena pregunta.

Villa copió el número de móvil desconocido y, por si acaso, lo comparó con el número de Chari. No coincidían.

—Voy a pedir a la compañía que nos dé toda la información sobre el número —dijo Villa—. No servirá de nada, pero hay que hacerlo.

—Me juego un desayuno en el Palace que el nombre es Amir Faras, el mismo hombre de paja del número de Chari.

—Pues otro callejón sin salida.

—Esa Chari es otra que ganaba una pasta con el tinglado de la explotación a Gabriela y Abebi. A cambio de gestionar a las chicas, debía de recibir su buen porcentaje de las ganancias.

—Quizá fue prostituta, hizo méritos y escaló en la organización.

El móvil de Barrios sonó sobre la mesa.

—Es él —dijo, al leer el nombre de quien le llamaba.

—¿Quién?

—Mi colega de Interior, David Tello. Ya tiene la información sobre los hermanos colombianos.

Activó el manos libre para que los dos escuchasen la conversación.

—He tenido que remover Roma con Santiago, Barrios —dijo Tello —. Lo que quiero decir que es que he tenido que despertar a un par de viejos amigos, que a esta hora estaban durmiendo.

A pesar de que no la veía, Villa hizo un gesto apremiante para que fuera directo al grano.

—Pero he conseguido la información —continuó Tello—. Eso sí, cuatro cosas, nada de una ficha detallada.

—Lo que tengas, nos puede valer —dijo Barrios.

—Bueno, te digo que esos dos son unos prendas. Sobre todo ese tal Mateo, cumplió dieciocho meses por el robo a una joyería. El hermano fue detenido por un fraude en internet, pero lo liberaron por falta de pruebas.

—¿Estás seguro, no? ¿Tus fuentes son de fiar?

—Por supuesto, ¿con quién crees que estás hablando, con un mindundi? —dijo, ofendido—. Hace ya tiempo que regresé a España, pero ya sabes, algunas *amistades* son para siempre.

Barrios agradeció la gestión a su viejo compañero de fatigas, sabiendo que había contraído una pequeña deuda que tendría que saldar tarde o temprano. Colgó y miró a Villa, que deambulaba frente al tablón con la cabeza gacha y las manos en las caderas.

—¿Sorprendida? —le preguntó.

—Un poco.

—Por un lado, puede que estemos ante un par de hermanos que quieren proteger a su hermana, y se hayan cargado a Ortega para evitar que hagan daño a Gabriela.

—Pero por otro puede que estén aquí para ajustar cuentas con Ortega —dijo Villa—. A lo mejor hasta a espaldas de su hermana. El uso del soplete o soldador tendría sentido porque le tendrían muchas ganas.

—Entonces habría un vínculo entre los albanokosovares y los colombianos, porque los primeros le tendieron una trampa.

Villa asintió. No era una teoría descabellada.

—Tenemos que hablar con ella y apretarla —dijo Barrios—. Haremos que venga a aquí a declarar.

—Mejor en su casa, así se sentirá más confiada.

# 35

Al abrir la puerta y ver a los policías, Gabriela Ríos se sorprendió.

—Tenemos que hablar —dijo Villa.

Titubeante, la chica se apartó para dejarlos pasar y los policías entraron. En el salón, había un par de maletas cerca de la mesa redonda. Villa se preguntó si serían de ella o sus hermanos. La inspectora le presentó a su compañero y se estrecharon la mano.

—Venimos a informarte de la muerte de Salvador Ortega —dijo Villa—, aunque quizá ya lo sabías.

—Me lo dijo Consuelo.

—Ella nos ha dicho que vuelves a Colombia.

Gabriela carraspeó.

—Sí, el juicio se ha suspendido. ¿Qué sentido tiene que siga en Madrid?

—¿Y tus hermanos? —preguntó Barrios.

—Han salido al súper.

Los tres se sentaron a la mesa. Villa estudiaba el lenguaje no verbal de Gabriela. Le dio la sensación de que se esforzaba en aparentar normalidad. No estaba tan cómoda como cuando habló con ella la primera vez.

—Gabriela —dijo Villa, mirándola fijamente—, la muerte de Salvador Ortega nos ha impactado. Puede que esté o no relacionada con la desaparición de Abebi, pero tenemos que investigarlo.

Gabriela asintió con la cabeza. Tenía los hombros caídos, transmitiendo una sensación de rigidez.

—¿Qué hiciste el miércoles? —preguntó Barrios, sacando su libreta y un bolígrafo.

—¿Todo el día?

—Sí.

—Por la mañana salí a dar un paseo con mis hermanos, después estuve haciendo pilates en casa. Comimos, fuimos a tomar un café en el bar de la esquina y después, en casa.

—¿Qué hiciste por la noche?

Gabriela se pensó la respuesta.

—Cenar y ver una serie en la televisión.

—Dime cuál fue.

—Una de médicos, Anatomía de Grey.

—¿Sobre qué hora te fuiste a dormir?

—Supongo que serían como las doce. A esa hora es la que tengo por costumbre.

—¿Qué hicieron tus hermanos? —preguntó Villa.

—Cenaron conmigo y después vieron fútbol en sus móviles. Cuando me fui a la cama, seguían viendo el partido.

—¿Y tu compañera de piso?

—Sigue en Galicia con sus padres.

—Necesito sus datos de contacto —dijo Barrios.

Gabriela se levantó, cogió su móvil de la cocina y le mostró el número de teléfono. Barrios le preguntó su nombre completo.

—Se llama Martina, pero no sé el apellido —respondió, y después de una pausa continuó—. Pero no lo entiendo, ¿somos sospechosos?, ¿creen que fuimos nosotros?

—Solo estamos recabando información —dijo Barrios—. Es nuestro trabajo.

—¿Quién crees que lo mató, Gabriela? —preguntó Villa.

—Qué sé yo —respondió, y bajó la vista.

Villa intuía que ocultaba algo, pero no sería fácil sacárselo. En ese momento, se abrió la puerta. Mateo y Lucho entraron con varias bolsas de supermercado, conversando entre ellos. Al ver a los policías, de repente se callaron.

—Hola —Sonrió Villa—, os presento al subinspector Barrios.

Los hermanos miraron a su hermana, que se encogió de hombros.

—Sentaos —pidió Barrios—. Tenemos algo que pediros.

Villa miraba a los dos hermanos desde una nueva perspectiva a cuando los conoció brevemente. Saber que habían tenido problemas con la ley en Colombia, y de que existían motivos para desear la muerte de Ortega, lo cambiaba todo. Esas dentaduras tan blancas ya no eran de fiar, así que debía fijarse en los detalles.

Mateo era el mayor de los tres. Llevaba el pelo corto y lucía una perilla. El único que había pasado por la cárcel. Robar en una joyería requiere de audacia y sangre fría. Alto y desgarbado, Felipe parecía el más desconfiado. Le acusaron de fraude por internet aunque se libró de la cárcel. ¿Era inocente o culpable?

Felipe iba a sentarse, pero Mateo le hizo un gesto como diciendo «calma».

—¿Qué nos quieren pedir? —preguntó Mateo a Barrios.

—Queremos tomaros las huellas para descartarlas de la escena del crimen.

Mateo arrugó el entrecejo.

—¿Y que se queden guardadas para siempre en su computadora?

—Solo se quedarán guardadas si hay coincidencia —respondió Barrios.

—Eso es lo que usted dice —replicó Mateo—. No lo vamos a hacer.

Barrios miró a Felipe para saber su respuesta.

—Yo tampoco.

—¿Y tú, Gabriela?

Ella miró a Mateo y después negó con la cabeza.

—Si no cooperais, os detendremos.

—¿Por qué? —preguntó Mateo.

—En España, la Policía puede detener a alguien durante 72 horas —explicó Barrios—. En vuestro caso con mayor razón, ya que sois extranjeros y estáis a punto de iros a vuestro país.

—Perderemos el avión —dijo Gabriela.

—Eso es cosa vuestra —espetó Villa.

—Cuando os detengamos, lo primero que haremos será tomaros las huellas voluntaria o involuntariamente —dijo Barrios con calma.

—No podemos perder el avión —dijo Gabriela a sus hermanos.

Villa interpretó que ella deseaba colaborar, pero con la aprobación de Mateo.

—Haz tú lo que quieras —espetó Mateo—, pero nosotros no vamos a dar nuestras huellas libremente.

—Estoy de acuerdo —apoyó Felipe.

—Pero… —dijo Gabriela, y se cubrió la cara con las manos, como si se temiese lo peor.

—Muy bien, se acabó el tiempo —intervino Barrios—. Los tres estáis detenidos.

# 36

En los juzgados de plaza Castilla, ficharon a los hermanos Ríos. En el caso de Mateo y Felipe, fue necesario aplicar una fuerza moderada para obtener sus huellas dactilares. Gabriela, por el contrario, no opuso resistencia. Después, los aislaron en los calabozos para evitar que se comunicaran entre ellos.

Mientras tanto, en las oficinas del Grupo 7, Barrios y Villa intentaban situar a los hermanos en la escena del crimen. Vengarse de los abusos de Ortega a Gabriela, les seguía pareciendo un sólido motivo para tomarse la justicia por su cuenta.

Enviaron las huellas a Criminalística para compararlas con la huella parcial encontrada en la silla. Además, solicitaron los registros del número de móvil de Gabriela. Querían saber si en algún momento del miércoles ella había estado cerca del piso donde mataron a Ortega.

Barrios y Villa eran conscientes de que las sospechas como autores materiales del asesinato recaían en Mateo y Felipe. Pero no estaba de más investigar a la hermana.

Para no desaprovechar el tiempo, decidieron interrogar a los hermanos por separado. Barrios a Felipe. Villa a Gabriela. En último lugar, los dos a Mateo, que parecía el más hostil.

Veinte minutos más tarde, en la sala de interrogatorios de Plaza Castilla, Villa entró con su portátil. La inspectora llevaba una botellita de agua sin abrir que dejó sobre la mesa, al alcance de Gabriela. Ella

desenroscó el tapón y, con manos temblorosas, le dio un buen sorbo. Habían transcurrido cinco horas desde la detención.

—¿Han encontrado ya a Abebi? —preguntó Gabriela.

—Todavía no.

—Dios mío —dijo, negando con la cabeza—. Pobre Abebi.

Villa deseaba empezar con las preguntas cuanto antes, pero esperó a que Gabriela se calmara un poco. Se obligó a sí misma a ser paciente.

—Ay, mi querida amiga —continuó lamentándose Gabriela—. Vinimos las dos a este país en busca de una vida mejor y todo se fue a la mierda. Ella siempre me decía: Llegará nuestro momento, no te preocupes… Pero parece todo lo contrario, que nunca va a llegar.

—Por lo que me dijo Consuelo, Abebi es muy decidida.

—Sí, es la más fuerte de las dos. Siempre con la cabeza llena de planes. Hay que hacer esto y lo otro. Para mí, es como una hermana. Inspectora, tiene que encontrarla, devuélvamela, ¿si?

Villa recordó la frustración que sintió cuando descubrió el cadáver de Ortega, en vez de rescatar a Abebi con vida. Localizar a Besnik Lila era prioritario para esclarecer los dos casos, sin embargo, no tenían ni idea de dónde podía esconderse.

—Estamos haciendo todo lo que podemos —dijo Villa—. ¿Empezamos?

—Sí —respondió Gabriela, suspirando.

—¿Quieres un abogado?

—No.

Villa le pidió que contara su relación con Ortega con el máximo de detalles posibles. Gabriela cerró los ojos, como cansada de revivir esa angustiosa experiencia.

Empezó relatando que conoció a Ortega a través de Chari. Al principio, él era encantador. Le regaló un montón de ropa, bolsos y perfumes carísimos. La llevó a los mejores restaurantes y la trató como a una reina. Le prometió que solo tendría sexo con los clientes VIP que ella quisiera.

Pero lo que ella ignoraba es que todo era una trampa. Cuando quiso abandonarle por los abusos sexuales de Ortega, este le exigió

todo lo que había gastado en ella y con intereses. La deuda era gigantesca y no hacía más que subir. Estaba atrapada.

Fue en ese momento cuando Abebi y ella decidieron huir, y pedir ayuda a AYM.

—¿Qué me puedes decir sobre Besnik Lila? —le preguntó Villa, mostrando una foto del albanokosovar en el portátil.

—La seguridad estaba a cargo de un grupo de hombres del Este, pero a él nunca lo vi. Ortega y Chari se referían mucho a uno que llamaban «el jefe». A lo mejor era él.

Villa se quedó pensando en los mensajes de texto que había recibido Ortega. En ellos, alguien hacía alusión a que «el jefe» no estaba contento. Por su edad y trayectoria criminal, debían de referirse a Besnik.

—¿Cuándo vamos a salir de aquí? —preguntó Gabriela.

—Ya te dijimos que podemos reteneros hasta 72 horas.

—Inspectora, le he dicho todo lo que sé. Mis hermanos y yo no hemos hecho nada malo.

—Tenemos que comprobarlo. Tus hermanos tienen antecedentes en Colombia.

Los ojos de Gabriela se empañaron de lágrimas.

—Perderemos el avión —dijo, y se cruzó de brazos mirando hacia la puerta.

Villa intuyó que había algo más en sus palabras, algo oculto.

—¿Qué es lo que pasa? —le preguntó.

Se sorbió la nariz.

—Nada.

—¿Por qué de repente quieres regresar a tu país?

Gabriela se quedó callada.

—Justo después de que mataran a Ortega —añadió Villa.

—¡No es lo que parece! —exclamó, dando un golpe sobre la mesa.

—Entonces, ¿qué es?

—No me siento segura.

—¿Por qué?

Gabriela volvió a beber agua.

—¿Tienes miedo de tus hermanos?

Negó con la cabeza. Villa se inclinó sobre la mesa. Tenía la sensación de que lo estaba a punto de decirle supondría un giro en el caso.

—¿Es sobre Ortega? —insistió.

—Abebi y yo… —dijo, pero calló enseguida para tomar otro sorbo de agua—. Antes de huir de ese infierno, nos llevamos algo con nosotras.

Villa sintió que se le aceleraba el pulso.

—¿El qué?

—Un *pendrive*.

—¿Y qué había en el *pendrive*?

—Vídeos de los hombres con los que teníamos sexo. Había cámaras ocultas en las habitaciones.

Villa se removió en su silla. Se dio cuenta de que había cometido una equivocación. El motivo del secuestro no era su testimonio en el juicio.

—¿Por eso secuestraron a Abebi?

—Sí, querían conseguirlo de vuelta.

—¿Se lo dijisteis a Consuelo?

—No.

—¿Por qué?

—Porque es un robo y no sabemos acá la ley. No queríamos ir a prisión.

—¿Quién aparece en esos vídeos?

—No sé sus nombres, pero supongo que son gente importante.

—Dime cómo conseguisteis el *pendrive*.

—Lo llevaba Ortega en una de sus chaquetas, en un bolsillo interno. Cuando se fue al baño después de ser obligada a acostarse con él, Abebi le dio por registrar sus cosas y se lo quedó.

—¿Te lo dijo ella?

—Sí.

—¿Por eso mataron a Ortega, porque había perdido el *pendrive*?

—Eso sí que no lo sé.

—¿Dónde está?

—¿El qué?

—El *pendrive*, Gabriela.

—Escondido en mi piso.

—¿Dónde?

—En el horno, encima de los botones —respondió, y alargó la mano para tocar la de Villa—. Se lo pido por favor, inspectora, déjenos marchar. Aquí en España ya no me siento segura. Tenga piedad de mí.

—Quiero hacerte una pregunta más.

—Diga.

—¿Por qué Abebi cogió el *pendrive*? ¿Qué pretendía?

Gabriela soltó un largo y hondo suspiro.

—No lo sé. A mí no me lo dijo hasta más tarde, después de que nos fuéramos —En su tono había un ligero reproche a su amiga—. Supongo que era una forma de protegernos de ellos por si iban a buscarnos, pero todo ha salido mal.

Villa pensó que las chicas no habían tomado una decisión inteligente.

—Te diré lo que vamos a hacer —dijo la inspectora—. Vamos a recuperar ese *pendrive*, lo vamos a analizar y después te diremos algo.

—Pero ¿cuándo?

—Lo antes posible.

—Pero…

Villa se puso en pie.

—Tranquila, Gabriela. Aquí no te pasará nada.

Salió y abrió la puerta de la sala contigua. Barrios interrogaba a Felipe. Le hizo un gesto con la mano para que se reuniera con ella.

—Noticia bomba —dijo Villa.

—¿Qué?

Villa le contó el asunto del *pendrive*. Barrios se quedó de piedra. Toda la trama se volvía aun más sórdida.

—¿Te ha dado permiso para entrar en su piso? —le preguntó su compañero.

—Le he dicho que íbamos a ir y no se opuso.

—Eso nos vale. ¿Llevaba las llaves del piso cuando fue detenida?

—Sí —respondió Villa—, yo misma se las entregué al compañero de guardia.

—Vamos para allá ahora mismo. De camino, hay que avisar al jefe.

# 37

—¿Qué te ha contado Felipe? ¿Algo interesante? —preguntó Villa a Barrios en el coche.

Con dirección al distrito de Usera, tomaron la M-30 para rodear toda la ciudad. Si el tráfico lo permitía, llegarían en unos veinte minutos.

—Que ni él ni su hermano conocen a Ortega en persona. Cuando su hermana les confesó que era prostituta y que lo había dejado, Mateo y él vinieron a España para protegerla. Gabriela les ha hablado de Ortega y saben que era un hijo de puta.

—Según parece, una familia muy unida.

—Sobre Abebi me dijo que la vieron una vez. Tomaron un café con Gabriela y ella. Su hermana les quiso presentar. Les llamó la atención que tenía muchos planes en la cabeza.

—¿Qué impresión sacas de él?

Barrios inclinó la cabeza a un lado.

—Demasiado comedido. No me acabo de fiar, pero es más una intuición que otra cosa.

Cuando Barrios y Villa entraron al piso de Gabriela, se llevaron una sorpresa. Martina, la mujer que vivía también bajo el amparo de la AYM, había vuelto de Galicia. Sentada a la mesa con un bocadillo entre las manos, miró a los policías con la cara pálida.

Les llevó unos minutos tranquilizarla. Villa le dijo que tenían las llaves y que solo venían a buscar un objeto. Martina vestía de negro,

rondaba los cuarenta años e iba muy maquillada. Confirmó que llegaba de Galicia, de visitar a sus padres.

Cuando se le pasó el susto, los policías se concentraron en obtener el *pendrive*. En la cocina, se fijaron en que, entre el horno y la encimera, se habían instalado unas varillas metálicas para rellenar el espacio. Justo detrás debía de estar lo que buscaban. A decir verdad, era un escondite magnífico.

Mientras pensaban cómo desencajarlas, tocaron aquí y allá sin romper nada. Finalmente, con el tiempo encima, Barrios tiró con fuerza de un lado y salió una varilla. Tiró de otra y también salió, aunque se rompió por la mitad.

Al retirar todas, fue cuando obtuvieron una visión clara del pequeño escondrijo, en el que estaba el *pendrive.* Barrios puso de nuevo las varillas de cualquier manera.

Antes de marcharse, Villa pidió el DNI a Martina por si necesitaban su testimonio más adelante. Lo anotó en su móvil. Salieron del piso con paso apremiante y poco después cruzaron el portal del edificio. Toda la operación había durado poco más de veinte minutos.

En el coche, se dirigieron a la Jefatura. Debían analizar cuanto antes el contenido del *pendrive*.

—Ojalá que de una vez por todas consigamos información que nos ponga sobre la pista de Abebi. Ya nos toca después de tanto picar piedra sin éxito —dijo Barrios, y se giró hacia Villa—. Buen trabajo sacando esa información a Gabriela.

—Ella se moría de ganas de hablar —dijo, sonriendo—. La pobre está sobrepasada por los acontecimientos.

El móvil de Villa sonó. Era Álvarez.

—Acabo de hablar con Criminalística —dijo, a través del altavoz —. Las huellas parciales encontradas en la escena del crimen, no coinciden con ninguna de los hermanos Ríos. Hay que soltarlos para evitar complicaciones.

—Jefe, hay que aguantar un poco más —dijo Barrios—. Al menos hasta que estudiemos el contenido del *pendrive*.

—Es cierto —apoyó Villa—, puede que tengamos más preguntas para Gabriela.

—Está bien, hablaré con su señoría —dijo, y colgó.

Subieron por la avenida de Pablo Iglesias. Estaban a punto de llegar a la Jefatura. El sol se ocultaba detrás de un puñado de espesas nubes. En el coche, se respiraba un ambiente de euforia contenida.

Unos minutos después, conectaron el *pendrive* a un ordenador de la oficina. En la pantalla, apareció un listado de nueve archivos de vídeo.

—Vamos con el primero —dijo Barrios, e hizo clic.

El vídeo empezó a reproducirse. Lo primero que distinguieron fueron a dos personas. Una de ellas era Gabriela y estaba en ropa interior. Los policías albergaban dudas de si se hallaban en un dormitorio, o en la habitación de un hotel. La segunda persona era un hombre. Tendría entre cuarenta y cincuenta años. Vestía un polo y un pantalón de pinzas, que se quitó y dejó sobre el respaldo de una silla.

—Lo conozco —dijo Barrios—. Es el juez Larrea.

—¿Seguro?

—Segurísimo. Juez de lo penal en la Diputación Provincial. Casado y con cuatro hijos.

Sin muchos prolegómenos, Gabriela y el juez Larrea, ya desnudo, se acostaron sobre la cama. Villa decidió fijarse en el entorno. El suelo estaba enmoquetado, y detrás del cabecero había una ventana con amplias cortinas. Dedujo que era la habitación de un hotel.

—Habrá que avisar al juez de que existe esta grabación —dijo Barrios.

—No será una conversación cómoda decirle a la cara que es un putero.

—Pues no, pero alguien se lo tiene que decir. Es su derecho como ciudadano.

—Este caso no va solo sobre prostitución, Barrios.

—Lo sé.

—Va de poder y dinero.

En la siguiente grabación de la lista, el escenario resultó el mismo aunque con diferentes protagonistas. La chica no era ni Gabriela ni Abebi, sino otra de la plantilla de los albanokosovares. El hombre, de

unos sesenta años, tenía una barba blanca. Se le veía más seguro de sí mismo que al anterior, como si fuera un cliente habitual.

—¿A este lo conoces? —preguntó Villa.

—No.

Durante la siguiente hora estuvieron revisando los demás archivos. En dos, apareció Abebi. Después de verla siempre en la fotografía del tablero, junto al resto de información del caso, a los policías les resultó extraño verla en movimiento, con vida. En el vídeo salía con el cabello más corto. Al igual que en los anteriores, no había rótulo alguno con la fecha y hora.

En el último, hubo una sorpresa. Un cambio inesperado de escenario. Ya no se trataba de la habitación de un hotel, sino del dormitorio de una casa. El suelo era de parqué y la estancia parecía bañada por luz natural.

Los policías tampoco conocían a la chica ni al hombre, que parecía ser el más joven de todos. Al igual que en los demás vídeos, el encuentro tenía un motivo sexual, aunque este tenía un matiz más agresivo. La chica llevaba un antifaz, vestía con cuero y sujetaba un látigo con la mano.

—No sé tú, pero yo lo veo claro —dijo Barrios con los brazos cruzados—. Los albanokosovares grababan a los puteros VIP para después sacarles mucho dinero. Blanco y en botella.

—Se llevaron a Abebi para recuperar el *pendrive* y, aprovechando el juicio, hicieron parecer que se había marchado por voluntad propia. Así no levantarían sospechas.

—Tiene sentido porque había libros al revés y cosas que no estaban en su sitio. Lo que puede significar que registraron el estudio y, al no encontrarlo, lo volvieron a ordenar.

Villa observó una esquina de la imagen. A través de un espejo de medio cuerpo, se veía una reducida franja del exterior a través de la ventana.

—¡Mira! —señaló.

Barrios pausó la imagen. Se observaba un camino de piedras entre setos y, al final, una reja. Al otro lado, incrustado en la pared, se veía el portero automático.

—Puede ser un chalé o el piso de urbanización —dijo él.

—Sí, es verdad.

—Voy a enviar el vídeo a los técnicos a ver si pueden localizar la casa, aunque eso les llevará su tiempo.

—Pero antes deberíamos volver a hablar con Gabriela. Creo que puede darnos más información.

—Vale.

—Si localizamos el piso, será otro lugar en el que buscar a Abebi.

# 38

Aparcaron en los juzgados de Plaza Castilla. Durante el trayecto, Villa no había dejado de pensar en el caso. Barrios y ella ya tenían el *pendrive* que con tanto ahínco buscaban los malos. Entonces, ¿qué harán con Abebi cuando descubran que no lo tiene en su poder?

Las huellas dactilares de los hermanos no coincidían con las encontradas en la escena del crimen, por lo que la sospecha de que fueran los asesinos de Ortega se tambaleaba, aunque no la descartaba. En su mente, emergían miles de hipótesis.

—¿Y si el motivo del asesinato fue el *pendrive*? —preguntó Villa —. Abebi se lo robó a Ortega y los albanokosovares no se lo perdonaron. De ahí que lo mataran de esa forma tan personal y cruel.

—Pero ¿por qué lo han matado ahora y no antes?

—Porque se acaban de enterar de que fue él quien lo perdió.

—Ya lo sabían, por eso fueron a buscar a Abebi.

Villa suspiró. Nada encajaba. Minutos más tarde, en una de las dependencias de los juzgados, se tomaron un café mientras esperaban a Gabriela.

—Tengo un hambre canina —dijo Barrios—. No he comido nada potable desde que empezó este caso. Solo pura mierda.

—Lo mismo que yo.

—Si pudieras comerte un buen plato ahora mismo, ¿qué sería?

—Una pizza de atún con anchoa y alcaparras.

—Veo que te falta cultura gastronómica. Nadie es perfecto.

—¿Y tú?

—Un buen entrecot a la pimienta con patatas fritas. Lo comería a diario, pero mi mujer no me deja. Que si hay que cuidarse, bueno, ya sabes cómo está el panorama hoy en día…

—¿Y de postre?

—Un tiramisú, ¿y tú?

—Arroz con leche, con una bola de vainilla y un chorrito de Bailey's —dijo sonriendo.

—No lo he probado.

—Tu mujer no te va a dejar. Es muy calórico.

Un agente entró con Gabriela esposada. Villa pidió que le quitara los grilletes.

—¿Cómo estás, necesitas algo? —preguntó Villa.

—Por favor, una botella de agua —respondió, mientras se sentaba a la mesa.

—Yo te la traigo —dijo Barrios, y después miró a Villa—. Empieza tú.

Villa asintió y abrió el portátil. Le dijo que habían encontrado el *pendrive.*

—¿Qué quieren ahora? —preguntó Gabriela, con un tono de voz que dejaba entrever su cansancio.

—Información —respondió Villa—. Dinos el nombre de las personas que aparecen en los vídeos.

—Abebi, Carla, Lorena y yo.

Villa pensó que ayudaría tener más testimonios que conocieran a Ortega, Besnik o Chari.

—¿Tienes datos de contacto de Carla y Lorena?

Gabriela negó con la cabeza.

—¿Y los hombres, cómo se llaman?

—No lo sé, no me dijeron sus nombres.

—¿Dónde se grabaron los vídeos?

—En el hotel El Gobernador.

Donde se alojó Ortega. Ahí se reunió con Besnik, pensó Villa.

—Hay un vídeo que parece en un piso o chalé…

—No sé dónde es, nunca fui. En mi caso, siempre hice los servicios en el hotel.

—¿Alguna vez escuchaste hablar de ese piso?

Gabriela se pasó una mano por el cabello. Villa la observaba en silencio.

—Me suena que estaba en Mirasierra o algo así. Creo que me lo dijo Chari, pero no me acuerdo.

Villa pensó que Mirasierra era un lugar con una excelente calidad de vida, así que no le extrañó que ahí fuera la ubicación del picadero de los ricos.

—¿Qué pensaban hacer con los vídeos?

—No lo sé.

Barrios regresó con la botella de agua, y se la entregó a Gabriela, que bebió un largo sorbo. Villa reparó en que su compañero parecía agotado, tanto o más que ella.

—¿Quieres hacer alguna pregunta? —le preguntó Villa a su compañero.

Barrios se sentó junto a Villa.

—¿Cómo era la relación entre Ortega y Chari?

—Tensa. En teoría, Ortega era el jefe de ella, pero Chari le desafiaba todo el tiempo. Ella quería mandar, se notaba. Una vez me dijo que Ortega era un inútil.

—Parece que había una lucha de poder entre los dos…

—Sí. Cuando estaban los dos en la misma habitación se podía notar la tensión. Querían imponerse el uno al otro. Se odiaban.

—¿Dónde crees que puede estar Chari?

—No lo sé. Supongo que escondida también.

Volvieron a repasar la declaración de Gabriela para que se ratificara en lo que acababa de decir. No había tiempo para más. Barrios y Villa debían entregar a los técnicos forenses el vídeo en el que se veía una parte del exterior de la vivienda de Mirasierra. En cuanto les dieran una localización, registrarían el lugar en busca de Abebi.

# 39

En la Jefatura, Barrios y Villa se reunieron con Álvarez para informar de los últimos avances en la investigación. Mientras esperaban la localización de la vivienda de Mirasierra, Barrios había llamado al juez Larrea con motivo de su aparición en el vídeo.

—Está de camino para hacer una declaración formal —dijo.

—¿Le has dicho de qué va el asunto? —preguntó Álvarez.

—No.

—Id con pies de plomo, Larrea tiene muchos contactos, ¿de acuerdo?

—Sí, jefe —respondió Barrios—. Se supone que no hay copias de esos vídeos, por lo que el juez y los demás que salen pueden estar tranquilos de que no serán chantajeados.

—¿Habéis identificado a los otros hombres?

—Aún no. Nos falta personal.

—Lo importante es Abebi —dijo Villa—. No podemos olvidarla.

—Nadie la olvida, Villa —dijo Álvarez, a la defensiva—. Nos importa a todos. Como también nos importa saber quién mató a Ortega, aunque fuese un hijo de puta.

—Intuimos que puede tener a Abebi en Mirasierra —dijo Barrios.

—Los compañeros empezarán por intentar leer la marca del portero automático —dijo Villa—. Después contactarán con el fabricante, que les suministrará un listado con sus distribuidores.

—Además, son expertos en Google Earth —añadió Barrios—, ahora mismo estarán rastreando la imagen, analizando todo lo que

aparece. Será cuestión de horas.

—Eso espero. ¿Y de la abogada de Ortega sabemos algo?

—¿María José Montero? Estamos esperando a que su señoría autorice el acceso a los documentos que ella tiene de Ortega —dijo Barrios—. Ojalá esté el nombre de su testigo estrella.

—Estáis llamando a muchas puertas, algo tiene que salir —dijo Álvarez, satisfecho—. Podéis retiraros, que tengo mucho por hacer. Los de arriba no hacen más que pedir informes sobre el asesinato de Ortega. Tienen miedo de que la gente se alarme.

Barrios y Villa salieron del despacho.

—Por si acaso su señoría no autoriza que nos entreguen los documentos de Ortega —dijo Villa—, vayamos a hablar con su familia, a lo mejor a ellos no les importa.

—Calma, somos policías y, a no ser que sea necesario, no vamos mendigando permisos.

—Podemos ganar mucho tiempo, Barrios.

—Eres inspectora. Haz lo que creas conveniente, pero ¿para qué malgastar una bala? Demos a su señoría un poco de margen.

En ese momento, llamaron a Barrios por el móvil para informar que el juez Larrea había llegado. Al cabo de unos diez minutos, Barrios y Villa se sentaron frente al juez en la sala de interrogatorios con sus respectivos portátiles.

—Me tienen en ascuas —dijo Larrea, abriendo los brazos en un gesto de indignación—, no sé por qué no se me ha informado con anterioridad del motivo de este encuentro.

—Señoría, es un tema delicado —dijo Barrios.

—Ya me imagino, de tonto no tengo un pelo.

—Tiene que ver un vídeo en el que usted aparece —soltó Villa.

—¿Un vídeo?

Villa seleccionó el archivo donde aparece Larrea con Gabriela. Apretó el botón de reproducir, y giró la pantalla del ordenador hacia Larrea. Poco a poco, la expresión del juez pasó del desconcierto a la vergüenza, incluso se apreció un ligero rubor en sus mejillas. Larrea cerró el portátil de un manotazo como diciendo «ya no quiero ver más».

—¿Cómo entró en contacto con la mujer? —preguntó Villa.

El juez sacudió la cabeza, molesto consigo mismo por haber sido pillado con las manos en la masa. Después, con el orgullo herido, se inclinó sobre la mesa.

—¿Cómo han conseguido el vídeo?

—Un contacto nos lo ha entregado —dijo Barrios—. No puedo decir más, como bien sabe la investigación está bajo secreto.

Larrea suspiró.

—Esto quedará entre nosotros, ¿verdad?

—Sabe que sí —dijo Barrios.

—Conocí a Carla, si es que se llama en realidad así, a través de Salvador Ortega. Un amigo mío lo conocía. Una noche tomamos unas copas en un bar y me lo presentó. Me pareció un idiota, pero conocía bien el mundillo de las *escorts* VIP. Me aseguró que podía presentarme a chicas muy discretas. Días más tarde, me presentó a Carla en el bar de un hotel. Charlamos un rato de cuatro tonterías y Ortega me dejó con ella. Subimos a la habitación. Y esa es toda la historia.

—¿Cuántas veces se vio con «Carla»? —preguntó Villa.

—Solo una.

Villa pensó que mentía, pero no podía probarlo.

—¿Tiene alguna forma de contactar con ella?

—Cuando terminamos, ni le di mi teléfono ni le pedí el suyo.

—¿Se vio con otra chica a través de Ortega?

—Ya le he dicho que solo fue una vez.

—¿«Carla» le mencionó el nombre de una chica llamada Abebi?

—No.

—¿Y le mencionó a Chari?

—Tampoco.

—¿Le han contactado para pedirle dinero a cambio de no divulgar el vídeo? —preguntó Barrios.

A Villa le pareció una buena pregunta. Aunque los albanokosovares habían perdido el *pendrive*, quizá dispusieran de otros vídeos del juez con otra de sus chicas.

—No, en absoluto.

—Son gente peligrosa —dijo Barrios—. Han secuestrado a una chica y pensamos que han matado a Ortega.

—¿Ortega está muerto? —Los ojos del juez se agrandaron.

—Asesinado —dijo Villa.

—Usted lo sabe tan bien como nosotros —continuó Barrios—. Una vez que se paga, pueden volver a pedirle dinero otra vez. Queremos cogerles y meterles en la cárcel. ¿Seguro que no le han pedido dinero?

Larrea se frotó la cara con las manos. De repente, parecía un pobre hombre metido en un lío del que no supiera salir.

—Está bien, sí, me pidieron dinero —dijo como si se quitara un peso de encima.

Barrios y Villa guardaron silencio para que Larrea soltara los detalles a su ritmo.

—Les pagué cinco mil euros a través de una transferencia —dijo, y sacó el móvil para mostrarles el número de cuenta.

Villa tomó nota en el portátil. Supuso que pertenecería a un banco extranjero.

—¿Cómo contactaron con usted? —preguntó Barrios.

—Hará como unos tres meses, se me acercó un hombre por la calle y me entregó un sobre. Así de simple.

En su ordenador, Barrios localizó las fotografías de reconocimiento que le había mostrado a Manel Buendía. Se las enseñó también a Larrea. En las imágenes, estaban Besnik y parte de su banda.

—¿Fue alguno de estos?

Larrea se palpó la chaqueta, sacó las gafas del interior y se las puso. Eran finas y elegantes. A Villa el gesto le recordó a su padre, que tampoco le gustaba llevar gafas, pese a que su presbicia le impedía leer de cerca.

—No me suena ninguno —respondió, después de unos minutos.

Villa y Barrios intercambiaron una fugaz mirada de decepción. Al cabo de un rato, se despidieron del juez y se quedaron a solas en la sala de interrogatorios.

—Debió de ser alguno otro de la banda el que le diera el sobre —dijo Barrios, cruzándose de brazos y estirando las piernas.

—Pero ¿cuánta gente forma su banda?

—Vete a saber…

—Supongo que la cuenta bancaria será de algún paraíso fiscal.

—Sí, despídete de saber el destinatario. Estará a nombre de una empresa. Tirar del hilo llevará siglos.

Álvarez abrió la puerta de golpe.

—¿Qué hacéis ahí sentados? ¡Los peritos han localizado la casa! Es un chalé. ¡Venga, en movimiento!

# 40

Barrios, Álvarez y Villa se encontraban en el coche, a unos cien metros del chalé. La oscuridad se había apoderado del cielo. La luna brillaba entre un manto de nubes difusas. La fría luz de una solitaria farola bañaba los árboles de la acera.

Álvarez hablaba por el móvil con los GEO. Barrios y Villa, desde el asiento de atrás, comparaban la reja de la entrada del chalé con la captura del vídeo. Se adivinaba similar la forma y la ubicación del portero automático. Sí, parecía que estaban en el lugar adecuado.

—Los GEO van a tardar —dijo Álvarez, después de colgar—. El equipo de guardia está liado con una redada de estupefacientes. Aun así, es posible que estén aquí en unos cuarenta minutos.

—Eso es mucho tiempo para estar aquí sentados, jefe —dijo Villa —. Voy a hacer un acercamiento.

—Villa, no te embales, ¿eh? —advirtió Álvarez.

—Tranquilos —dijo ella.

Se bajó del coche. Resguardó las manos en la chaqueta vaquera y fue caminando con paso decidido. Un coche pasó lentamente. En las aceras no se veía un alma. Lejos, había un par de vehículos aparcados. En los chalés de alrededor, las ventanas estaban encendidas. No era una experta inmobiliaria, pero supuso que cada vivienda valdría unos medio millón de euros.

La casa en la que sospechaban escondían a Abebi, estaba sumida en la penumbra. Alrededor de la propiedad, además de la reja había

una tupida malla de brezo. La fachada tenía una ventana con la persiana a medio echar.

Villa aguzó el oído en busca de un sonido en el interior, pero no oyó nada. Si había alguien dentro, debía de ser alguno de los albanokosovares. No se atrevió a pasar por delante de la puerta principal. Su idea era solo tantear el terreno.

En ese momento, se oyó el estruendoso ruido de una moto. Villa se giró a su derecha. Se acercaba a toda velocidad por la calle del Pico Pasapán. Decidió quedarse quieta. El ruido del motor se fue apagando hasta que murió frente al chalé que vigilaban.

Distinguió la figura del motorista bajando de la moto, y yendo hacia el baúl de atrás. Llevaba casco y vestía una prenda oscura. Sacó una caja que, por el tamaño y la forma, Villa supuso que era una pizza. Era un repartidor de comida a domicilio.

Definitivamente había alguien dentro.

El repartidor llamó al timbre y esperó. Villa se dio cuenta de que en la espalda tenía el logotipo de Telepizza. De repente, una farola se encendió en la fachada del chalé. Se oyó el abrir de una puerta y después unos pasos. La reja se abrió. Se asomó un hombre calvo y bajo. Vestía solo una camiseta y un pantalón. ¿Era Besnik Lila?

El repartidor le entregó la pizza y el hombre le entregó un billete.

—Quédate con cambio —dijo, con acento del Este.

Villa ni pestañeaba. El repartidor le dio las gracias, y cuando el hombre estaba a punto de volver adentro, pudo distinguir por un instante las facciones de su cara. Sí, era Besnik Lila.

Se oyeron unos pasos y la puerta se cerró.

Villa supo que no iba a esperar cuarenta minutos a los GEO. La vida de Abebi podría estar en peligro. Con el pulso acelerado, cogió el móvil y envió un mensaje de texto a Barrios. «He visto a Besnik. Voy a entrar».

Se guardó el móvil en el bolsillo trasero del pantalón. Plantó un pie en el murete, se agarró al barrote con una mano y con el otro pie se encaramó a la reja.

Antes de saltar al otro lado, extendió la mirada en busca de algún peligro. Solo vio un mar de penumbra donde nada se movía. Saltó procurando hacer el mínimo ruido.

Bajo el techo del porche distinguió una mesa redonda y varias sillas. Desenfundó su pistola HK USP Compact, y avanzó hasta la ventana corredora. Cerrada. Al fondo, se veía un resplandor en el pasillo. ¿Dónde estaría Besnik comiendo la pizza?

No se dio por vencida y decidió rodear la casa. El móvil le vibró en el bolsillo. Con seguridad, un mensaje de Barrios o Álvarez pidiendo que se detuviera. Pero una fuerza superior a ella le instaba a seguir.

A unos tres metros del suelo, descubrió un ventanuco entreabierto de cristal esmerilado. Supuso que podría ser un cuarto de baño. Estaba a demasiada altura. ¿Qué hago?

Después de reflexionar un instante, regresó a la terraza, cogió una de las sillas y regresó. La colocó pegada a la pared. Apoyando las manos en el alféizar y con un pie en la cornisa, logró alcanzar el ventanuco.

La abrió de par en par, y se metió con cuidado de no caerse de boca. Enseguida se vio invadida por un fétido olor. Aguantó la respiración todo lo que pudo, mientras se ponía de pie.

Cansada y nerviosa, volvió a sacar la pistola. Aguzó el oído. En la planta baja, oyó el sonido de unas voces hablando en otro idioma, supuso que albanés.

Lentamente, salió del cuarto de baño. El pasillo estaba oscuro. Antes de buscar a Abebi, consideró que primero debía reducir a Besnik. Bajó las escaleras peldaño a peldaño.

Con el cuerpo lleno de tensión, se guió por el resplandor de luz para encontrar a Besnik y los demás. Recorrió el pasillo hasta que vio al fondo lo que parecía ser una parte del salón. Le llegó el olor de la pizza, y rezó para que su estómago no gruñera de hambre. Se acercó con la mano apretando la empuñadura de la pistola.

Se detuvo en el umbral de la cocina. El fregadero estaba lleno de platos sucios, al igual que la mesa. Pero algo le llamó la atención. Sobre la encimera, había una bandeja con un plato y un vaso vacíos, y una servilleta arrugada. Un detalle de orden que llamaba la atención en medio del caos.

¿Y si esa bandeja la había usado Abebi?

Continuó hasta al salón. Cómo olía a pizza hawaiana. Al asomarse, vio la tele encendida y, más cerca, la coronilla de un hombre sentado en el sofá. Debía de ser Besnik.

Villa le apuntó con las dos manos sujetando la pistola.

—¡Policía, al suelo! —gritó.

El hombre se llevó un sobresalto. Al girarse hacia atrás, Villa confirmó que era Besnik.

—¡Al suelo! —repitió.

Besnik no daba crédito a lo que estaba viendo. Villa se aproximó sin dejar de apuntarle. Era corpulento, pero el factor sorpresa jugaba a favor de ella.

—¡Al suelo he dicho!

Besnik obedeció. Por si venía otro de su banda a ayudarle, Villa echó una mirada rápida hacia la puerta. Nada. Tampoco se oyeron ruidos que indicaran que alguien viniera a ayudarle.

—¡Manos a la espalda!

Le puso los grilletes en una muñeca y después, sin dejar de apuntar, en la otra.

—¿Hay alguien más en la casa? —le preguntó Villa.

—¿Eh? No comprendo. No *habla* español.

Besnik mentía, claro que hablaba español. Villa le palpó los bolsillos, pero no encontró nada. Sobre la mesa, había un llavero junto al mando a distancia. Se le pasó por la cabeza dejar a Besnik unos segundos y salir a abrir la puerta a Barrios y Álvarez. Lo descartó enseguida porque dejarlo a solas, aunque fuera esposado, era un riesgo considerable.

Llamó a Barrios por el móvil.

—¿Dónde cojones estás? —preguntó su compañero, nada más descolgar.

—Tengo a Besnik

—¿Cómo?

—No puedo dejarlo solo, pero voy a darte las llaves por la ventana del salón. Salta la reja y las coges.

—¿Hay alguien más en la casa?

—Creo que no.

—Voy para allá.

Colgó, cogió las llaves y abrió la ventana. Vio la malla de brezo, pero la puerta principal estaba fuera de su campo de visión. De la calle, le llegaron las voces de sus compañeros. En apenas unos minutos, estarían aquí y podrían registrar la casa en busca de Abebi.

# 41

Después de asegurarse de que la casa estaba despejada, Álvarez y Barrios fueron a reunirse con Villa, que seguía vigilando a Besnik. Aún no habían llegado los GEO.

—Vamos a sentarlo —ordenó Álvarez.

—Venga, arriba —dijo Villa a Besnik, cogiéndolo del brazo.

—Se equivocan, amigos —dijo Besnik con una sonrisa sarcástica —. Aquí no hay nada que ver.

—¿Ahora hablas español, eh? —le reprochó Villa—. Será mejor que nos digas cuanto antes dónde está Abebi.

Entre Barrios y Villa le sentaron a la mesa. Había botellas vacías de cerveza y ceniceros repletos de colillas.

—Barrios, quédate con él un segundo —dijo Álvarez.

—Vale —dijo, y desenfundó su pistola.

—Villa, ven conmigo —dijo, con un apremiante gesto de la mano.

Los dos caminaron por el pasillo hasta el pie de la escalera. Estaban casi a oscuras. El inspector-jefe apretó las mandíbulas en un gesto cargado de tensión.

—Vas a esperar afuera a los GEO —le dijo Álvarez—. Si Besnik no quiere confesar, los GEO encontrarán a Abebi si está en la casa.

—¿Por qué tengo que irme? Quiero interrogar también a Besnik.

—Me has desobedecido. Te dije que esperaras.

—Vi a Besnik. Podía escapar en cualquier momento.

—No hay excusas. Debiste habernos avisado. Tienes que aprender la lección para la próxima vez.

—¡No es justo!

—Me importa una mierda si es justo o no —dijo clavando su mirada en ella—. Es una orden. Vete a la calle, Villa. Barrios y yo lo tenemos controlado.

Álvarez se marchó dejándola con la palabra en la boca. Con las manos en las caderas, Villa se quedó maldiciendo. Estaba segura de que lo que deseaba Álvarez era llevarse el mérito de la operación junto a Barrios. Eso a ella le importaba poco, porque lo que quería era encontrar a Abebi.

Lo último que se le pasó por la cabeza fue obedecer a su jefe. Empezó a registrar la casa por la planta baja. Primero fue a la cocina a revisar la bandeja que había descubierto. El plato estaba lleno de migas pero con los restos de una manzana.

—¡Abebi! —gritó en el pasillo.

Solo escuchó el murmullo de voces de sus compañeros que provenían del salón. Bajó al sótano. Abebi debía de estar escondida en alguna parte.

Al encender la luz del techo, la bombilla iluminó un lugar desolador. El suelo de piedra estaba resquebrajado, y las paredes con manchas de humedad. Volvió a gritar el nombre de Abebi. Nada. Ni un mísero ruido.

De repente, oyó gritos y dos disparos. Villa se quedó de piedra. Supuso que algo grave había sucedido en el salón. Subió las escaleras de dos en dos, corrió por el pasillo y cruzó el umbral. La escena que tenía ante sus ojos la dejó sin habla.

Besnik estaba en el suelo, inmóvil. Álvarez estaba en cuclillas al lado de Barrios, que se retorcía de dolor, también en el suelo. Tenía una mano ensangrentada sobre su rodilla derecha. Álvarez le estaba haciendo un torniquete con su camisa, que había enrollado para evitar una pérdida masiva de sangre.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Villa.

—¡Llama a Urgencias! —gritó Álvarez.

Villa, nerviosa, cogió el móvil y llamó al 112. Mientras informaba de la situación hablando a toda prisa, se dio cuenta de que Besnik tenía un agujero de bala en el pecho. La sangre había empañado su camiseta. Estaba muerto.

Villa colgó y se fue al lado de Barrios. Estaba sudando y cerraba los ojos en un gesto de angustia. La bala le debía haber atravesado la rodilla.

—Ese hijo de puta… —dijo Álvarez, refiriéndose a Besnik.

—¿Qué ha pasado? —insistió Villa.

—¡Ayúdame a sentarlo en el sofá!

Entre los dos le cogieron de los brazos, y le sentaron. Barrios no dejaba de cubrirse la rodilla con las manos.

—La ambulancia está de camino, compañero —le dijo Álvarez.

—Joder —dijo Barrios entre un hondo suspiro—. Qué gilipollas fui. No sé cómo no estuve más avispado.

—No te preocupes por eso —dijo Álvarez, y después miró a Villa —. Besnik pidió que le aflojásemos las esposas. Le dijimos que no, pero cuando nos dijo que nos diría dónde está Abebi, accedimos. Barrios se acercó, pero le pegó un empujón. Besnik se agachó para coger la pistola que tenía bajo la mesa. Le disparó y yo le disparé a él.

Villa miró debajo de la mesa. Había una funda sujeta con esparadrapo. Por el tamaño, dedujo que se trataba para un arma corta, fácil de manejar con una mano. Si Besnik le había dado en la rodilla a Barrios, significaba que apenas tuvo tiempo de apuntarle más arriba. Gracias a Álvarez, había salvado la vida.

—¿Dónde está la pistola? —preguntó Villa.

—Le di una patada —Álvarez señaló con la mano—. Está debajo del sofá.

Barrios tiró del brazo de Villa.

—Sigue buscando a Abebi —dijo, casi susurrando—. No te preocupes por mí.

Villa asintió con la cabeza. Sabiendo que su compañero estaba fuera de peligro, sus palabras fueron una liberación. Ella no podía hacer nada para ayudarle, por lo que era mejor continuar con su trabajo.

Subió a la primera planta e inspeccionó las habitaciones. Las camas tenían sábanas y mantas revueltas. Alguien había dormido en ellas. Daba la sensación de que varias personas vivían en la casa.

Villa encontró el dormitorio donde habían grabado a uno de los clientes practicando sexo con una de las chicas. A pesar de que el mobiliario era diferente, lo reconoció enseguida. El lujo que predominaba en la grabación había sido sustituido por objetos austeros y funcionales.

Todas esas grabaciones habían sido una puesta en escena para tender una trampa a esos hombres. Si entre ellos había un juez, quizá no fuera el único.

—¡Abebi! —gritó.

Se oyó el sonido de la ambulancia. Supuso que el inspector-jefe saldría para guiar a los paramédicos hasta Barrios. ¿Cuánto tiempo tardaría en recuperarse de su herida? Se dio cuenta de que estaría sola para solucionar el caso. Bienvenida al Grupo 7 de Homicidios.

Villa subió al último piso, el ático. Encendió la luz principal. Vio cajas apiladas de diferentes tamaños, algunas abiertas, otras cerradas. En una, había sartenes nuevas. En otra, botellas de *rakia*, la bebida característica de Albania. En otra, camisetas de primeras marcas. Parecía un mercadillo.

Golpeó suavemente las paredes en busca de una puerta oculta. Se fijó en el suelo en busca de un resquicio. Después, expandió la mirada por el techo estudiando la uniforme capa de pintura. Nada le resultó extraño o fuera de lugar. ¿Estaría mirando en el sitio adecuado?

Si había una bandeja con comida para Abebi, a la fuerza no podía estar muy lejos. Cada segundo que no daba con ella podía ser el último que respirase. Finalmente, empezó a mover las cajas.

Algunas pesaban más que otras. ¿Los paramédicos ya se habrían llevado a Barrios? Al apartar la última caja, descubrió una fina alfombra con flecos. Tenía un estampado de dibujos geométricos. La apartó con el pie y destapó una especie de escotilla rectangular. El corazón le dio un vuelco.

La escotilla era de madera. Un poco tosca pero efectiva. Se puso de cuclillas y la abrió. Una serie de peldaños de hierro incrustados en la pared, se perdía en la oscuridad. Villa gritó de nuevo el nombre de Abebi.

No hubo ninguna respuesta.

Fue bajando las escaleras con cautela, ya que estaba oscuro e ignoraba la altura hasta el suelo. Entonces escuchó un murmullo que le evocó el sonido de un motor. ¿El sistema de ventilación?

Cuando tocó el suelo con la suela del botín, calculó que había descendido unos tres metros. Enseguida notó la pesadez del aire.

—¿Abebi?

Encendió la luz del móvil y la proyectó a su alrededor. Se encontraba en un zulo. Aún se oía el zumbido del motor. Supuso que serían las hélices de un pequeño ventilador. Dio unos pasos hacia adelante.

La luz alumbró un bulto sobre un camastro. Por el tamaño, dedujo que sería una persona. Al ver un cabello rizado, sintió un subidón de adrenalina. Se agachó un poco más y vio la cara de una mujer joven, de raza negra. Abebi, por fin.

—¡Está aquí! —gritó a sus compañeros, sin darse cuenta de que no la iban a oír.

Abebi no se movía. Estaba inconsciente o muerta. Le quitó la manta y cogió su muñeca para tomar el pulso. Por los nervios o porque era muy débil, no logró saber si vivía. Acercó el oído a su boca y escuchó su frágil respiración.

Estaba viva.

# 42

VILLA PASÓ la noche en la Jefatura, reunida con el Comisario Provincial de la UDEV y Asuntos Internos. La muerte de un sospechoso que estaba detenido, así como la herida de bala de un compañero suscitaba numerosas preguntas sobre las acciones, el protocolo y el caso.

Villa explicó desde el inicio cómo las pesquisas habían conducido al chalé de Mirasierra. A pesar de las intensas emociones que había experimentado recientemente, se esforzó por mostrarse clara y serena en sus explicaciones.

Era la primera vez en su carrera que debía rendir cuentas a solas frente a cargos tan altos en la jerarquía de la Policía. Decidió no omitir el hecho de que desobedeció las órdenes de Álvarez de no entrar en la casa. La presencia de Besnik, que estaba en busca y captura, y que con posterioridad encontrara a Abebi contarían a su favor.

En busca de alguna incoherencia en su relato, le pidieron repetir su declaración más de una vez. Cuando terminó, agradecieron su trabajo y la autorizaron a marcharse a casa. Le comentaron que la investigación interna iniciaba su curso, y que tal vez necesitara responder a algunas preguntas más. Villa no puso objeciones.

Nada más salir de la Jefatura fue derecha al Hospital Doce de Octubre, donde habían ingresado a Abebi y Barrios. Primero quiso saber el estado de su compañero. Estaba preocupada por él. Los dos habían recorrido un largo camino, y él había tenido que pagar las

consecuencias. Volvió a sentir una punzada de culpabilidad por no haber esperado a los GEO.

En la sala de espera, se presentó a Laura, la esposa. La mujer era algo más joven que su marido. Llevaba gafas y una melena rizosa. Villa no recordó si Barrios le había dicho a qué se dedicaba.

—Llevan una hora en el quirófano —dijo, Laura con un gesto de resignación.

—¿Qué han dicho los médicos?

Laura tragó saliva.

—Hay que abrir la rodilla para ver cómo están los ligamentos y los cartílagos. Sea como sea, la recuperación será larga.

—Lo siento.

—¿Estabas con él cuando ocurrió?

—Sí, aunque en otra habitación. Solo oí los disparos —Decidió cambiar de tema—. ¿Necesitas algo de comer o beber?

—No, gracias. Estoy bien.

Conversaron unos minutos más. Antes de marcharse, Villa le pidió que informara a su marido de que habían encontrado a Abebi con vida.

Eran poco más de las cinco de la mañana, pero la sala de espera de Urgencias estaba concurrida. Después de identificarse, una enfermera le indicó dónde encontrar a Abebi. No le costó dar con la habitación. Había un policía de uniforme en la puerta. Villa le mostró su placa.

—¿Cómo está la chica? —le preguntó.

—He oído que está consciente. ¿Qué le ha pasado? Solo me han dicho que hiciera vigilancia.

—Luego te lo cuento.

Villa entró y vio a una pareja de médicos hablando entre sí. Interrumpieron la conversación y se giraron hacia ella. Les dijo que era inspectora de policía. Abebi estaba tumbada boca arriba, mirándola. A la luz de la lámpara, pudo ver los rasgos faciales con mayor claridad. Cerca del ojo, tenía un moratón. Los labios temblaban. Villa no podía ni imaginar lo que esa mujer había sufrido en ese zulo durante cuatro largos días.

—Hola, Abebi —dijo.

Los ojos oscuros de la chica se centraron en ella.

—Soy Teresa Villa, la encargada de investigar tu caso —añadió.

Abebi siguió callada. Todo en ella reflejaba fragilidad.

—¿Cómo estás? —preguntó Villa.

Lentamente, Abebi levantó la mano. Villa se la estrechó con delicadeza y sintió su calidez envolviendo la suya. Era una manera de agradecerle que la hubiera encontrado. Con un nudo en la garganta, la inspectora apretó los labios.

—Necesita descansar —dijo uno de los médicos.

Villa asintió.

—Mañana hablamos —le dijo a Abebi.

Los médicos le informaron que Abebi estaría veinticuatro horas en observación. El tiempo necesario para hacer una evaluación profunda, incluyendo una revisión neurológica y psicológica.

Villa se marchó exhausta del hospital. Tenía que dormir unas horas o se desplomaría. Cogió el coche y se dirigió a su casa. Estaba a punto de amanecer. El tráfico de la ciudad era escaso. Aun así, el trayecto se le estaba haciendo eterno. Le costaba un mundo mantenerse despierta.

En el silencioso aparcamiento de su edificio, se acordó de avisar a Consuelo Merchante, la abogada de Abebi y Gabriela. Se pondría contenta. Después de tantos reveses, al menos recibiría una buena noticia.

Se bajó del coche. Sumida en sus pensamientos, recorrió la distancia hasta la puerta que daba al ascensor. Ya en su piso, se dio una ducha y después picoteó lo que encontró en la nevera. Un poco de embutido, yogur y unas aceitunas rellenas de anchoa.

Escuchó un mensaje de su hermana en el que la instaba a que fuera con ella a ver a su madre a Pedraza. Le pareció una buena idea estar con la familia y desconectar del trabajo. Dejó para el día siguiente contestarle.

En la cama, se obligó a no darle vueltas al caso que la había absorbido hasta lo más profundo de su ser. Al principio lo logró, aunque duró muy poco. Se había olvidado de avisar a Consuelo. Tenía la cabeza dispersa en mil sitios.

A pesar de la hora, decidió llamarla. La abogada contestó en el último tono. Villa sintió una reconfortante satisfacción cuando le comunicó que habían encontrado a Abebi. La abogada suspiró de alivio. Villa se dio cuenta de que tal vez Consuelo fuera lo más cercano a una madre que Abebi tenía en España.

—Hoy mismo iré a verla —dijo la abogada, con determinación—. La pobre, cómo lo ha debido de pasar…

Villa no entró en detalles para respetar la privacidad de Abebi. Sería ella la que tenía que decidir si deseaba compartir con los demás su angustiosa experiencia.

Se despidió de la abogada, dejó el móvil en la mesita y cerró los ojos esperando dormir al menos un par de horas.

# 43

De camino al hospital, Villa habló por teléfono con Álvarez. Le dijo que iba a visitar a Barrios y Abebi, y que después iría a la Jefatura a actualizar el informe del caso.

Durante la conversación, sintió la tirantez de su jefe. No hubo rastro alguno de la camaradería que une a dos personas después de vivir una experiencia como la de la noche anterior. Álvarez se mostraba indiferente al rescate de Abebi, y se preguntó si se debía a la cantidad de años siendo policía de Homicidios. ¿Llega un momento en que se necesita cierta frialdad para mantener la cordura?

En el hospital, no le fue complicado encontrar a Barrios, él mismo mediante un *wasap* le dijo en qué habitación se encontraba. Villa se encontraba animada, con ganas de hablar con su compañero y desearle una pronta recuperación.

Sin embargo, en cuanto vio a Laura supo que pasaba algo malo. Su expresión era la de quien acaba de recibir una noticia desagradable. Dani y Pablo, los hijos, también estaban presentes.

—¿Qué ocurre? —preguntó Villa alarmada, mirando a Barrios.

—Van a tener que operarme otra vez para ponerme tornillos —dijo, con un mohín de disgusto—. La bala rompió el fémur distal y la rótula. Dicen que lo más probable es que tenga una leve cojera. Para siempre.

Para Villa fue como recibir un jarro de agua fría. Si se confirmaba, significaba que ya no podría seguir perteneciendo al

Grupo de Homicidios y Secuestros. Le esperaba un puesto burocrático en algún lugar dentro del Cuerpo.

—Lo siento —dijo Villa, sin saber muy bien qué más decir.

—Es lo que hay —dijo Barrios con resignación.

—Dentro de lo que cabe… —dijo Elena, intentando sonar optimista mientras rodeaba por los hombros a sus hijos.

—Es verdad, podía haber sido peor —concedió Barrios—, pero cambiamos de tema. ¿Cómo está Abebi?

—Bien, ahora voy a hablar con ella. Anoche estaba muy débil para declarar.

—Solo queda un último detalle para cerrar el caso —dijo, sin añadir nada más ante su familia.

Barrios se refería al papel de Chari, la *madame*, en toda la trama. Seguían a la espera de que los compañeros que habían pinchado el número de teléfono, la avisaran. Ante la imposibilidad de hablar sobre la investigación, Villa decidió marcharse. Barrios y Elena le agradecieron la visita.

Unos minutos más tarde, saludó a Abebi. Estaba viendo la televisión, el canal de noticias de RTVE. A Villa no le sorprendió que se interesara por la actualidad. Presentaba un mejor aspecto, aunque aún se la veía frágil.

—¿Cómo estás?

—Bien —respondió con voz suave.

—Tenemos que hablar.

—Vale.

Abebi confirmó lo que Barrios y Villa ya sabían. La noche del pasado martes, los albanokosovares irrumpieron en su piso. La obligaron a escribir la nota, y después la adormecieron con un pañuelo en la nariz.

—¿Era cloroformo?

—Supongo.

Villa captó que había omitido el registro de los albanokosovares en busca del *pendrive.* Abebi ignoraba que ella sabía de su existencia por Gabriela.

—Cuando desperté estaba en esa casa y…

—¿Te dijeron por qué te habían secuestrado? —cortó Villa.

—No.

—¿Besnik no te dio ninguna explicación?

—Ya le digo que no.

—¿No te sorprendió?

Abebi suspiró. En el televisor, se entrevistaba al líder de un partido político que lideraba la oposición al Gobierno.

—Supuse que sería para que no testificara en el juicio contra Ortega, como eran socios…

Villa se cruzó de brazos. Sentía lástima por lo que ella había sufrido, pero debía averiguar la verdad. Ese era el fin de todo.

—Sé lo del *pendrive*. Me lo confesó Gabriela. De hecho, lo tenemos nosotros.

Abebi bajó la mirada. La había pillado en una descarada mentira.

—Solo queríamos huir de ese infierno, pero protegiéndonos. Ellos son fuertes y poderosos, y nosotros solo dos putas. ¿Dónde está Gabriela?

—En un lugar seguro —dijo, cortante—. ¿Qué pensabais hacer con el *pendrive*?

—Guardarlo, pensamos que así no se atreverían a tocarnos, pero me equivoqué. Fui una estúpida, lo sé.

—Sobre la denuncia de violación de Gabriela contra Ortega, cuéntanos lo que sabes y lo que viste.

Abebi echó la cabeza hacia atrás y se restregó los ojos con una mano. El moratón de la cara seguía hinchado.

—Ortega nos obligaba a tener sexo sin condón, y si te negabas te quedabas sin clientes y con la deuda por pagar. Eso era un problema muy grande —Abebi se frotaba los brazos, nerviosa—. Gabriela tuvo que acceder muchas veces, la que más. Ortega se encaprichó de ella. También la obligaba a participar en tríos con drogas.

Villa sacudió la cabeza, indignada ante el abuso de ese tipejo.

—Ortega ha muerto —le dijo.

—¿Mu-muerto? —Balbuceó Abebi.

—Asesinado.

—¿Cuándo?

—El miércoles.

—Me alegro, ese hijo de puta se lo merecía. Que se pudra en el infierno. ¿Sufrió?

—¿A cuántas personas viste en la casa además de Besnik?

—A tres o cuatro personas. Una de ellos era español, mayor.

—¿Español? —preguntó extrañada.

—Sí, y parecía que mandaba.

Villa dedujo que sería un miembro local de la banda para cuestiones de logística. Alguien de mucha confianza para Besnik. No era lo habitual.

—Vendré a enseñarte una serie de fotografías para que reconozcas a los que te secuestraron.

—Vale.

—Una última pregunta —dijo Villa—. ¿Te agredieron sexualmente?

—No.

—¿Por qué te tenían encerrada?

—Como el *pendrive* lo tenía Gabriela, me dijeron que yo no era útil, y que iban a venderme al mejor postor.

# 44

VILLA ESTABA enfrascada con el informe del caso, cuando llegaron Calde y Novoa. En la seriedad de sus caras, supo que acababan de visitar a Barrios. Calde negaba con la cabeza. Novoa miraba por la ventana con los brazos cruzados. Reinaba el pesimismo por el infortunio del compañero.

—Vaya putada —dijo Calde, y después miró hacia el vacío puesto de Barrios—. No puedo creer que no esté aquí.

—Vaya manera de terminar una carrera tan buena —dijo Novoa, rascándose la espesa barba de una semana.

—Lleva veintitrés o veinticuatro años en Homicidios —dijo Calde.

—El que más —añadió Novoa.

Villa pensó en lo irónico que resultaba que su primer caso fuera seguramente el último de Barrios.

—¿Cómo lo habéis visto de ánimo? —les preguntó Villa.

Calde inclinó la cabeza hacia un lado y otro.

—Bien, pero siempre ha sido muy contenido.

—Por suerte, tiene una familia que le apoyará —añadió Novoa—. Su mujer y sus hijos se volcarán con él.

Novoa se levantó y se acercó al escritorio de Villa. Sin contar a Barrios, él era el agente con más experiencia del Grupo 7.

—¿Con qué estás? ¿Necesitas ayuda?

—Escribiendo el informe de lo que pasó anoche, y de lo que Abebi me ha dicho esta mañana.

Álvarez salió de su despacho y llamó a Calde y Novoa. Villa no estaba segura de si el inspector-jefe había ido a visitar a Barrios al hospital. Barrios no se lo había comentado cuando fue a verlo. Si Álvarez no lo hacía hoy mismo, a le parecería imperdonable. Una de las obligaciones de su cargo era la de preocuparse por sus hombres.

Intentó retomar el informe, pero la llegada de Calde y Novoa le había dado algo nuevo sobre lo que reflexionar. ¿La culparían por lo que le pasó a Barrios? De manera indirecta, era culpa suya.

Se levantó para dirigirse a la cafetería. Necesitaba comer y beber algo para mitigar la súbita ansiedad que sentía. Justo en ese momento, uno de los agentes de recepción entró con un paquete entre las manos.

—Esto lo han traído para ti —dijo—. ¿Dónde lo dejo?

Villa se extrañó. Le pidió que lo depositara sobre la mesa, y firmó el registro que le tendió el agente. Lo desenvolvió. Era una caja llena de documentos. Cogió una carpeta y la ojeó. Enseguida vio el nombre de Salvador Ortega.

Después, vio un membrete de un despacho de abogados. Supo entonces de qué se trataba. La documentación que tenía María José Montero para preparar el juicio. Obligada por el juez, la había enviado a la Jefatura.

Villa recordó enseguida cuál era la información que necesitaban saber. Quién era el testigo estrella de la defensa. Empezó a examinar la documentación. Había una copia de la denuncia, informes periciales, fotografías del piso donde vivían Gabriela y Abebi, capturas de *wasaps* entre Ortega y Gabriela. Villa leyó esto último, pero sin encontrar nada relevante.

La última carpeta se llamaba «Alegatos de la defensa». Leyó el primer párrafo de un texto donde se hablaba sobre el consentimiento. La abogada intentaba elaborar un discurso para defender su interpretación de los hechos. En la siguiente página, había un encabezamiento que decía «Testigo». Debajo, un nombre. Rosario Garrido Pérez.

A Villa no le sonaba el nombre. ¿Sería otra de las chicas de Ortega? Villa se dio cuenta de que Rosario Garrido era Chari, la

*madame* que buscaban. Chari era un diminutivo de Rosario, así que era lógico que en la documentación figurara su verdadero nombre.

Según leyó, la abogada acusaba a Rosario Pérez de ser la verdadera encargada de gestionar el negocio de prostitución. Ortega sería un hombre de paja. Por lo tanto, sin ningún poder para presionar a las chicas para que tuvieran sexo con él. En resumen, Ortega quería salvarse acusando a Chari. Una traición en toda regla.

Recordó que Gabriela le había dicho que entre los dos siempre hubo una gran rivalidad. Se le ocurrió pensar que quizá fue Chari quien se chivó a Besnik que Ortega había perdido el *pendrive*. Acusarla en el juicio era una manera de devolverle el golpe. Sí, tenía sentido.

Villa dejó los documentos sobre la mesa, y lanzó un hondo suspiro. Tenía que estrujarse el cerebro para ver cómo encajaba esta última pieza en el puzzle general. Se levantó y echó una mirada al tablón del caso.

A la luz de esta nueva información, Villa dedujo que el motivo para asesinar a Ortega fue su plan de señalar a Chari en el juicio. Eso no gustó a Besnik y compañía. Por eso la crueldad con la que se llevó a cabo el asesinato. Una venganza por exponer a Chari y arruinar su asombrosa fuente de ingresos.

Sintió la tentación de llamar a Barrios para saber qué pensaba, pero después se arrepintió. Su compañero necesitaba desconectar del caso para asimilar lo que se le venía encima. Se dio cuenta de que estaba sola para resolver el caso por completo.

# 45

En los juzgados de Plaza Castilla, Villa esperaba a Gabriela. Tenía que recabar más datos sobre la relación entre Ortega y Chari. Echó de menos a Barrios. Transmitía una calma y seguridad que ahora vendría bien.

El día anterior había encontrado a Abebi con vida y eso le produjo una enorme satisfacción. Fue como si la voz autoritaria de su padre desapareciera quedara arrinconada en su mente. Había demostrado que era una policía competente.

Sin embargo, aún quedaban flecos del caso por resolver. Quizá tanta exigencia hacia ella misma acabaría por destruirle, pero no podía evitarlo. Lo llevaba en la sangre.

Al cabo de unos minutos, un agente trajo a Gabriela. Llevaba ropa de varias tallas superiores, lo que la hacía parecer más delgada. Además, su cara estaba pálida. A simple vista, la estancia en los calabozos le estaba pasando factura muy rápido.

—¿Ahora qué quieres? —le espetó a Villa, mientras el agente le quitaba las esposas.

Villa guardó silencio hasta hizo que el agente las dejó a solas.

—Siéntate —le dijo a Gabriela.

La chica lanzó un resoplido, pero obedeció. Más que sentarse, se dejó caer sobre la silla.

—Tengo que contarte algo —dijo Villa.

—¿Voy a salir de aquí?

—Hemos encontrado a Abebi.

Gabriela se cubrió la cara con las manos. Villa se percató de que tenía las uñas mordidas.

—Gracias, Dios mío —dijo, entre sollozos—. Rezaba todas las noches por ella.

—Está en el hospital bajo observación.

—¿Cómo está? —preguntó con ansiedad.

—Muy débil, pero bien.

—Gracias, Dios mío —susurró.

Gabriela se secó una lágrima con la yema de los dedos.

—Quiero verla, ¿es posible?

—Ya veremos —dijo Villa, y se decidió a abordar el tema por el que había ido—. Quiero que me des detalles de la relación entre Ortega, Besnik y Chari.

—Ya te lo comenté.

—Necesito más.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—¿Cómo era la relación entre Besnik y Ortega?

—No sé quién es Besnik.

—Uno de los que mandaban, el supuesto jefe.

Villa le mostró en el móvil una foto que guardaba de la ficha policial de Besnik.

—Me suena su cara, pero no estoy segura.

Villa hizo un gesto de disgusto con la boca. Confiaba en saber más de la relación entre Ortega y Besnik.

—Los albanokosovares se encargaban de la seguridad cuando hacíais un servicio, ¿no?

—Sí, pero no hablaban con nosotras. Hablaban entre ellos en su idioma. Además, sus nombres son raros, imposible de acordarse.

—¿Y sabes cómo era la relación entre Chari y los albanokosovares?

—No lo sé. Nosotras hablábamos fluido con ella y Ortega.

Había algo en el triángulo entre Ortega, Chari y los albanokosovares que se le escapaba a Villa, pero no sabía el qué. Se ratificó en su teoría sobre la muerte de Ortega. Cuando Besnik, o alguno del clan, se enteró de que iba a por Chari, lo mataron.

Villa no tenía más preguntas para Gabriela, así que pidió al agente que la llevara de vuelta al calabozo. Quedaba un día para que se cumplieran las 72 horas permitidas por la ley para retener a los hermanos Ríos. Por si acaso, decidió usar todo el plazo disponible. El interrogatorio no había servido de mucho, y se sintió frustrada.

Camino a la Jefatura para informar al jefe, encendió la radio del coche. Le entró la curiosidad por si los medios hablaban del caso. Primero escuchó la SER y después Onda Cero. Nada. El tema del día eran unas declaraciones polémicas del alcalde de Madrid.

Nada sobre la liberación de Abebi. Pero no le extrañó. A los medios no les interesaban las noticias sobre una prostituta. Solo si secuestraban a una mujer joven y de buena familia se convertía en noticia de portada. Se preguntó si Abebi en el hospital seguiría viendo las noticias.

Una luz en su interior se encendió de repente. Vio con claridad una idea que se le había escapado hasta entonces. Que siempre había estado ahí, pero que había sido incapaz de reconocer.

Tuvo el impulso de poner la sirena y pegar un volantazo, pero decidió mantener la calma pese a que la adrenalina empezaba a recorrer todo su cuerpo. Esperó a encontrar un desvío a la calle Villaamil, y después puso rumbo a la Audiencia Provincial.

# 46

La Audiencia Provincial de Madrid era una imponente torre de cristal. Albergaba a casi mil trabajadores. La gestión diaria era tan abrumadora que se necesitaba a un juez como gestor, aunque debía compatibilizarlo con sus obligaciones jurídicas.

Villa aparcó en el estacionamiento privado. Como desconocía dónde encontrar al juez Larrea, preguntó a los agentes que vigilaban el primer control. Le informaron de que la sección de lo Penal se encontraba en la quinta planta, y allí se dirigió.

Se vio en la necesidad de seguir preguntando hasta que encontró por fin el despacho. Un funcionario con aspecto de cura le informó que el juez estaba reunido y que no podía ser interrumpido. Villa sacó su tarjeta de visita.

—Dígale que es muy urgente —le dijo, mientras se la tendía.

El funcionario la leyó con las dos manos. Frunció los labios, asintió y se metió en el despacho sin llamar. Villa reparó en los montones de documentos que descansaban sobre las mesas. Parecía una muralla de papel.

Se oyeron pasos y la puerta se abrió. Seguido por el funcionario, el juez Larrea apareció con cara de pocos amigos.

—¿Qué quiere? —espetó—. Estoy en una reunión importante.

—Será mejor que hablemos en privado.

Larrea inclinó la cabeza a un lado, y el funcionario salió a regañadientes al pasillo.

—Solo tengo un minuto —advirtió a Villa.

A pesar de la impaciencia que demostraba el juez, Villa se mantenía imperturbable. Ella sabía su secreto y eso le daba una gran ventaja. Sacó el móvil y le enseñó las fotos de los hermanos Ríos.

—¿Fue uno de estos dos quien le entregó el sobre?

El juez se tomó un instante para responder.

—Sí, este —dijo sin vacilar, señalando a Mateo Ríos.

Villa sintió un potente latido del corazón.

—Lo tenemos detenido en los juzgados de Plaza Castilla. ¿Estaría dispuesto a denunciarlo por extorsión?

—Ni hablar.

—Señoría, ese hombre ha cometido un delito.

—No lo pienso hacer. Si en un futuro me obligan en el juicio llamándome como testigo, lo negaré todo.

—Entonces eso es todo —dijo Villa, seria.

—Vuelvo a lo mío —dijo dando un paso hacia la puerta, pero se paró y se giró hacia la inspectora señalándola con el dedo—. Por si acaso no he sido claro. Si se le ocurre dañar mi reputación, destruiré su carrera.

Avanzada la tarde, se produjo una reunión en la Jefatura entre Álvarez y Villa. Barrios también participaba, pero a través del móvil. Según les contó, había pedido a Laura que se llevara a sus hijos a tomar algo a la cafetería para hablar en privado, aprovechando que su compañero de habitación estaba ausente.

Villa empezó contando sus últimas averiguaciones. Que Mateo Ríos y, por extensión, Gabriela y Abebi habían extorsionado al juez Larrea.

—¿Cómo supiste que fueron los hermanos? —preguntó Barrios.

—Después de hablar con Gabriela, tuve una intuición. Recordé los periódicos que encontramos en el piso de Abebi, y los que vi en el piso de Gabriela. Además, cuando fui a ver a Abebi tenía puesta las noticias. Me pareció extraño tanto interés en la actualidad para dos personas extranjeras con problemas más graves en su vida. Caí en la cuenta de que lo que buscaban era encontrar la identidad de los hombres con los que habían tenido sexo. Sabían que eran gente importante, con dinero, pero no sus nombres y apellidos.

—Claro, por eso consiguieron localizar a Larrea en la Audiencia Provincial —dijo Barrios.

—¿Los demás que salen en los vídeos han sido chantajeados también? —apuntó Álvarez.

—De momento, no lo sabemos —respondió Villa.

—El problema es que si el juez no denuncia que fue víctima de ese clan, poco podemos hacer nosotros —dijo Barrios—. Me jode, pero creo que Abebi y los hermanos Ríos se van a librar de esta.

—Podemos exigirles que al menos devuelvan el dinero a Larrea —sugirió Villa.

—Si quieres, adelante —dijo Barrios—. Pero ese juez ha sido un capullo contigo. Por mí, que se queden el dinero.

Villa también les había revelado las amenazas directas de Larrea a ella.

—Me parece bien —dijo Álvarez.

—Vale —aceptó Villa, medio sonriendo.

—¿Alguna novedad con respecto a dónde está Chari, la *madame*? —preguntó Barrios.

—Recibimos el material de la abogada, ¿no, Villa?

Villa contó que el nombre completo de Chari era Rosario Garrido Pérez, y que la estrategia que habían elaborado Ortega y su abogada para que él saliera absuelto del juicio pasaba por acusar a Chari de ser la única responsable de la trama.

—Joder —dijo Barrios—, Ortega estaba desesperado.

—Los dos se odiaban a muerte.

—En cuanto Besnik lo supo, se cargó a Ortega para evitarlo —dijo Álvarez.

Villa asintió.

—Puede que tardemos una semana o un año en encontrar a esa mujer —dijo Álvarez—. Pero en el momento en que use ese puñetero teléfono, la atraparemos.

Con Besnik y Ortega muertos, al menos una persona de la banda recibía la acción de la justicia. Era un consuelo pero no lo ideal. Las sensaciones de Villa eran agridulces. Satisfecha con encontrar a Abebi, pero sentía una especie de desengaño porque solo una persona iba a ser enjuiciada, si la encontraban.

Villa se dio cuenta de que Barrios guardaba silencio.

—¿Qué te ronda por la cabeza, Barrios? —le preguntó.

—Le he estado dando mil vueltas. Me cuesta creer que los responsables de esta red de extorsión sean solo Besnik, Ortega y Chari. Tiene que haber alguien más. Alguien con contactos mejores que los de Ortega en las altas esferas, o más astuto que Besnik. Fijaos en la manera de actuar de los Ríos sacando dinero a Larrea, fue un poco chapuza. Tuvieron suerte. Insisto, tiene que haber alguien más en la cadena de mando.

—Bien pensado —reconoció Álvarez.

Villa recordó un fragmento de la conversación con Abebi.

—¿Y si ese «jefe» es el español que mencionó Abebi que vio en el chalé? —preguntó Villa.

—Para conocer esa respuesta tendremos que atrapar a toda la banda de los albanokosovares —respondió Álvarez.

—Chari tiene que saber quién es —dijo Barrios.

Pasados unos minutos, Álvarez dio por terminada la reunión. Villa regresó a su puesto para redactar la diligencia en la que aconsejaba poner en libertad a los hermanos Ríos por falta de pruebas.

Tenía dudas sobre qué sentir acerca de Abebi y Gabriela. Habían sido víctimas de una explotación cruel y salvaje, pero al mismo tiempo ellas habían cometido un grave delito. No era la primera vez que Villa se cruzaba con esa ambigüedad en su carrera, pero era sorprendente que fuera tan pronto, en su primer caso en Homicidios.

En su etapa en Estupefacientes había visto a camellos vender droga para alimentar a sus familias, a adolescentes cometiendo atracos a diario solo para costear su dosis, pero lo de Gabriela y Abebi era diferente. Habían pasado de ser víctimas a ser criminales. Villa no terminaba de asimilarlo.

Su móvil sonó. En la pantalla leyó el nombre de Barrios.

—Supongo que ya estarás frente al ordenador haciendo a las diligencias.

—No te equivocas —Sonrió Villa.

—Por si acaso mi rodilla no vuelve a ser la misma y no volvemos a trabajar juntos, tengo que decirte que fue un honor trabajar contigo.

Villa se pellizcó el labio inferior, emocionada.

—Venga ya, Barrios. Nos veremos en la Jefatura antes de lo que piensas —respondió Villa, intentando sonar optimista.

—Ojalá, pero los médicos no parecen tan convencidos —hizo una pausa—. ¿Sabes? En veintitrés años he visto pasar a muchos novatos. Algunos brillantes, otros no tanto.

—¿En qué grupo me clasificas? —preguntó Villa.

—En el de los que nacieron para esto —respondió sin dudar—. Tienes instinto, y eso no se aprende en la academia.

Villa se pellizcó el labio inferior, emocionada.

—¿Sabes qué es lo más gracioso? —dijo Barrios—. Que al principio pensé que eras un poco...

—¿Impulsiva? ¿Temeraria?

—Iba a decir cabezota —Barrios soltó una pequeña risa que se convirtió en un ligero quejido de dolor—. Pero también tenía razón Álvarez cuando te eligió. Eres buena, Villa, y lo serás aún más con el tiempo.

—Gracias, Barrios, pero ahórrate las despedidas. En cuanto salgas de ahí, te invito a una cerveza.

—Que sean dos y un pincho de tortilla.

—Trato hecho.

# 47

En el cementerio de Pedraza, en Segovia, Teresa fue a visitar la tumba de su padre. El sol del mediodía brillaba en lo alto. El panteón familiar era uno de los más antiguos. Quitó el candado y empujó con estruendo la reja de hierro que rozaba el suelo. Aspiró el aire cerrado. Contempló los nichos y se detuvo en el de su padre.

En su mente, apareció su severa cara y fue como si intercambiasen una mirada larga y tensa. Pensaste que no lo conseguiría y aquí estoy, pensó. Yo sola me he salvado del fuego. Otra vez.

Recordó el día de su entierro. Le impactó ver cómo el sepulturero tapaba el nicho con la lápida provisional de yeso. Le pareció desolador que no pusiera el nombre de su padre, pero no se permitió dejarse llevar por las lágrimas. A él no le hubiera gustado.

Días antes, su jefe en Seguridad Ciudadana le había anunciado su traslado a Estupefacientes. Teresa se sentía ilusionada por la nueva etapa en su carrera que se abría ante ella, pero también preocupada por la reacción de su padre. Cuando su madre la llamó por teléfono para decirle que había muerto de un fallo cardíaco, una parte de ella se sintió aliviada.

Unos minutos después, salía del cementerio. Antes de subirse al coche para dirigirse a la finca de su madre, recibió un mensaje de texto en el móvil. Era de la abogada Consuelo Merchante. «Abebi, Gabriela y sus hermanos ya están en el avión con destino a Bogotá. Saludos».

Teresa le respondió con un escueto gracias, y se guardó el móvil pensando en lo que habría sucedido con ellas si el juez hubiera decido poner la denuncia. Sin duda, una mínima condena les hubiera caído. Resultaba irónico que el juez, la figura de referencia encargada de impartir justicia, había mirado hacia otro lado por miedo a dañar su reputación.

La finca de su madre era una acogedora casa de campo, situada apenas a un par de kilómetros del pueblo. Era de una sola planta, con las paredes de piedra y un techo de pizarra. Sus padres la habían comprado hacía unos años, cansados de la vida exigente y ruidosa de Madrid. La iniciativa había sido de su madre, pues había nacido en Segovia y siempre soñó con poseer una casa rural. La cercanía de sus hermanos hacía que Teresa se sintiera tranquila con respecto a la seguridad.

—Hija, ¡qué alegría! —exclamó su madre, nada más verla.

—Hola, mamá —dijo, al abrazarla.

Su madre llevaba un atuendo muy informal. Una gruesa rebeca de lana y unos pantalones de malla grises. A sus sesenta años, se había teñido el pelo de un rubio claro. Todo el aspecto le daba un aire juvenil.

El suculento aroma de los judiones con chorizo llegó al alma de Teresa. Su madre era la mejor cocinera que había conocido. No había plato que se le resistía. Lamentó no haber heredado ese talento.

En el salón, saludó con cariño a su hermana y a Ramiro, su novio. Trabajaba en una agencia de publicidad en la calle Serrano. A Teresa le caía bien. Elena y él se habían conocido en un evento de marketing de la empresa donde ella trabajaba, en una farmacéutica. Planeaban irse a vivir juntos.

Sobre la mesa, había un delicioso aperitivo de queso y lomo, junto a una generosa cesta de pan. Su madre le trajo su bebida favorita, un *ginger ale*. Teresa se impuso a sí misma disfrutar del momento, dejar atrás el caso que tanto la había consumido física y emocionalmente. Se dijo que ahora lo conseguiría, que la presencia de su familia le serviría como refugio.

—Vengo del cementerio —les dijo.

—¿Y eso, hija? —preguntó su madre, que ya se había sentado a disfrutar del aperitivo.

—Por nada especial. Me apetecía ver el panteón.

—Deberíamos pasear más por los cementerios —dijo Elena—. Se respira un ambiente acogedor.

—Pues te vas tú sola, tesoro —dijo su madre—. Solo de pensarlo, me entra repelús.

—Hay libros de escritores que cuentan sus impresiones sobre los cementerios más bonitos del mundo —dijo Ramiro, antes de zamparse una rodaja de lomo.

Avanzada la tarde del domingo, con el estómago lleno, Teresa emprendió sola el camino de regreso a casa. Había pasado una tarde agradable, y deseó que pronto se celebrara otra a la que pudiera asistir.

Encontró caravana a la entrada a Madrid, lo que era habitual. Todo el mundo debía regresar para empezar al día siguiente la rutina del trabajo. Armada de paciencia, fue avanzando lentamente. Pensó en lo que haría al llegar a casa, algunas tareas domésticas pendientes.

Un rato después, cerca de las diez de la noche, llegó a la calle López de Hoyos y enfiló hacia el aparcamiento de su edificio. Sucedió algo extraño. Al activar la puerta con el mando a distancia, descendió pero se quedó a medio camino, por lo que tuvo que bajarse y empujar con las dos manos.

Una vez dentro, se volvió a bajar para cerrar la puerta. Tendría que enviar un correo a la administración para que avisaran a los de mantenimiento.

Cruzó con el coche la penumbra que reinaba. Su plaza estaba al final del todo. La había comprado en propiedad junto al piso, que aún estaba pagando.

Apagó el motor, sacó la llave del contacto y cogió su bolso. Las frías luces del techo iluminaron el espacio entre el coche y la puerta que le conduciría al ascensor. Empezó a caminar escuchando el eco de sus pasos. En las manos, llevaba las llaves del coche y las de su piso.

Oyó un chasquido. Le recordó el sonido de un encendedor. Se detuvo. ¿Estaba sola en el aparcamiento o habría también un vecino? A un par de metros de la puerta, de entre las sombras, descubrió un punto de luz rojizo. Un cigarrillo. Alguien fumaba. Lo primero que pensó fue que estaba prohibido.

—Buenas noches, inspectora —dijo una voz masculina que fumaba.

El cuerpo de Villa se puso en tensión. Recordó que había dejado la pistola en casa. Si sabía que iba a ver a la familia, por seguridad solía dejarla.

—¿Quién eres?

La voz expulsó una columna de humo.

—Eso no tiene importancia —dijo, con un tono áspero.

Villa miró a izquierda y derecha por si había alguien más. Calculó la distancia hasta la puerta, y supo que llegaría si aceleraba el paso.

—¿Qué es lo que quiere?

El hombre se tomó un instante para responder.

—Darte la enhorabuena por encontrar a Abebi vivita y coleando —dijo, con sarcasmo—. Vengo a entregarte tu medalla.

Por el acento, supo que era español. Se esforzó en reconocer la voz, pero no la identificó. Se estremeció al pensar que tenía delante al jefe de Besnik, Ortega y Chari. Resultaba evidente que la estaba esperando, que sabía dónde vivía. Villa notó su respiración cada vez más agitada.

—Yo de usted me iría de aquí ahora mismo —advirtió Villa, manteniendo la calma.

La voz se rio. Dio una última calada y lanzó el cigarro al desagüe. Villa calculó que el hombre mediría un metro sesenta o setenta.

—De eso nada.

La voz emitió un breve silbido. Enseguida la puerta del ascensor se abrió y apareció otro hombre. Era alto, de brazos anchos. Llevaba guantes y un pasamontañas.

Villa dio un paso atrás. Supo que estaba perdida. El hombre se acercó a ella. Iban a hacerle daño.

Tenía que encerrarse en el coche. Era su única opción.

Corrió. La luz del aparcamiento se apagó. Intentó abrir la puerta con las llaves, pero era imposible, no veía nada. Notó que dos manos fuertes la agarraban de los brazos y la apartaban con brusquedad.

—¡Suéltame! —gritó, pataleando.

Sintió un puñetazo en un costado y el dolor la hizo caer de rodillas. Tosió, pero le faltaba aire en los pulmones. Deseó que lo que fuera a pasar, sucediera rápido.

En medio de la oscuridad, oyó los amenazantes pasos del fumador.

—Ahora vas a pagar por todos los problemas que nos has dado —dijo, con una voz que rasgaba el aire.

Villa se preguntó de qué manera iba a vengarse. No tardó mucho en saberlo. Una llama fina y azulada irrumpió en la oscuridad. El hombre sostenía un soplete. Un viento helado se apoderó de ella.

—Quiero que no lo olvides nunca —susurró, acercándose cada vez más.

El resplandor de la llama la cegó. Intentó resistirse, pero fue inútil. La fuerza del que la agarraba parecía sobrehumana. Sin poder remediarlo, el fumador le tiró de la blusa. Ya sentía el calor acercándose. Iba a quemarla cerca del vientre, directamente sobre su piel.

Cuando sintió la llamarada penetrándola, lanzó un grito estremecedor. Después, se desmayó.

# 48

VILLA SE MIRABA DESNUDA en el espejo del cuarto de baño del hospital de San Carlos. Se acababa de quitar la bata para examinarse las vendas que cubrían su cintura. Su cara estaba pálida como la de un fantasma. A pesar de que se encontraba sedada, sentía un dolor infernal donde la habían quemado.

No recordaba el tiempo que había estado desmayada en el aparcamiento. Fue un vecino quien la encontró y llamó a la ambulancia. La espera se le hizo eterna. El fuerte dolor la atenazaba por todo el cuerpo. Pensó que iba a morirse.

Los paramédicos cubrieron la quemadura con gasas y le administraron oxígeno y suero. Villa estaba en estado de *shock*. Ni siquiera pudo responder a las preguntas para saber qué había sucedido. La llevaron a la sección de quemados del hospital.

Frente al espejo, su mente no dejaba de torturarle, como si quisiera revivir sin descanso el ataque. La voz áspera que surgía de las sombras, el tipo alto y fuerte con el pasamontañas, el escalofrío que sintió al ver la amenazante llama del soplete.

Contraviniendo el sentido común, empezó a quitarse las vendas. Necesitaba ver la quemadura en carne viva. Cuando se quitó la última, se quedó sin aire. Una marca horrible, rojiza y alargada de unos veinte centímetros, cuyo centro era más intenso que en los extremos. Ese salvaje se había recreado en la tortura, como hicieron con Salvador Ortega. Con el tiempo se convertiría en una cicatriz que la acompañaría toda la vida.

Se volvió a poner las vendas, y se miró de nuevo en el espejo. Tenía la sensación de estar viva de milagro. Pensó en su familia. La llamaría más adelante. Ahora solo les preocuparía y les quitaría horas de sueño. ¿Qué hora es? Ni siquiera lo sabía.

Una lágrima se deslizó por su mejilla.

Antes de salir del baño, se prometió no mostrarse vulnerable. Calde y Novoa estaban de pie, esperándola.

—Álvarez acaba de llamar para preguntar cómo estás —dijo Novoa.

—¿Qué hora es? —preguntó Villa.

—La una y veinte —respondió Calde, después de consultar su reloj.

—¿De la tarde?

—No, de madrugada.

Villa fue hacia la cama.

—Tengo que recuperar mi bolso, estará en el aparcamiento —dijo, preocupada—. Tengo ahí la placa.

—Nosotros nos encargamos —dijo Novoa—. Conseguiremos el número del móvil del vecino que avisó al 112, y le pediremos que nos deje entrar.

—Gracias.

Villa se sirvió un vaso de agua y bebió un sorbo largo. Le apetecía dormirse y despertarse ya en su casa.

—El patrón de la quemadura es muy parecido al de Ortega —dijo Villa—. Creo que la persona que me atacó, fue la misma persona que lo mató.

—¿Fueron entonces dos albanokosovares?

—No, un español, el que manda. Abebi habló de un español en el chalé donde la retuvieron. Al otro ni le vi la cara ni escuché su voz. Llevaba un pasamontañas.

—¿Por qué te han hecho eso? —preguntó Calde.

—Por hacer mi trabajo.

—Venganza… —dijo Novoa, negando con la cabeza.

—Quería que yo lo supiera.

—Vamos a encontrar a ese cabrón, Villa —dijo Calde.

Ella suspiró. Agradecía el interés de sus compañeros, pero intuyó que no iba a resultar sencillo. La habían atacado en un lugar sin cámaras, con guantes y ni siquiera pudo ver sus caras. Recordó al hombre en el aparcamiento echando la colilla por el desagüe. La única pista fiable estaría flotando por todo el entramado de alcantarillas de la ciudad.

# EPÍLOGO

Al amanecer, los rayos púrpuras del sol iluminaban la ciudad. Los GEO y Villa estaban a punto de irrumpir en el piso donde se escondía Chari, la *madame*.

Después de un mes de espera, Chari cometió el fallo que Villa había esperado tanto. Usó el número de móvil pinchado por los compañeros para enviar un mensaje de texto a una amiga, a la que felicitó por su cumpleaños. Una estupidez por la que se arrepentiría el resto de su vida.

Gracias a esa comunicación, localizaron la antena móvil a la que se conectó en el barrio del Pilar. Como les daba un radio de acción demasiado amplio, establecieron un dispositivo de vigilancia a la entrada del supermercado más cercano a la antena. Tarde o temprano, Chari tendría que efectuar alguna compra.

Al cuarto día la encontraron y la siguieron hasta el edificio donde ahora se ocultaba. Un bloque de tres plantas en la calle Ponferrada. No muy lejos del centro comercial La Vaguada.

El veterano jefe los GEO, Manuel Campaña, y Villa se hallaban en una furgoneta camuflada desde la que observaban el portal. Eran las 7:24.

—¿Cuándo vamos a entrar? —le preguntó Campaña.

—Un momento, calma —respondió Villa, consultando su móvil—. Quiero recibir la orden del juez debidamente rellenada y firmada. No quiero ningún fallo que luego pueda encontrar un abogado y así conseguir que Chari se vaya de rositas.

Nada de precipitarse, se dijo Villa a sí misma.

Le entraron recuerdos de cuando detuvo a Eduardo Castillejo como sospechoso de la desaparición de Abebi. Su abogado presentó una denuncia por abuso de autoridad. Por suerte, no prosperó, pero fue un aviso que Villa se tomó en serio.

En el móvil, recibió un mensaje de texto de Álvarez. Pedía que le informara en cuanto detuvieran a la *madame*. Villa se guardó el teléfono. Álvarez estaba en la Jefatura, reunido. Calde y Novoa, inmersos en otro caso, se hallaban en la otra punta de la ciudad.

A Villa le hubiera gustado que Barrios le acompañara en el operativo, pero continuaba con la rehabilitación. Por desgracia, se había confirmado que su cojera sería definitiva. Se encontraba de baja médica a la espera de que los de arriba tomaran una decisión sobre su nuevo destino.

Álvarez le había comentado que iba a proponer a Barrios para un reconocimiento público por sus años de servicio. Villa supo que nada podía consolar a su compañero de perder un trabajo por el que sentía pasión.

Días atrás, por cortesía profesional, Villa le llamó para informarle de que habían localizado a Chari. Le avisaría también cuando la detuviesen. Barrios se lo agradeció.

Unos minutos después, Villa recibió la orden judicial por correo. La leyó de principio a fin. Sí, el juez había expuesto bien los motivos. Satisfecha, autorizó a Campaña a que iniciara el operativo. El jefe de los GEO mandó a sus hombres bajar del vehículo.

Cruzaron la calle ante la curiosa mirada de los transeúntes. El GEO que encabezaba el grupo, forzó la cerradura del portal en un abrir y cerrar de ojos, y dejó pasar al resto. El estruendo de los pasos reinó durante el ascenso por las escaleras.

Después, todo sucedió muy rápido frente a la puerta del piso. El grito avisando que eran la policía, la brusca apertura con el ariete y la precipitada entrada.

Villa esperó afuera hasta que la avisaron de que podía acceder. El piso olía a café. Los GEO habían encendido las luces del pasillo y abierto las persianas del salón. Se oía música de una cantante que Villa no reconoció.

Chari estaba sentada en el borde de la cama, y esposada con las manos a la espalda. Las dos mujeres intercambiaron una mirada. Campaña estaba de pie, cerca de una ventana que daba a la calle.

—En el piso no hay nadie más —informó el jefe de los GEO.

Villa asintió. Al tenerla cara a cara por primera vez, sintió una profunda satisfacción. No había dejado de pensar en ella desde que su nombre surgió durante la investigación. Los cuarenta años de Chari parecían muchos menos, incluso sin maquillaje. El cabello lo tenía algo revuelto y vestía una bata de color rosa chillón.

—Soy la inspectora Teresa Villa —le dijo.

Chari alzó la cabeza.

—Pues muy bien —dijo, mirándola con desdén.

—¿Sabe por qué está detenida?

—Sorpréndeme.

—Por encubrimiento y explotación sexual.

—Te equivocas.

Villa miró las pantuflas rosa de Chari, a juego con la bata. Como la cama estaba sin hacer, vio que las sábanas también eran del mismo color.

—Tenemos testimonios que te señalan como la encargada de conseguir chicas para Ortega y los albanokosovares. Vas a acabar en prisión.

—Eso está por ver. En este país los testimonios de putas no valen nada.

Sorprendía la frialdad de Chari, pero Villa no se dejó intimidar. Campaña ni pestañeaba. Sus hombres continuaban inspeccionando el piso.

—¿Lo niegas todo?

—Claro.

—Con Ortega y Besnik muertos, ¿te sientes segura?

—Sí.

—Debes de ser muy valiosa para el jefe…

Chari sonrió.

—Él no dudó en matar a Ortega cuando supo que iba a traicionarte en el juicio —dijo Villa—. Te felicito, fuiste mucho más lista que él.

—Gracias —dijo, con un centelleo de orgullo en sus ojos—. Nunca fue un rival para mí.

Entonces Villa lo vio claro. Todas las piezas encajaron de golpe. Chari había movido los hilos desde el principio.

Abebi no había sido quien desencadenara todo. El desencadenante había sido el visceral odio entre Chari y Ortega. Con tal de arrebatarle el puesto a Ortega en la organización, Chari siempre había estado dispuesta a traspasar los límites.

—Una mente brillante, tengo que reconocerlo —dijo Villa—. Por eso veo ahora claro que fuiste tú quien robó el *pendrive* a Ortega, y se lo entregó a Abebi.

Los ojos de Chari se abrieron de par en par. Por su reacción, Villa se dio cuenta de que había dado en el clavo. Ella había usado a Abebi y Gabriela para conseguir su objetivo. Poner a Ortega en el punto de mira.

Villa pensó que quizá Abebi mintió a Gabriela cuando le dijo que había sido ella quien le robó el *pendrive* a Ortega. Pero ahora eso no era lo importante.

—Lo que tú querías era echarle la culpa a Ortega de su descuido y dejarle en evidencia frente al jefe —dijo Villa—. Ortega se quedó en una posición muy vulnerable. Y cuando se enteraron de que planeaba acusarte en el juicio, fue la gota que colmó el vaso. Lo mataron.

—No dices más que tonterías.

Villa se sentó a su lado. Chari volteó la cabeza hacia el lado contrario.

—La duda que tengo es cómo te enteraste de lo que planeaba Ortega. ¿Le traicionó su esposa o su cuñado? ¿La abogada María José Montero? Con tus armas, llegaste a alguno de ellos.

Chari seguía callada.

—Podría ayudarte —dijo Villa—, si nos das el nombre de tu jefe, la verdadera persona que manejaba los hilos de la red. No Besnik, sino ese hombre español.

Chari se giró hacia ella.

—Ni hablar, tiene demasiado poder. Tú misma lo pudiste comprobar, ¿qué tal esa quemadura? —dijo, sonriendo con malicia.

Villa sintió un escalofrío, pero lo disimuló. Había una amenaza oculta en las palabras de la *madame*. De repente, ya no quería hablar más con ella.

—Lleváosla al furgón —le dijo a Campaña.

Al quedarse a solas, le envió un mensaje de texto a Barrios. «La tenemos». Se guardó el móvil y se puso de pie. Se dijo que iba a ser paciente, y así tarde o temprano detendría al hombre que la torturó.

---

Si te ha gustado acompañar a Teresa Villa en su primer caso, no te pierdas el Libro 1 de la saga, "La ciudad del crimen". Por un precio muy económico, puedes reservarlo >>aquí.

© Todos los derechos reservados por Luis J. Pedrero.
Obra registrada en Safe Creative. 2503141164009